

Boston 1630



noemara

BOSTON 1630

©Noemara/ Marcela Noemi Ruiz

© de la imagen de cubiertas: Noemara/Marcela N Ruiz

Diseño de portada: Noemara/Marcela N Ruiz

1ª edición

© Noemara, 2025.

Ruiz, Marcela Noemi

Boston 1630 / Marcela Noemi Ruiz ; Ilustrado por Marcela Noemi Ruiz. - 1a ed
ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marcela Noemi Ruiz, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-01-1983-0

1. Novelas Existenciales. I. Ruiz, Marcela Noemi, ilus. II. Título. CDD A860

Archivo Digital: descarga y online

Correo electrónico: noemara2@gmail.com Internet: www.noemara.com

Reservados todos los derechos de publicación en cualquier idioma.

Según el Código Penal vigente ninguna parte de este o cualquier otro libro puede ser reproduci-da, grabada en alguno de los sistemas de almacenamiento existentes o transmitida por cual-quier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de Noemara/Marcela N Ruiz;

Su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica.

ISBN 978-631-01-1983-0

Depósito Legal: -RE-2026-07136865-APN-DNDA#MJ

Impreso en Buenos Aires- Argentina 2025

Boston 1630

Noemara

*Dedicado a mi madre Nelly
la que luchó por verme brillar
y confió siempre en mí.*

Prólogo

Escribo esta historia como un acto de memoria y resistencia. Porque hubo niñas silenciadas antes de tener voz, jóvenes marcadas como impuras por pensar, por sentir, por desear algo más que obediencia. Porque hubo muchachos obligados a endurecerse, a reprimir ternura, a cargar con mandatos que no eligieron. Boston, 1630, es solo un espejo. Un eco de lo que aún persiste cuando la fe se convierte en dogma, cuando el nombre de Dios se usa para justificar el castigo, el miedo, la sumisión.

No escribo contra la espiritualidad, sino contra su deformación. Contra el fanatismo que mutila la conciencia, que convierte la misericordia en amenaza. Esta novela es una invitación a mirar de frente lo que se ha hecho en nombre del cielo. A preguntarnos qué tipo de divinidad puede exigir la humillación de los cuerpos, la extinción de la duda, el sacrificio de la libertad.

Creo en una religión que abrace. Que escuche. Que no tema a la ternura ni a la rebeldía. Creo en una fe que no excluya, que no condene, que no se alimente del sufrimiento ajeno. Y creo que narrar es también orar por lo que aún puede transformarse.

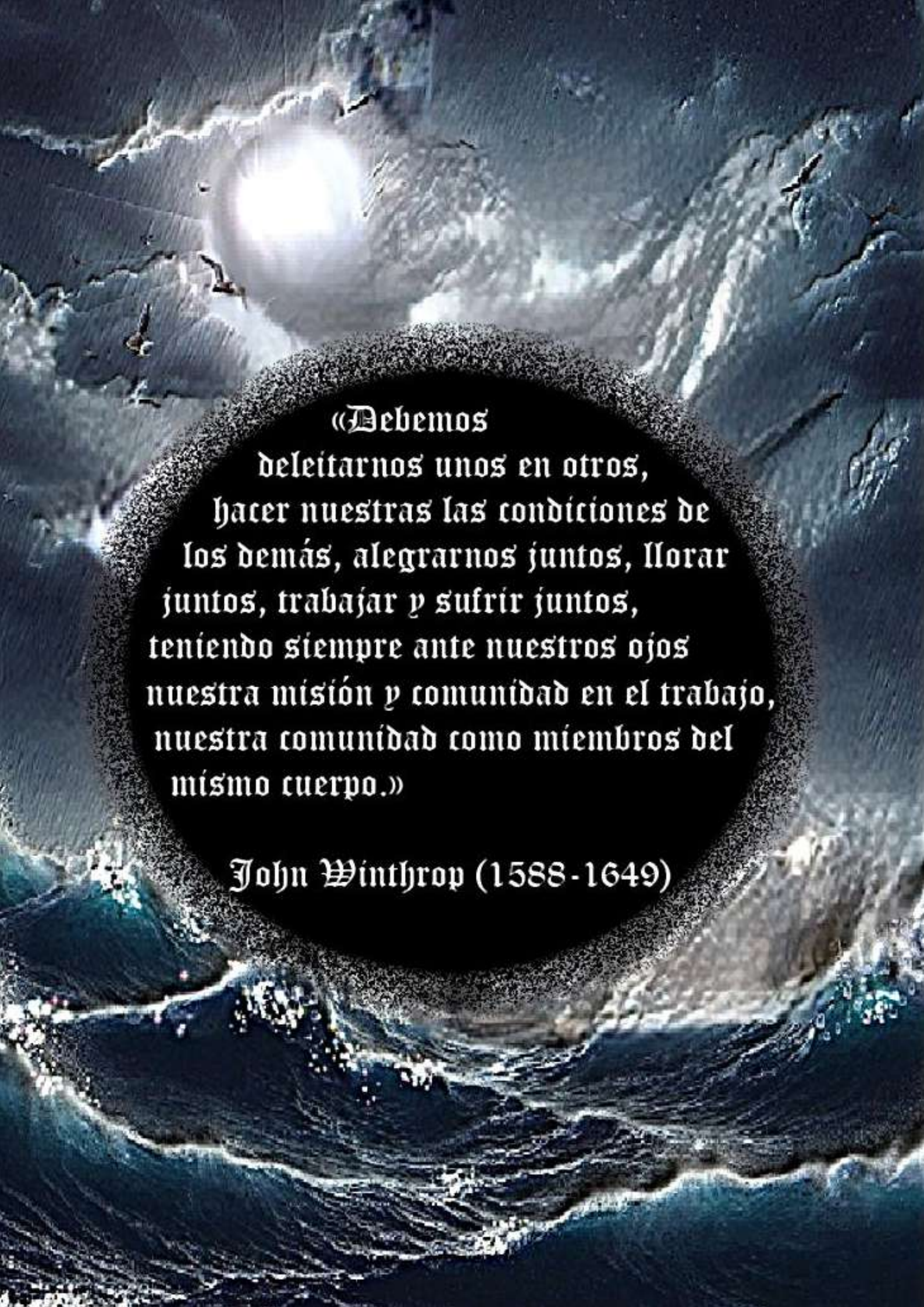
Que esta historia despierte preguntas. Que incomode. Que encienda. Porque si Dios existe, y creo que así es, debe estar del lado de quienes aman sin miedo.

Noemara





Capítulo 1



«Debemos
deleitarnos unos en otros,
hacer nuestras las condiciones de
los demás, alegrarnos juntos, llorar
juntos, trabajar y sufrir juntos,
teniendo siempre ante nuestros ojos
nuestra misión y comunidad en el trabajo,
nuestra comunidad como miembros del
mismo cuerpo.»

John Winthrop (1588-1649)

He muerto tres veces. La primera vez fue hace ochocientos años, cuando un feudo llamado Dommoc aún existía y los bárbaros vikingos arrasaron con él, adueñándose de nuestras tierras. Tiempos de barbarie, furia y soberbia. Un amor incomprendido y mi muerte el desenlace de conspiraciones, celos y ceguera. Un túnel oscuro me aleja de imágenes que se distorsionan, en un pasado que alguna vez fue presente pero casi ya no recuerdo.

La segunda vez fue en Boston. Más precisamente en la Bahía de Massachusetts en un pequeño asentamiento llamado Salem fundada por Roger Conant en el año 1626. Esta vida estuvo signada por el silencio que envuelve dentro de sí gritos de incompreensión, impotencia y asombro que no pude hacer oír. Como retazos de una sábana roída voy armando mi historia, mientras las sombras me acompañan y voy caminando hacia una lejana luz, que esperanzada espero alcanzar al final de mi relato. Antes que lo olvide en el minuto precedente a mi nuevo nacimiento.

Hacia un año que mi padre había decidido buscar otra vida en Nueva Inglaterra y habiéndose unido a varios hombres, se enlistaron en la búsqueda que estaban realizando muchas familias adineradas que tenían vínculos con líderes puritanos importantes. Solo admitían hombres de fe y que fueran hábiles en todo tipo de mano de obra calificada. Buscaban asegurarse de una colonia robusta que pudiera autoabastecerse y facilitar el comercio. Mi padre era un competente comerciante y teníamos un negocio pequeño de relojería. Se le daba muy bien la carpintería como oficio. Por lo que se ofreció como tal, con el sueño de lograr tener en un futuro nuevamente su amado negocio.

Vendimos todo, absolutamente todo, ni las amadas ollas de mi madre quedaron. Sólo un puñado de ropa y todas las herramientas de mi padre que significaban el sustento y el futuro soñado. Mi madre no se opuso, por el contrario lo vivió como una huida de sus fantasmas, la muerte de dos niños que habían nacido después de mí, la había alejado de sí misma, solo le restaba alejarse del mundo que conocía. Sus pulmones se habían resentido, ya por el frío o por la tristeza y mi padre le auguraba que sanaría en unas tierras con aire puro y sol.

Recuerdo esos días como una vorágine sin principio ni fin, las escenas se me mezclan y no logro ordenarlas. Gente que entraba y salía con nuestros muebles y adornos, ropa en sacos que mi madre regalaba a mujeres pobres que venían a buscarlos, con niños harapientos tras sus faldas. Las lágrimas de mi madre que escondía tras movimientos rápidos y enérgicos, ocupándose de tareas de guardado y apilando objetos que hacían montañas vivientes, subiendo y bajando su tamaño a medida que desaparecían. No sé cuántas semanas nos llevó vaciar

la casa. Yo apenas tenía doce años, de talla más pequeña de lo habitual para mi edad, sobresalían mis ojos grandes color miel y mi cabello castaño oscuro de grandes rizos. Introvertida y temerosa ante tantos cambios, solo observaba como la realidad avasallaba mis sentidos y mi poca comprensión de los hechos sociales que vivía mi época.

Mi mundo era mi casa y mis padres, la primera de mis pérdidas era ese mundo de paredes y techo que me habían visto nacer. Aún no sabía que me esperaban más pérdidas dolorosas.

Mi padre a diferencia de mi madre estaba exultante, lleno de vida y esperanza, en contraste con su esposa y conmigo, una apática y la otra inmersa en la incertidumbre.

El día que mi padre cerró la puerta de la casa para siempre, también cerró mi pasado; mi madre me sujetó fuertemente el sombrero y me instó a subir el carruaje, no pude evitar sollozar largamente abrazándome a su cintura todo el viaje hasta el puerto.

Al llegar el aire nauseabundo del puerto me asqueó, subimos por la rampa al barco, nos registraron a los tres Samuel, Lydia y Nelly Chute al servicio de Isaac Saltonstall. En tanto mi padre se ocupaba de los papeles y conversar con los otros hombres que compartían sus mismos anhelos. En la proa vi a lo lejos al capitán, mi madre me lo señaló diciéndome su nombre, un tal Winthrop y que nos encontrábamos en el buque insignia Arbella, que habíamos tenido suerte porque mi padre había concertado un contrato como empleado en los negocios portuarios y otro para ella como servidumbre por siete años con una familia importante llamada Saltonstall. Servidumbre, una palabra que no entendía qué significaba pero mi madre me aseguró que nos serviría para juntar dinero suficiente para luego volver a tener un negocio propio. Uno de los barcos cercanos al que estábamos lograba ver su nombre Mayflower, asombrada pregunté si era el mismo que había llevado a los primeros peregrinos a Plymouth, pero me lo desmintieron, era otro al que habían llamado igual en honor al famoso del que había oído tantas historias, muchas de ellas fantasiosas.

Era el mes de abril no recuerdo el día pero el sol era amigable y el viento salado se sentía en mi rostro delicadamente, el mar de hombres que iban y venían laboriosamente me impedía ver el mar en su grandeza, solo cuando los marineros empezaron a gritar que levantaran anclas, el capitán comenzó a cantar alabanzas y las voces de los puritanos poco a poco se unieron, logré ver como el mar inmenso se abría ante mis ojos, el horizonte lejano se me hizo nudo en la garganta. Mi madre me abrazó y sentí la seguridad de su calor.

El tiempo fresco y templado nos acompañaría, como el aburrimiento tras varios días. Solía jugar con otros niños, corriendo de proa a popa, saltando a la cuerda, molestando con nuestros gritos y risas a los marineros que hartos de nuestras presencias solían dirigirnos miradas que a nuestros ojos infantiles nos llenaban de pavor. Algunos padres inventaron para nosotros un juego de cuerdas con los

que nos mantenían un poco más controlados a pedido del capitán quien también era padre y viajaba con su esposa y tres hijos, lidiando como el resto con el cansancio paternal igual que el resto. El frío del mar fue calando en la fragilidad de algunos niños y cayendo enfermos nos prohibieron andar sueltos por el barco con el fin de resguardarnos lo más posible, era un largo viaje donde no faltaron algunos días de lluvia y tormentas en altamar. Mi tiempo en la travesía se dividía en ayudar a mi madre en los quehaceres de subsistencia, jugar con otros niños y dormirme en las largas e interminables predicas del capitán Winthrop. Los hombres se emborrachaban todas las noches en las primeras semanas, el capitán nos aleccionaba sobre como debíamos salvar a los indios que veríamos, de las garras del demonio y la ignorancia, sobre la virtud del silencio y nuestras obligaciones civiles y morales.

¡Hipócrita!, solo nos aleccionaba para serle servirles cuando se nombrara gobernador al llegar con el aval de una carta del rey que pocos estaban al tanto que tenía en su poder. Solo los hombres importantes y necesarios lo sabían, con los que en las noches se reunía a beber para consolidar el hacer su negocio de esclavos y apropiación de tierras en la primera oportunidad que pudieran. Todo en nombre de Dios y la Santa Biblia.

Ya habían pasado dos semanas desde que zarpáramos, la quietud del océano en esos días se reflejaban en mis ojos en una apatía que me embargaba entre el balanceo del buque en un vaivén constante que me daba vueltas el estómago y el viento con minúsculas gotas de sal.

Nunca había subido a un barco, solía marearme y en esos momentos únicamente quería dormir. No sabía qué era la muerte por lo que no sentía ese miedo a morir pero sí temía profundamente sentirme así por siempre. Solía percibir con extrañeza que el tiempo se distorsionaba, creyendo a veces escuchar un murmullo de voces que surgían del propio océano y comprendí que el mar podía ser tan implacable como los días que transcurrían en el barco sin comodidades como las conocía, con el aire cargado de humedad, olores rancios y el constante crujir de la madera marcando el paso del tiempo sin horas.

Mi madre que siempre tenía episodios de tos, conforme los días avanzaba comenzó a afiebrarse, su respiración se tornaba más pesada y un sonido ronco en su pecho apareció cada vez más seguido al exhalar. Su rostro perdía color tornándose amarillo verdoso y perdía peso a cada semana, tosiendo cada vez con más fuerza, algo se aferraba cruelmente a su pecho debiendo guardar reposo algunos días.

Traté de cuidarla como podía, llevándole agua fresca, poniéndole paños húmedos en su frente cuando comenzaba a tener fiebre. Le acomodaba las mantas para protegerla del frío nocturno.

Cada noche, al observar a mi madre dormir, me preguntaba si amanecería al día siguiente con más fuerzas. Pasaba horas a su lado, narrándole historias que inventaba para entretenerla.

En tanto mi padre, un hombre de carácter austero, moldeado por la fe puritana y la rigurosidad de su oficio como comerciante, la enfermedad de su esposa lo golpeó profundamente, pero su forma de lidiar con el dolor fue encerrarse en el deber.

Se ocupaba de trabajos de mantenimiento en el barco como carpintero. Creía que mostrar fortaleza era un mandato divino, un pilar necesario para mantener la familia unida en tiempos de adversidad. Aunque su rostro raramente mostraba emoción, pasaba noches enteras junto a mi madre, recitando oraciones en voz baja. No sabía cómo expresar ternura con palabras, pero su presencia constante era un acto silencioso de amor.

Durante las horas de luz, yo pasaba tiempo mirando hacia el horizonte, me aleje de mis compañeros de juego y me volví introvertida, encerrándome en mi misma a partir de ese momento; tenía miedo y no me animaba a ponerle nombre ni motivo a ese miedo. El océano era infinito, y el cielo parecía fundirse con él en una quietud que contrastaba con las emociones turbulentas en mi interior. A menudo, veía a los otros pasajeros: familias buscando un futuro prometedor, hombres preocupados por sus propios planes, marineros ocupados sus tareas y niños que jugaban. Intentaba encontrar distracciones observándolos, pero siempre volvía al pequeño rincón donde mi madre descansaba.

Estaba leyéndole unos salmos, cuando me detuvo con un ademán.

-Nelly, perdón.

-¿De qué madre? No hay nada que perdonar.

-Sí, sí lo hay. Temo que no podré verte crecer.

-No digas eso, Dios no permite que le pongamos tiempo a nuestra vida.

-Ay Nelly, cómo me arrepiento de haber subido a este barco. Tu padre tuvo que vender el negocio y la casa. Deberíamos habernos quedado y que marchara tu padre. Ha gastado inútilmente el dinero en nuestros pasajes, no veré el nuevo cielo de esas tierras y tú serás un lastre para tu padre. Prométeme que serás feliz a pesar de todo.

-Sí. Te lo prometo. Ahora descansa, voy a traerte un caldo.

Pensé lo práctica que era mi madre hasta el último momento. Pero ya estábamos allí. Creí fervientemente que era decisión de Dios y no nuestra elección como nuestras vidas habían cambiado. No estaba habituada a pensar por mí misma sin la guía de la fe. Todavía no me daba cuenta que las palabras de la Biblia eran reinterpretadas a gusto de los intereses humanos; silenciando el verdadero mensaje de amor y libertad que Dios nos ofrecía, el libre albedrío de decidir nuestro presente y futuro, elegir entre el bien y el mal, lo justo o injusto a la luz del verdadero sentir cristiano.

Asumí como mi madre la idea imperante en esos tiempos, que como mujer, era un ser inútil, pequeño y sin fuerzas para realizar los pesados quehaceres domésticos. Una mujer que debía ser sumisa y dócil frente a los hombres elegidos por Dios, evitando los malos pensamientos y reprimiendo cualquier acto que sedujera a un hombre llevándolo a la perdición. Éramos por ser féminas una creación defectuosa pero necesaria.

El día en que mi madre murió fue solemne y gris. Mi padre me despertó, a mi lado a unos metros se hallaba mi madre, pálida y rígida, con los ojos ya cerrados por su esposo. La tos había cesado, pero también lo había hecho el leve movimiento de su pecho al respirar. Me di cuenta de que estaba sola, por vez primera conocí la soledad, aunque rodeada de otros, y sentí un peso extraño en mi interior. Al principio, no lloré; estaba demasiado aturdida para hacerlo. Solo me senté junto a mi madre por horas, sintiendo la aspereza de la madera bajo mis pies y escuchando el mar, que seguía igual que siempre, indiferente, viviendo el tiempo natural de su propia existencia tan lejos de nuestra efímera humanidad.

Cuando llegó la noche, la tripulación tomó medidas para honrar la partida de mi madre. Observé cómo su cuerpo era envuelto con cuidado por las mujeres mayores y experimentadas que viajaban con nosotros, mientras los murmullos a bordo parecían más apagados que de costumbre. A pesar de la tristeza, sentí un deber que no podía ignorar: debía continuar, como mi madre hubiera querido, tal como se lo prometí. En ese momento, dejé de ser una niña; comencé a entender que la vida seguía, incluso en un lugar tan inhóspito como aquel barco y un futuro aún más incierto.

Cuando mi madre falleció, mi padre pareció quebrarse por un instante, aunque rápidamente se impuso una calma rígida a sí mismo.

Mi padre se convirtió en un muro inexpugnable, y eso me confundía tanto como me consolaba, de alguna forma me daba seguridad. En un intento de protegerme de la desesperación, me hacía ocuparme en tareas de limpieza en el barco o me distraía en conversaciones donde hablaba de los planes que tenía al llegar a tierras nuevas. No sabía cómo calmar la angustia de una niña, pero creía que darme un propósito era mejor que dejarme hundirme en el duelo. En las pocas noches en que se permitía bajar la guardia, lo encontraba observando el océano en silencio, con los ojos cargados de una tristeza que nunca verbalizaba. Llevábamos seis semanas cuando mi madre fue lanzada al mar, entre cantos y salmos.

Desde aquel entonces, habían pasado ya siete semanas y media, nuestro destino estaba a poco de hacerse realidad. El ánimo de la tripulación había virado a exaltación, los niños que habían caído enfermos ya se encontraban recuperados y estaban alegres, jugando más a menudo, entre risas y gritos. Los marineros también estaban animados, ya por llegar a tierra o por deshacerse de tantos protestantes que no cesaban de rezar y cantar. Estaban hartos de callar insultos

y blasfemias típicas de hombres rudos que trabajaban bajo el sol, sorteando las tormentas, viviendo en cuerpo y alma el mar inmenso.

El amanecer me despertó con un gran bullicio, parecía que las literas habían desaparecido en un mar de gente que iba y venía guardando pertenencias, madres que daban órdenes a los niños eufóricos, hombres que preparaban bultos y cargaban baúles. Busqué a mi padre y él también estaba ocupado con nuestras cosas, me levanté y me acerqué a ayudarlo. Habíamos llegado a la Bahía de Massachusetts, desde allí debíamos partir a un pueblo de la misma colonia de Massachusetts. El Capitán John Winthrop asumiría como gobernador por lo que muchos se quedaron allí mismo y otros grupos partimos hacia el resto de los pueblos costeros de la colonia.

Sentí la ausencia de mi madre, como si una parte de mi hubiera quedado en ese barco y de hecho así fue. Una niña había subido de la mano de su madre y ese día tras la espalda de mi padre descendía una joven dolorida en el alma, que con indiferencia, miraba a su alrededor observando la vida intensa del gentío, igualmente indiferente a su presencia.

Nos sumamos a otras tres familias al servicio de Isaac Saltonstall, todos fieles al espíritu puritano a diferencia de los peregrinos que habían llegado diez años antes. Los hombres y mujeres del buque Arbella tenían la convicción de continuar bajo el amparo de la Iglesia de Inglaterra, creyendo que podrían desterrar las costumbres católicas desde adentro.

Yo también estaba convencida, por la educación de mis padres, a esa corta edad; que la Iglesia era demasiado suntuosa, con sus lujosos vitrales, la música de órgano durante sus ceremonias, los finos trajes que vestían sus ministros. Muchos puritanos fueron encarcelados por querer cambiar la Iglesia de Inglaterra. Así que decidieron abandonar el país y venir a esta nueva tierra. Durante ese tiempo en que estábamos en el barco, el capitán y ministro, ahora nuevo gobernador Winthrop nos dijo que en Massachusetts los puritanos debíamos ser "como una ciudad sobre una colina." Eso significaba que debíamos ser un ejemplo a seguir para todos en el mundo.

Subimos a los carruajes que nos esperaban. El viaje fue breve, llegamos al pueblo de Salem liderado por ese entonces por John Endecott. El pueblo se encontraba en pleno crecimiento ya había casas y almacenes, cada familia era responsable de construir su hogar y su negocio. Nos asignaron unos terrenos de cincuenta pies de profundidad y el ancho de ocho pies por cada miembro, mi padre vio reducido el porcentaje por la muerte de mi madre. Recordé el lamento de ella por la pérdida económica que su muerte ocasionaba y me apenó por mi padre. El jamás menciono las pérdidas económicas que pudieron surgirle por la muerte de su esposa, él siguió agradeciendo a Dios por todo lo que le había dado en la vida. En tanto, vivíamos en una tienda de campaña, mi padre terminó la casa en tres meses, hecha de tablillas en el techo, con piso de tierra, con una zona destacada para la chimenea y el fuego, dos habitaciones y nuestro propio

jardín, donde comenzamos a cultivar hierbas y verduras, ese era el lugar que yo más amaba. También nos habían dado una parcela de campo más en las afueras para cultivar maíz o trigo, que necesitaban más espacio para crecer.

Sentí que Dios me daba una oportunidad de ser feliz entre la tragedia y la tristeza.

Los días en invierno no eran tan largos ni fríos y los veranos me sorprendieron por lo cálidos y lluviosos. Los meses pasaron mientras nosotros construíamos una nueva vida. Yo aprendía a cocinar y secar el bacalao, atendía el huerto y los quehaceres de la casa, mi padre que había hecho un contrato servil con el señor Saltonstall, se había convertido en tonelero. Hacía barriles para guardar carga, comida y agua dulce para los viajes largos. Saltonstall habiéndose retirado del negocio de esclavos que llevaba adelante Winthrop y otros puritanos, se dedicó a la fabricación de mástiles y barriles. Convirtiéndose en un pilar de la comunidad.

Dos años habían pasado ya desde que habíamos desembarcado, mi padre estaba cansado de tantas horas de trabajo en el puerto, el clima húmedo y el frío, aunque no tan cruel como el de Inglaterra, estaba haciendo mella en sus pulmones. Se negaba a casarse nuevamente, aunque insistentemente el clérigo lo instaba a tomar una esposa; empezaba a verse mal que no tuviera una y contribuyera con más hijos a la comunidad. El vivir solo con su hija también estaba generando suspicacias en la mente de mujeres reprimidas, que retorcidamente vivían mirando la vida ajena.

La tarde caía cuando yo servía la sopa en el cuenco de mi padre, estaba sudando y pálido, apenas probó bocado del pollo que yo había asado durante la tarde. Se fue a dormir pero un mal presentimiento me embargó. Antes que despuntara el sol, oí la voz de mi padre hablando como en sueños, al acercarme y tocarle la frente di cuenta de lo febril de su estado. Puse compresas en su frente y le di a beber pequeños sorbos de agua tibia. Tenía el pecho tomado y al exhalar un sonido ronco se hacía escuchar. Fui en busca de ayuda a la casa de un vecino que también trabajaba con mi padre, para que avisara que se encontraba enfermo y buscara al médico que estaba en las afueras para que viniera a verlo. Mi padre siempre previsor, guardaba un dinero suficiente para atender estas cuestiones, mi madre lo había aleccionado sabiamente en la economía doméstica. No era bueno vivir gastando todo lo que se ganaba, teniendo en cuenta que día que no se laboraba por ende no se cobraba. La paga solo alcanzaba para ello y aunque mi padre se esforzaba por ahorrar para volver a tener su negocio, aún no lo lograba.

Al llegar el médico, le recetó que se alimentara con frutas y verduras, no veía que fuera escorbuto más bien una típica neumonía. Pero pasaron tres semanas y mi padre continuaba con tos, dolor en su pecho, se le veía débil, perdía peso y continuaba teniendo fiebre y sudores nocturnos.

Cuando el médico volvió a verlo, me llamó aparte.

-Nelly, lamento decirte que debes prepararte para lo peor.

-¿De qué está hablando Doctor?

-Tu padre tiene la peste blanca.

La habitación giro alrededor mío, sentí que me desmayaba y los brazos del médico me sostuvieron hasta dejarme abandonada en una silla, así me sentí desde aquel momento, abandonada a mi suerte.

- Creo que es mejor que le informe a tu padre, para que haga los preparativos necesarios, debemos tener distancia del enfermo, es muy contagiosa esta enfermedad, estarán en cuarentena pues debo avisar al ministro. Ten cuidado, cubre tu nariz y boca con un pañuelo. Creí que esta maldición había quedado en Inglaterra pero veo que no hemos escapado del todo de sus garras,

Me dejó allí, inmóvil, vi como volvía al cuarto de mi padre y le hablaba desde la puerta sin atreverse a ir más allá, cerca del enfermo. Mi padre solo le respondió con un gracias, me ocuparé de mi hija.

Con un gesto de saludo con el sombrero, el médico se fue y paso un largo tiempo, no sé si horas tal vez, hasta que me levanté y fui a buscar agua para darle de beber a mi padre, con calculada intención no puse ningún cuidado sobre mi persona, me acerque a él, le bese la frente y dije alguna tontería. Quería correr la misma suerte que él, ¿para qué vivir?

Mi mundo volvía a tener una nueva grieta por donde el dolor se iba colando. En esos dos años había logrado construir muros de rutinas y tareas, me había abrazado a mi dolor entre las costuras, mi amado huerto, el caldero y los quehaceres, No necesitaba de gente a mi alrededor, había días en que apenas cruzábamos palabra con mi padre, cada cual en sí mismo.

Las semanas en el barco hicieron que huyera de la gente, ahora en el pueblo solo soportaba un par de saludos y sonrisas en los sermones o al ir a alguna tienda por víveres o enseres. El recuerdo del bullicio en el barco, ver las mismas caras en un reducido espacio, el fastidio silenciado, la melancolía en el aire. La muerte de mi madre y las miradas de compasión o el distanciamiento del resto de los niños ante una huérfana triste con la mirada perdida en el horizonte eran recuerdos que no lograba olvidar, la vergüenza que sentía por mí misma y por mi padre ante la desgracia, fue lo quedó de la travesía al nuevo mundo.

Otra vez la incertidumbre, la soledad que se avecinaba como una sombra que comía todo a su paso, nuevamente no saber qué hacer, pensar o sentir.

Días después mi padre luego de apenas comer algo del almuerzo, me llamó a su lecho. Yo me acercaba cuando él levantó la mano deteniéndome a metros.

-Nelly, no te acerques tanto. Trae una silla, debemos hablar.

Fui en busca de la silla y me senté a distancia como me había pedido. Me temblaban las piernas, sabía que algo importante me diría, pero mi corazón no

quería escucharlo, mi mente debió hacer un esfuerzo enorme para centrarse en el instante que vivía. El médico había venido una última vez hacía pocos días y apenas me dirigió la palabra, pensé que algo tendría que ver en esta necesidad de hablar de mi padre.

-Hija, debemos ser realistas y aceptar la decisión de Dios. No me queda mucho tiempo, no quiero que te enfermes por mi culpa por lo que te exijo que extremes los cuidados sobre tu salud. En cuanto a tu futuro, no voy a negarte que me preocupa en demasía, a pesar de confiar en los designios de Dios, soy humano y no puedo evitar la preocupación y el apego mundano. El doctor ha sido de gran utilidad como mensajero aunque inútil con su tarea sanadora.-

Lo dijo con una sonrisa irónica, fiel a su estilo, mantenía una coherencia y seriedad amable, típica de él. También una característica en mí, que me había heredado y sería lamentablemente más visible en el futuro. Para mi desgracia eran cualidades inaceptables en una mujer de aquellos tiempos.

-Nelly, solo te queda esta casa y lo poco queda del ahorro. Guarda el dinero y tenlo tú misma. En cuanto a la casa se la di en administración al Señor Isaac Saltonstall, él amablemente se hará cargo de ti hasta que encuentre un joven con quien casarte, hasta tanto llegue ese momento arrendará la casa y los terrenos, a cuanta de los gastos de mantenerte junto a su familia, cuando contraigas matrimonio te devolverá las tierras y la casa. Hasta que tengas edad suficiente para ello, trabajas como maestra de sus dos hijas pequeñas, gracias a tu madre, lees, haces cuentas y escribes a la perfección y también puedes darles un poco de historia, pero sé prudente, enseña solo los hechos y guárdate para ti mis opiniones o las tuyas propias. Creo en Dios fervientemente pero también creo que el hombre logra ser la más estúpida y ciega creación de Dios a pesar de los más amorosos intentos de perfección del Todopoderoso. No siempre a la primera sale bien. Jajjjaa.

Ahí estaba mi padre, un aspecto de él que nadie más que mi madre y yo conocíamos. Sus dudas, críticas veladas, un repensar los tiempos históricos. Pocas veces expresaba sus pensamientos contradictorios entre su fe y su razón, no eran tiempos para tibios, todo pasaba por el tamiz de blanco o negro. Los puritanos en general eran bastante intolerantes a las disidencias y cuestionamientos. Aún cuando ellos mismos cuestionaban todo el tiempo a la Iglesia de Inglaterra y al mismo Rey. Estaban convencidos de ser un modelo de caridad cristiana y de verdadera libertad civil y no la natural y salvaje de los indios americanos. "Haz lo que yo digo, no lo que yo hago" era un lema ad doc. puritano. De víctimas de los anglicanos a victimarios de los pequot. Las vueltas de la vida en el teatro del universo.

-En dos días debes tener tus cosas preparadas porque te mudaras a la casa de los Saltonstall.

-¿Pero quién te atenderá? No puedes quedarte solo.

-No te preocupes, el doctor ya dispuso todo lo necesario. Dios está en mi corazón.

La desolación me invadió, mi alma estaba vacía, perdida, todo había sido decidido sin poder hacer nada ni se me ocurría qué decir. Me pregunté si la vida era esto, existir por el solo hecho que otros permitieran que existiera como un pequeño árbol en un bosque sin fin. Quieto, mudo, sin la libertad de ver otro cielo o divisar un horizonte.

Los días siguientes preparé mis pocas pertenencias, ropa, un retrato de mis padres, mi biblia y mi pizarra en la que tantas veces había garabateado letras y números. Ahora serviría para enseñar a otras niñas lo que había aprendido.

Era una mañana fresca y soleada cuando se apersonó un hombre canoso alto y delgado, su mirada y semblante eran la nada misma, quitándose el sombrero me saludo y se presentó como el Señor Saltonstall. El frío recorrió mi espalda, lo saludé inclinándome y me dirigí, en tanto las lágrimas rodaban por mis mejillas, a la habitación donde estaba mi padre. Me acerqué a él con dolor y un amor inmenso.

-Padre, han venido por mí, no quiero irme, no quiero que me abandones.

-Tranquila Nelly, lo importante es que Dios no te abandone, él nunca lo hará, no lo abandones tú.

-Puede que Dios se apiade y te cures, rezo por ello todos los días en cada sermón, te juro que lo hago pero parece no escucharme.

-Él te escucha, pero los caminos que traza son los que deben ser. Ten fe. Te amo hija.

Era la primera vez en mi vida, que me decía amarme. Siempre había sentido que el dolor de la muerte de mi hermano no dejaba lugar para mí en su corazón. El alma se me desgarró, nunca fui la misma después de la partida de mi madre, pero la despedida de mi padre fue tan dura que sentí que mi corazón ya no latía con el mismo calor humano, como si se hubiera muerto allí mismo convirtiéndose en piedra. Fue la última vez que lo vi y las últimas palabras que le escuché decir.

Nunca supe qué arreglos hizo el doctor, el Señor Saltonstall y mi padre, en cuanto a su cuidado hasta su muerte. Solo sé que ese día subí al carruaje junto a ese hombre frío y distante. Era muy alto, de cabello rubio y piel bronceada, corpulento, con una mandíbula llamativamente prominente. El viaje duró apenas unos cuantos minutos, al llegar a una casa de dos plantas con detalles que denotaban la riqueza de la familia, muy diferente a la que había podido construir mi padre con sus propias manos y un poco de ayuda de otros miembros de la comunidad.

En la puerta estaba una mujer tan delgada como Saltonstall, hasta podría decirse que eran tan parecidos que me llamó la atención, pero de rasgos más angulosos y unos ojos celestes fríos como el hielo. Más tarde me enteraría que era su prima

en segunda línea, hija de un primo hermano del padre de su marido. A su lado estaban dos niñas de unos siete u ocho años y cuatro jóvenes de entre dieciséis y veinte años dos de ellos y los más jóvenes de la misma edad aproximadamente, que sus hermanas. Más atrás de ellos, se encontraba una señora mucho mayor y por su ropa, intuí que era una sirvienta de la casa. Así le llamaban a quienes trabajaban para estos señores prominentes de la comunidad. Trabajo servil de poca paga y excesivo maltrato disfrazado de perfección puritana.

La mujer se adelantó a recibirme al tiempo yo me las arreglaba para bajar del carruaje con mi humilde bolso.

-Bienvenida Nelly. Soy Elizabeth Saltonstall. Y ellos son mis hijos.-les hizo un ademán para que se acercaran. Mientras, su esposo se dirigía con el carruaje al establo detrás de la casa.

-Niños les presento a Nelly. Nelly ellos son Eleanor y Alice, Henry y George y los mayores John y James. Nos da gusto que estés aquí. Tu madre lamentablemente no pudo concretar su trabajo junto a nosotros. Lamento tu pérdida, pero ya que tus padres habían concertado un contrato, tú tomarás el lugar de tu madre. Serás la maestra de las niñas, es mejor que se eduquen en casa a diferencia de los niños que pueden concurrir a la escuela. Es importante que todos sepan leer y escribir, para poder leer la santa biblia sin intermediarios.

Me tomó del brazo y sutilmente me empujaba en dirección a la casa, detrás nuestro venían los niños y los jóvenes, en tanto la Señora. me relataba los horarios y tareas habituales del hogar y el deseo de que le enseñara a sus hijas a leer por sí mismas, así podían interpretar las palabras de Dios.

La Señora Saltonstall me dio la misma impresión que su marido, aunque más habladora y sociable, había algo en su tono de voz que denotaba que se sentía superior a los demás y especialmente a mí. La mirada fría, los ademanes nerviosos de sus manos estrujándose, como si quisiera terminar lo más rápido que fuera posible el momento desagradable de hablar con alguien que no estaba a su altura, aún más, alguien tan inferior como una jovencita huérfana y sin orígenes aristocráticos. Fue mi sensación y seguramente ese recuerdo está teñido por mi propia baja autoestima, es probable que mi aspecto denotara la orfandad de mi presente en aquel entonces.

Las niñas tenían seis y siete años, los cabellos apenas sobresalían de sus cofias, ambas tenían los ojos castaños de su padre, me observaban sin quitármelos de encima. Tenían las sonrisas muy dulces, se imaginaban que yo les abriría el cielo o algo parecido, enseñándoles a leer. ¡Que inocentes! Yo solo les enseñaría de qué estaba hecha la jaula que las retendría toda la vida.

Los dos niños más pequeños que sus hermanos varones pero mayores que las niñas, tenían nueve y diez años Henry y George respectivamente como me informara su madre. Henry sonriente, inquieto y notoriamente inocente a

diferencia de su hermano, el cual era más callado, serio y perspicaz en su mirar. Eran los únicos dos niños que tenían el color de ojos de su madre, eran altos para sus edades e igualmente delgados como sus padres.

Yo los observaba al tiempo que recorría la casa junto a su madre, quien me iba detallando los ambientes rumbo a mi cuarto junto al de Anne, la sirvienta y cocinera.

John y James tenían dieciséis y dieciocho años respectivamente, habían desaparecido ni bien entramos a la casa rumbo al establo a encontrarse con su padre, supongo que poco les importaba mi presencia, ya que no modificaba en nada sus vidas. Era una niña tonta a sus ojos. Ambos eran atléticos y esbeltos, de cabellos y ojos castaños, bien parecidos pero ninguno sobresalía en demasía en relación a otros jóvenes.

La Señora Saltonstall, cerró las puerta tras de mí, el cuarto pequeño contenía una mesa, una silla y un camastro. No había ventanas, solo un ventiluz que apenas iluminaba naturalmente, la manta que cubría el lecho estaba limpia pero gastada del uso. Pensé en mi manta, la que había dejado en mi casa, debí habérmela traído pensé. Estaba todo pulcramente limpio, Anne me trajo un plato de comida abundante y una rodaja de pan junto a una jarra de agua para higienizarme y un poco de cerveza. Era habitual que consumiéramos cerveza a falta de agua que no estuviera contaminada. No tenía una vela con que ver al caer la tarde, no me animé a salir del cuarto en busca de Anne, mucho menos de alguien de la familia; sentí que estaba en una ratonera y como un ratón asustado me quedé en un rincón hasta dormirme luego de comer.

La luz tenue bañaba el pequeño cuarto al abrir los ojos, tenía frío en los huesos, me incorporé y me di cuenta que estaba amaneciendo, lave mi rostro en la pequeña batea vertiendo agua de la jarra en ella. Busqué una muda de ropa para cambiarme. Arreglaba mi cabello unos tenues golpes en la puerta me advirtieron que alguien venía a buscarme, era la vieja y amable Anne. La seguí hasta la cocina y comencé a ayudarla con el desayuno, me puse a cocer la avena y ella horneaba el pan. El silencio nos envolvía acogedoramente en tanto que el sol comenzaba a despuntar.

-Nelly, la señora me pidió que le lleves el desayuno a su cuarto, no es lo habitual, a ella le gusta que todos desayunen juntos para alabar a Dios por los alimentos, pero quiere ponerte al tanto de cómo será tu vida en la casa y cómo debes educar a las niñas. Antes de ir, desayuna tú, pero hazlo rápido para no demorarte más de lo necesario.

-Está bien- le dije. No me animé a hacerle preguntas pero la incertidumbre me corroía por dentro. Estaba atenta a cada instante que vivía allí, no sabía en realidad quienes eran estas personas, nunca había vivido con tanta gente alrededor, acostumbrada a la soledad en la que vivía con mi padre. Estaba aterrada. Bebí el té y comí unas rodajas de pan, el nudo en mi estómago solo tenía espacio para unos bocados.

Cuando todo estuvo listo, cargué la bandeja con los alimentos y me dirigí a ver a la Señora., subí las escaleras oscuras hacia la última de las habitaciones al final del pasillo. Al abrir la puerta un tanto torpe por el peso de la bandeja entre mis manos, la encontré sola sentada junto a la ventana en una pequeña mesita. Austera en el vestir, con el pelo sujeto bajo la cofia blanca, el vestido de color ocre, abotonado rígidamente hasta el cuello. Tamborileaba los dedos sobre la rústica madera de la mesita. Levantó la vista al yo entrar y sus ojos fueron como dos dagas clavándose en mis pupilas. No pestañeo y me observó con cierto desdén de arriba abajo. Quitando su vista de mí, me señaló con el índice que dejara la bandeja y me sentara en una silla alejada de la mesa a unos pocos metros, lo suficientemente distante como para hacerme sentir que estaba por ser interrogada y aleccionada. Mi frente sudaba y las piernas me temblaban, agradecí dentro de mí que no me obligara a quedarme de pie, porque temía no soportar el peso de mi propio cuerpo.

-¿Siempre has tenido esos rizos?

Me sorprendió la pregunta. Claramente sentí que no eran de su agrado. Ninguna de sus hijas tenían rizos, de hecho casi ni se les vía el cabello bajo la cofia blanca.

-Sí señora.

-Es un gusto para nada cristiano, será mejor que los cortes. Le diré a Anne que se deshaga de ellos.

-¿Por qué? -le pregunté con lágrimas en los ojos.

-Porque en esta casa vivirás bajo los estrictos ojos de Dios. Las mujeres no somos más que seres viciosos que debemos limpiarnos de las garras del demonio en que Eva nos dejó. Su maldad es un pecado que debemos desterrar para ser dignas a los ojos del Altísimo. ¿Acaso no lo crees?

-Sí Señora.

-Deberás ayudar en todo a Anne, hasta que vea en ti lo más puro del cristianismo deberás comer en la cocina junto a la servidumbre. Haberte cobijado en mi hogar es un acto de bondad de mi esposo y una obligación que asumí por deber cristiano. Una huérfana a la que debemos mantener en el camino de Dios.

Como si algo de dignidad en mí se hubiera rebelado, mi voz pareció tomar vida propia y no pude detenerla.

-Mi padre no ha muerto señora.

Fue una frase que no pasó inadvertida para esa mujer. Mantuve la mirada intensa y firme en duelo con la frialdad de la de ella, que me escudriñaba denotando decepción y desconfianza. Fue un duelo silencioso, el comienzo de una batalla en la que yo estaría en clara desventaja.

-Ya veremos qué designios divinos nos depara el Señor para tu padre y para ti. Debes rezar día y noche por su alma. Yo rezaré por la tuya.

Más que deseo de protección me resonó a una amenaza. Esta mujer lanzaba sus palabras como si fueran decretos divinos, su fe ciega y mi razonamiento crítico por naturaleza se enfrentaban, ella insistiendo en salvar y resguardar mi cristiandad y yo con el germen de la libertad en el alma.

Como si cada pensamiento que cruzaba por mi mente se reflejaba en el brillo de mis ojos, mi cuerpo también comenzaba a liberarse del miedo, desafiándola con mi sola presencia, mantenía mi postura contenida, la espalda erguida y los hombros relajados, mis manos entrelazadas se apoyaban sobre mi regazo. En tanto ella me enumeraba los quehaceres que debía hacer bajo la inspección de Anne, cómo debía enseñar a las niñas, los horarios de lectura de biblia, días de lavado y los habituales a toda la comunidad que ya bien conocía.

Yo asentía despacio, solo para dejar claro que escuchaba. En tanto degustaba su desayuno sin mirarme siquiera, comenzó con infinitas preguntas que disparaba como dardos; como quién me había educado, para asegurarse que lo había hecho mi madre, si sabía las oraciones, si leía diariamente la biblia, todo lo que se le ocurría que pudiera darle la seguridad que era una buena cristiana.

Me dejó ir y al igual que la bandeja vacía ya de alimentos, mi mente también estaba vacía de ideas, todo mi ser tenía sensaciones que no lograba entender, todo en mí era confusión y cansancio.

Habían pasado unos días desde aquella nefasta reunión con la Señora Saltonstall, no me había dirigido la palabra desde entonces, pasaba al lado mío como si yo fuera un mueble más, ni siquiera una mirada displicente, me había convertido un fantasma en esa casa. Solo tenía contacto con las personas que solían trabajar allí. El Señor Saltonstall apenas si lo veía por la tarde noche, así como a sus hijos mayores, si era el caso que yo ayudara a servir los alimentos en la cena. Los niños pequeños iban a la escuela por la mañana y por la tarde por lo que escasamente los veía, generalmente cuando entraban a la cocina a pedir galletas. Increíblemente no sabía que ese había sido el mejor tiempo en esa casa. Ser invisible era mucho mejor que pasar a ser su blanco preferido.

Me había enviado por medio de la cocinera Anne las cartillas para enseñar a sus pequeñas hijas, así como el único libro que utilizaría a medida que aprendieran a leer, escribir y contar. Eran unas tablas planas con forma de raqueta que contenían el alfabeto impreso en una cara y una oración en la otra. Y el libro llamado la cartilla de Nueva Inglaterra contenía rimas que enseñaban el alfabeto y la ortografía de las palabras, también incluía muchas oraciones, poemas y preguntas sobre la Biblia que daban las respuestas que debían grabarse a fuego en la mente de los niños. La Señora, así la llamaré en adelante, había dado la orden de que una vez a la semana debían recitar de memoria y a la perfección un poema diferente, ella misma tomaría el examen y quien no pudiera cumplir con la tarea sería severamente castigada.

Las niñas sentadas a la mesa de la cocina, me miraban expectantes. Comencé a dibujarles las primeras letras y ellas las copiaban en sus tablillas, Alice estaba más avanzada que Eleanor, ambas habían recibido las primeras lecciones con su madre, según los rumores que había escuchado, la Señora solía fastidiarse cuando alguna de ellas se equivocaba y era tal su irritabilidad que les imponía castigos absurdos a ambas por igual, no importaba quien fuera la que se equivocaba, las dos corrían la misma suerte.

Eleanor estaba recitando: "La A de Adán la que todos aprenderán. La Biblia empieza con B la misma que ayer recité. La C de casa y cocina, la del caballo que muy lindo camina. Dios comienza con D el mismo que todo lo ve. La E del elefante mira que trompa tan grande. La F me pone feliz tanto como una lombriz", se quedó en silencio mirándome fijamente. Me di cuenta que no lograba recordar la siguiente línea, por lo que le ayudé mencionando la letra siguiente que debía decir, sus ojos se llenaron de lágrimas y comencé a sentir un olor desagradable alrededor. Alice empezó a sollozar y escuché como si cayera un débil chorro de agua cerca de nosotras. Me levanté de la silla y al instante observé cómo caía de la silla donde estaba sentada el líquido desde su pequeño cuerpo, estaba orinando. Eleanor estaba pálida y lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas. Estaba yo tan asombrada que no sabía qué hacer ni decir, me recompuse y sin alterarme porque en verdad estaba triste por ellas, percibía el miedo y la vergüenza que estaban sintiendo en ese momento.

Tomé de las manos a Alice y la ayudé a bajar de la silla.

-Tranquila Alice, no tienes que tener miedo. No pasa nada.

-¿Nos vas a castigar? Me duelen las manos cuando madre nos pega con la varilla.

-No, claro que no. Están aprendiendo es común que al primer intento fallemos. Es cuestión de práctica.

Alice calmó su llanto y me disponía a llevarla para limpiarse y mudar su ropa cuando llame a Eleanor para que fuéramos todas juntas. Negó con la cabeza, seguía tan pálida como minutos antes.

-¿Qué sucede Eleanor?- No me miraba, mantenía su mirada fija al suelo. Alice me explicó con voz muy baja, casi inaudible.

-Se ha hecho caca.

No podía creerlo, una de las niñas se orinaba encima y la otra se había defecado. ¿Qué estaba ocurriendo?

-Tú también estate tranquila, no es gran cosa lo que ha sucedido. No le diré nada a su madre, no tengan miedo. Esto quedará entre nosotras. ¿Sí?- Asintieron con la cabeza y en silencio todas nos fuimos al lavabo, se higienizaron, fui en busca de ropa limpia y luego de cambiarse ambas, di por concluida la lección del día. Preparé un menudo lunch de galletas y leche tibia y conversamos trivialmente de las cosas de niños que les interesaban. Al mismo tiempo dentro de mí me

hacía muchas preguntas. ¿Qué clase de padres tenían estas niñas para aterrarlas de esta manera? Ciertamente a mí también me daban algo de temor. Y no solamente sus padres.

Estas niñas habían sido criadas bajo el yugo del miedo y la estricta moral puritana. La noción de pecado les pesaba en cada pensamiento, y sus noches estaban marcadas por el temor a los castigos divinos. Alice era la más retraída, observadora, buscando constantemente señales de lo que podría condenarla frente a su madre. Eleanor, en cambio, sentía la presión con una ansiedad apenas contenida; cuando escuchaba sermones sobre el castigo eterno, sus manos temblaban y su mirada se fijaba en el suelo. Ambas se vigilan mutuamente, intentando no caer en el error, convencidas de que cualquier trasgresión podría significar la ruina de sus almas y su familia.

No me animé a preguntar a nadie sobre lo ocurrido, esperaba observando que tan habitual era esa situación, no quería acarrear con la furia de la Señora, era probable que me acusara de hostigar a las niñas o cualquier cosa podía suceder, a esas alturas sentía que la responsabilidad caería sobre mis hombros por el motivo que fuera. Rogué que fuera algo inusual y que no se repetiría. Tuve temor por las niñas pero sobre todo por mí. Me resguardé en el silencio cobardemente.

Era una mañana fría pero soleada, nos reunimos toda la comunidad en la Iglesia, construida un año antes de mi llegada, era sencilla pero amplia, construida como casi todas las casas, con grandes tablones de madera. El ministro estaba a la entrada saludando a cada feligrés, cuando el Señor Saltonstall, ambos hombres se pusieron tensos a pesar de sus amables sonrisas, las miradas decían mucho más que sus palabras.

-Ministro sea bienvenido Ud. y su joven esposa.

-Muchas gracias Señor Saltonstall, me alegra verlo esta mañana.

-Sé que ha tenido ciertas diferencias con el capitán Winthrop.

-Me alegra que no sea societario del comercio de esclavos con el capitán, hasta donde sé.

-Es cierto, es un comercio difícil y arduo, me inclino más por la fabricación de barriles y abastecer de madera a los barcos.

-Me alegro, un trabajo digno como nuestro amado Jesús el carpintero. Sean bienvenidos a la morada humilde de Dios- Sutilmente el ministro dejaba en claro su postura que ya había sido el motivo de que fuera expulsado de Plymouth. Dio por concluida la presentación para no continuar con una conversación que derivaría en política. Continúo saludando a los que llegaban mientras todos los de la familia y que asistíamos nos ubicamos en los asientos libres.

Cantos y alabanzas dieron comienzo al sermón del ministro. Fue el día que una luz de entendimiento se fijó en mi memoria dando lugar a mi espíritu crítico.

-*Queridos hermanos:*

Esta vida es un breve instante, la eternidad sigue. De la mejora o la desmejora de este breve instante depende una eternidad dichosa o terrible; sin embargo (y tiemblo al pensarlo) icuán vil es esta joya invaluable, y cuántas vanas invenciones y pasatiempos insensatos han descubierto los hijos de los hombres en todas partes del mundo para pasar el tiempo y el tiempo en este breve instante de vida, hasta que, como un río placentero, se han adentrado en el mar muerto de la lamentación eterna! El mayor crimen del mundo es no desarrollar el potencial. Cuando haces lo que mejor sabes hacer, no solo te ayudas a ti mismo, sino al mundo.

Ha sido la estúpida costumbre de todas las naciones bárbaras pintarse y figurarse el rostro y el cuerpo,(como ha sido para nuestra vergüenza y dolor, podemos recordarlo de algunos de nuestros antepasados, en esta nación): ¿Cuánto, entonces, estamos obligados a nuestro santísimo Creador por tanto conocimiento de sí mismo revelado en tanta civilidad y piedad? y ¿cómo deberíamos también anhelar y esforzarnos para que América pueda participar de nuestra Misericordia? todas las personas, hombres y mujeres, cristianos e indios, sin importar su estatus, herencia o creencias, tienen derecho a los mismos derechos que nosotros.

Y en nuestras vidas pequeñas acaso no es reconfortante, la visita de amigos y vecinos? una pobre visita y presencia vacía, y sin embargo, en verdad, es muy solemne, a menos que se trate de enfermedades infecciosas, y entonces todos los abandonan y huyen, ya que a menudo he visto una pobre casa abandonada en medio de un bosque salvaje, todos huyendo, los vivos incapaces de enterrar a los muertos, tan terrible es la aprensión de una enfermedad infecciosa, que no solo las personas, sino las casas y toda la ciudad emprenden la huida. Entonces preguntémonos: ¿somos los que huimos o los que a costa de riesgos nos ayudamos y protegemos a todos los que conformamos esta comunidad?

Pensemos, les comparto unos versos que a la luz de la oración temprana el espíritu santo me susurro:

Ellos ven las maravillas de Dios que son llamadas

A través de mares terribles para pasar,

Con vientos desgarradores y mares rugientes,

Y calma tan suave como el cristal.

He estado en los barcos de Europa a menudo

En mano del Rey de los terrores;

Cuando todos han llorado, ahora, ahora nos hundimos,

Sin embargo, Dios lo trajo sano y salvo a la tierra.

Solo entre los indios en canoas,

Al regresar hace algún tiempo, he estado

A media pulgada de la muerte, en lo profundo del océano,

Maravillas de Dios he visto.”

El sermón continuó y la incomodidad en la iglesia se sentía en algunos grupos, entre ellos también estaba el Señor Saltonstall, la realidad era que Williams estaba atentando contra la codicia de los adinerados como ellos. Las críticas a la iglesia de Inglaterra sumadas a la exclamación de que todos tenían derechos, era un amargo trago para ciertos personajes prominentes de la sociedad. El ministro tenía sus horas contadas, la animosidad generada por su amabilidad hacia los indios no sería un motivo menor. El ministro Williams creía que ningún rey tenía derecho a tomar arbitrariamente las tierras de los nativos americanos. Para él, los colonos ingleses debían pagar a los nativos de América por cada tierra que quisieran utilizar. Y para agravar más su situación el ministro Williams se había hecho amigo de un grupo de nativos americanos, los que temían una guerra a futuro que los pudiera diezmar. Ya había sido expulsado de Plymouth y en Salem estaba empezando a incomodar a algunos.

Yo estaba fascinada, este hombre decía a viva voz las ideas de mis padres, pensamientos que mis padres mantenían casi en secreto, temiendo represalias

como la expulsión de la comunidad y la pérdida de las tierras que tuvieran. La libertad de conciencia, entender que todos éramos hijos de Dios y merecíamos consuelo, misericordia y acompañamiento. Eran ideas extremadamente libertarias para la época, que atentaban contra los intereses de poderes económicos y sociales. Desde ese día fui con gusto a cada sermón, el aire de libertad aún dentro del dogmatismo reinante era un soplo de alivio a tantas estrictas reglas que reprimían mi vida

Pensé en mi pobre padre, sufriendo solo y lloré largamente en lo que quedó de la ceremonia. Las noticias de su estado eran escasas y poco alentadoras, quería ir a verlo pero me lo prohibían ya por temor a que contrajera la enfermedad y pusiera en peligro a la familia que me había acogido o por simple indiferencia a mi dolor.

Al terminar la ceremonia comenzamos a salir de la iglesia, iba por detrás la familia Saltonstall junto al resto de la gente que trabajaba para la familia. Observé como James el hijo mayor se adentraba entre la maleza circundante caminando en dirección a la casa familiar, era un camino agreste y un poco más largo. A pocos metros lo seguía Eleanor. Me resultó extraño. ¿Por qué se separarían del grupo? No mencioné el hecho ni hice ninguna pregunta, pero me llamó la atención. James era un joven de bellas facciones, alto y esbelto pero sin ser desgarbado, el trabajo físico lo había formado atléticamente, era el más apegado a su padre y el que tenía sobre sus hombros toda la expectativa paternal. Era muy parecido en su carácter a su padre. Tenía una presencia que me aterraba, a mi parecer el más temible de todos. Recordaba que a diferencia de su hermano John, no jugaba con las palabras hirientes, sino con el silencio.

Cuando dejaba un pliegue imperfecto en mi ropa doblada, él pasaba junto a mí sin decir nada, pero su presencia pesaba como una sentencia. En los momentos de oración, si yo desví la mirada, él me observaba fijamente, esperando que volviera a bajar mi mirada al camino correcto. Su juicio no era inmediato, pero sabía que un día, cuando su paciencia se agotara, su corrección llegaría de manera inevitable y brutal. Su sadismo no se expresaba abiertamente, sino reprimido bajo una capa de fervor religioso. Había internalizado la severidad puritana de una forma peligrosa: para él, el castigo era necesario, y al igual que su madre estaba convencido que el sufrimiento expiaba el pecado. Su mirada era fría, calculadora; cuando observaba, no había ternura, solo juicio.

No buscaba el placer en el dolor ajeno de manera impulsiva, sino bajo la creencia de que era su deber imponer disciplina, purificar, corregir. En su mente, la violencia estaba justificada por la fe. Sus manos siempre estaban rígidas, como si en cualquier momento estuviera preparado para impartir justicia. No gritaba, no se alteraba, pero su tono seco era más amenazante que cualquier castigo físico. Todos los empleados le temían así como sus hermanos. Tal vez por eso me resultó más extraño que Eleanor lo siguiera, como si hubiera entre ellos un afecto amoroso de hermanos, algo que nunca había visto hasta ahora. ¿Era

probable que en el corazón frío de James hubiera un resquicio de amor fraternal y compasión? ¿Una debilidad por su tierna hermana, capaz de ser cariñoso?

Al llegar a la casa, preparé las cartillas para darles la lección del día a las niñas luego del almuerzo, aprovecharía para indagar un poco más en las niñas mis inquietudes, pero conociendo la timidez y el temor que habitualmente sentían, seguramente no lograría nada.

La tarde se hizo lenta y cansadora para las niñas y para mí, las lecciones se tornaron monótonas y mi ánimo estaba bajo como para imprimirles entusiasmo. El diálogo solo giro en torno a memorizar y recitar párrafos, deletrear palabras y dibujarlas fue lo más entretenido pero no lo suficiente como para borrar el desgano que todas teníamos. El frío nos adormecía a pesar del fuego de la chimenea y el cansancio que sentía al estar atenta a la clase hizo que desistiera de generar una charla profunda buscando saber más de lo que a simple vista veía. La dejé para algún otro momento más propicio. Solo eran inquietudes sin fundamento, seguramente mi aprensión hacia James y su familia me hacía ser desconfiada y suspicaz.



Capítulo 2

Hemos
de cuidarnos
cuando estamos en una
situación triste. Hemos de
cuidarnos y mortificar las
emociones desordenadas por lo
terrenal, porque estas harán que
las situaciones en las que perdemos
algo o tenemos problemas parezcan
demasiado pesadas. Mortifica tus
emociones terrenales, y tu aflicción
se hará notablemente
más ligera.

John Mabel
(1627–1691)

La luz aún está lejos, voy a ella pero lenta; como si volara solamente con mis ojos, no siento mis pies pero los veo, así como mis manos. ¡Qué extraña es la muerte! Es como un presente vívido y sensible, no he olvidado ni el más mínimo detalle de mi vida pero algo me dice dentro de mí que no por mucho tiempo. Mientras avanzo no puedo evitar narrar lo que fue mi vida.

En aquel entonces desde el amanecer, sentía el peso de la vigilancia. La Señora Stonstall, rígida y fanática, iniciaba el día con oraciones interminables, esperando que todos recitáramos con la misma devoción. Cada pausa, cada titubeo, era una falta. "Dios ve tu debilidad," decía con frialdad, En lugar de mantener los ojos bajos en señal de sumisión, yo los mantenía fijos, no con desafío abierto, sino con una intensidad que dejaba en claro que escuchaba, pero no absorbía cada palabra como una verdad absoluta. En ocasiones, cada vez que ella recitaba un sermón sobre la obediencia, yo deslizaba la mirada hacia la ventana, solo por unos segundos, un gesto mínimo que insinuaba que mi mente se escapaba a otro lugar. Pero un día John me señaló "Madre, Nelly mira por la ventana siempre que estamos orando, parece que su alma está inquieta". Él había estado observando mis pequeñas transgresiones con interés, sin darme cuenta, pero no me acusó de inmediato. Prefirió esperar, acumular pruebas sutiles, para luego exponerlas en el momento más oportuno. Lo disfrutó como un juego. Fue el principio del fin.

La Señora no iba a permitir una desviación en mi conducta, se acercó a mí con su típica atención meticulosa y su mirada enjuiciadora, como si observara una grieta invisible en mi rostro

-Es evidente que aún no te hemos moldeado correctamente. El pecado te hace torpe y distraída, quizás deberías orar por discernimiento y humildad.

La frase acusatoria de John bastó para que pasara horas arrodilladas, rezando por una redención que no sentía necesitar. Horas después con las piernas adormecidas y las rodillas doloridas me dirigí a la cocina para ayudar con el almuerzo.

El aroma a pan horneado se mezclaba con el aire frío que entraba por la ventana. Estaba sentada en el banco de madera, con un pesado libro de cocina de Gervase Markham apoyado en mi regazo, pasando las páginas con atención. Quería aprender cómo cocinar pavo pero me interesó encontrar la receta sobre asar un venado. Estaba tan entretenida con ello que no escuché los pasos hasta que fue demasiado tarde.

-¿Qué es esto?- me dijo con voz áspera y ojos llenos de furia, sobresaltada. Cerré el libro con rapidez. No entendía por qué me regañaba. ¿Cuán grave era lo que estaba haciendo?

-Un libro de cocina, señora.

Me arrebató el libro bruscamente y como si en vez de hablar ladrara comenzó a gritarme que estaba perdiendo el tiempo holgazaneando Yo estaba paralizada, tensa, tratando de recuperar algo de calma dentro de mí.

-¿Un libro de cocina? ¿Y para qué necesitas leer esto? Lo único que una muchacha como tú necesita es obediencia y oración. ¡No desperdicies tu tiempo con vanidades mundanas!

-Sólo estaba aprendiendo más sobre cómo preparar los alimentos para la casa. Quiero hacer bien mi tarea. -La humildad no se me daba naturalmente pero era mejor intentarlo.

-¿Hacer bien tu tarea? ¡Las mujeres no necesitan conocimiento, necesitan devoción! Este libro, con sus páginas gastadas y palabras sin valor, no enseñará lo que verdaderamente importa. ¿Acaso crees que saber más sobre especias y recetas hará de ti una mujer virtuosa?

Me observaba con dureza, mis manos recorrían el lomo envejecido del libro, mantuve la vista en el suelo, no quería que viese el odio que empezaba a crecer dentro de mí en mi mirada, pero mi voz sonó firme.

-No quise faltar a mis deberes, señora. Solo pensaba que aprender más me haría más útil en la cocina.

-El demonio susurra con palabras dulces, siempre disfrazando la soberbia con justificaciones. La cocina es un deber, no un lugar para curiosidad vana. Las Escrituras son tu única guía. ¿Acaso pretendes que la comida que sirves sea más importante que la salvación de tu alma?

Su voz era tan tensa como sus dedos sobre el borde de su delantal mientras entrecerraba sus ojos.

-No... no fue mi intención.

Se acercó lentamente hacia mí, creí que iba a golpearme, pero puso su rostro tan cerca del mío que percibí su sudor.

-La intención es irrelevante. La voluntad de Dios es clara: toda mujer debe someterse, escuchar, no cuestionar. La próxima vez que te vea ocupando tu mente en algo que no sea la Palabra de Dios, sabrás lo que es el verdadero castigo.

La mujer me arrebató el libro para golpearlo contra la mesa antes de alejarse. Respiré hondo, sintiendo el ardor en mi pecho. No lloré, dejé fluir por mi ser la indignación, el rencor y el deseo de vengarme. Solo cerré los ojos por un instante, guardando silencio, sorprendiéndome de las emociones que me arrebataban y desconocía hasta ese momento. En mi interior, algo comenzó a resistirse. Algo estaba quebrándose.

Cada día había un aleccionamiento, la autoridad de la Señora Saltonstall era incuestionable, pero con el tiempo, la sensación de fracaso empezaba a calar en ella en relación a mi adoctrinamiento. Yo no me doblegaba completamente, y aunque seguía las reglas, mi falta de fervor me convertía en su punto de frustración. Se volvía más obsesiva, intensificando los castigos, imponiendo más oraciones y lecturas religiosas, o incluso buscando mi "purificación" por horas arrodillada con las manos en acción de rezo. En algún punto, ella pensaba ¿es la voluntad de Dios que Nelly permanezca impura, o había fallado como guía espiritual?

Cuando yo hablaba con las niñas en las clases y leíamos algunos salmos, les advertía sobre los peligros del pecado, pero lo hacía con palabras ambiguas, sin el tono de condena que los mayores esperarían. En lugar de inspirar miedo, suavizaba mi voz, permitiéndoles entender que quizá no todo era tan aterrador como les habían enseñado.

Las niñas empezaron a incomodarse con mi postura tan diferente a la que tenía su madre pero poco a poco desarrollaron una curiosidad peligrosa. Comenzaron a notar que yo no era castigada por fuerzas divinas como les habían hecho creer. Observaban mi resistencia frente al hostigamiento y se preguntaban si todo lo que les habían enseñado era realmente cierto. Alice empezó a copiar pequeñas actitudes mías, mientras que Eleanor se debatía entre la lealtad a su madre y el miedo de descubrir que su fe era más frágil de lo que pensaba. Ya habían cumplido nueve y ocho años, su visión de la vida acorde a su edad estaba abriéndose a sutiles cuestionamientos, preguntas que la época deberían ser reprimidos por lo que callaban y se limitaban a observar y sobrevivir bajo el ojo invisible de un Dios implacable.

En tanto mi carácter se volvía más audaz, mis respuestas eran medidas, no desafiaba directamente, pero cuando me imponían largas oraciones de arrepentimiento, murmuraba apenas, lo justo para cumplir, pero sin el fervor que esperaban de mí. Al preguntarme si había sentido el peso de Dios en mi corazón, respondía con un "Sí, claro," demasiado neutro para ser convincente.

En los momentos de rezo obligatorio, movía mis dedos haciendo pequeños trazos sobre la tela de mi falda, como si estuviera escribiendo algo en secreto. Era como un ritual propio, un gesto de rebeldía silenciosa mientras fingía obedecer.

Lavaba la ropa con precisión, pero dejaba a propósito un pliegue imperfecto que, aunque insignificante, representaba una grieta en la asfixiante perfección impuesta. El trabajo nunca era suficiente. Si la ropa no estaba pulcramente doblada, la Señora me tomaba las manos con fuerza, examinando mis dedos como si la torpeza fuera un pecado. "El diablo habita en la pereza," murmuraba.

Si solían ofrecirme un libro de sermones para leer, lo abría, pero mi mirada se perdía en el dibujo de las letras de las páginas más que en las palabras mismas. Mientras, los hijos varones menores me observaban, evitando hacerlo directamente, sus ojos delataban miedo; para ellos, yo era un mal presagio.

Ellos sentían la tensión, pero no la comprendían del todo. En sus ojos, yo representaba una figura en la frontera del pecado, alguien que podría atraer la ira divina. Me vigilaban de lejos, evitando el contacto innecesario. Solía susurrar las oraciones en lugar de recitarlas con convicción, ellos me observaban cómplices inquietos, como si eso pudiera traer un castigo sobre toda la casa. Con el tiempo, desarrollaron una mezcla de miedo y fascinación por mí.

En cambio John el hijo predilecto de su madre, una vez me vio tropezar con una bandeja, no gritó ni alertó a nadie. Se acercó despacio, inclinándose apenas. "El pecado te hace torpe," dijo con voz calma, "quizás debería decirle a madre que debes orar más" o en otras ocasiones "Si no quieres caer en desgracia, deberías mostrar más devoción, hermana." Siempre con una sonrisa que sugería que sabía más de lo que decía.

Me observaba con desprecio, pero su interés en manipularme crecía. De alguna forma yo era un escalón para competir con su hermano mayor James, el más apegado a su padre y quien heredaría el control de la familia luego de su padre. La envidia se camuflaba de competencia y meritocracia.

De alguna manera intuía que yo era más fuerte de lo que parecía, y poniéndome a prueba cuanto podía, en lugar de acusarme abiertamente, trataba de confundirme, haciéndome creer que había cosas dentro de mí que realmente eran impuras. Trataba inútilmente de sembrar dudas en mi mente, queriéndome persuadir de que mi resistencia era un pecado disfrazado de orgullo. Incluso intentaba ganarse mi confianza con actos de falso acercamiento, con la intención de traicionarme en el momento oportuno. Vil por naturaleza, John había aprendido a navegar las expectativas religiosas de su madre con astucia. En público, era obediente, devoto, incluso ejemplar, pero en la sombra era manipulador. Había descubierto que la culpa era una herramienta útil; sabía cómo torcerla para obtener lo que quería, acusando a sus hermanos menores de pecados imaginarios para verlos arrodillarse en súplicas de perdón. Se deleitaba en la debilidad de los otros, encontrando placer en la angustia que el dogma imponía. Sabía cómo hablar para ganar la confianza de los mayores, pero su mirada delataba su disfrute en los momentos que lograba imponer su dominio sobre quienes consideraba inferiores.

Era una tarde gris, la Señora observaba el mueble con el ceño fruncido, recorriendo con los dedos la marca en la madera. Su expresión era severa, cargada de juicio. Sus hijos, John y James, entraron en la estancia para tomar un descanso bebiendo unas cervezas. La actitud de la Señora los alertó de su tensión. Yo permanecí al fondo del comedor limpiando el piso como era habitual, consciente de la tormenta que se avecinaba sin conocer aún el motivo.

-¿Quién ha hecho esto?- fría con un dejo de fastidio, sin apartar la mirada del mueble y con una mano en la cintura la Señora esperaba una respuesta.

-¿Qué sucede?- James se adelantó a ver el mueble.

-Tiene una raspadura que lo ha astillado.-Era un mueble que su marido había hecho hacer en el astillero a unos empleados suyos, que servía para guardar vajilla antigua que nunca se usaba pero la tenían como si fuera reliquia de una nobleza familiar que en verdad carecían.

-Madre, ni James ni yo tocaríamos este mueble sin permiso. ¿Quién más ha estado aquí?- dijo John mientras me miraba de soslayo.

-Nelly ha pasado mucho tiempo sola aquí limpiando, ¿no? ¿Qué hacía con sus manos cuando nadie la veía?

La acusación directa me obligo a responder, tensa, pero tratando de mantener la calma.

-No he tocado el mueble. Ni siquiera me acerqué a él.

La Señora tomó las riendas de la contienda que se avecinaba, volviéndose hacia mí con los ojos afilados.

-¿Estás negando tu falta?

-No tengo nada que negar, señora. No fui yo- respiré hondo, intentando no titubear.

John dio un paso adelante, fingiendo preocupación, ahí estaba él manipulándome, haciéndome creer que me ayudaba.

-Tal vez no recuerda. Las jóvenes son descuidadas... a veces hacen cosas sin darse cuenta. O mienten-ahí estaba el doblez de su carácter, clavando el puñal que tanto le gustaba empuñar. Sonriendo apenas, disfrutando la escena. Qué palabras peligrosas... casi parecían una defensa a mi favor pero solo era una disfrazada acusación.

James solo guardaba silencio, sin decir una palabra, era un mero testigo esperando el desenlace. Imponía su presencia sin necesidad de violencia verbal para al final dar su veredicto.

Ahí iba otra vez, usando la religión para justificar la opresión. Cruzó los brazos, su juicio ya estaba decidido.

-La negación es el sello del pecado. Si no lo hiciste, ¿por qué todos apuntan a ti?

La injusticia me llenó de rencor, sentí una mezcla de odio y miedo y entre ambos sentimientos el deseo de escapar de allí. Contuve el impulso de apretar los puños y mi voz sostenida con una dignidad que a los oídos de mis acusadores sonó como un acto de soberbia y orgullo le respondí mareada por todos los sentimientos que me embargaban.

-Porque es fácil señalarme. Porque no soy como ustedes, no soy su hija- mi mirada era un claro espejo de mi ira contenida.

-Dios me libre de tener una hija como tú.

Se giró sobre sus talones mirándome y dio ese veredicto que no necesita de pruebas ni escuchar explicaciones, ni un dejo de duda en sus palabras.

-No necesito pruebas. Dios ve lo que la carne intenta esconder. No hay inocencia en una lengua que se justifica en lugar de pedir perdón.

Mantuve silencio, no respondí. La corrección llegaría más tarde, sabía que la batalla era imposible de ganar en palabras. Solo respiré, sosteniéndome en mi propia resistencia invisible. Y la casa, con su aire viciado, se cerró sobre mí. Me mandó a limpiar toda la entrada de la casa y rezar cien padres nuestros, Anne la cocinera sería la testigo que diera cuenta que no faltara ni uno de ellos hasta el número fijado.

Los días se hicieron eternos, soportando el menosprecio silencioso y la hostilidad habitual, en tanto que mi tristeza y soledad las convertí en mi secreto más profundo. Las revestí de indiferencia, volviéndome más reservada y cuidadosa, anticipándome a las tormentas, vivía en estado de alerta y buscaba paz en el silencio de los ratos en que lograba estar a solas. Me imponía no recordar a mis padres, ni rememorar el pasado que fuera feliz allí en los recuerdos.

Solo rogaba por mi padre, suplicaba un milagro que mejorara su salud. La esperanza de volver a mi hogar junto a él me hacía soportar mi realidad en esa casa. Me centré en un aquí y ahora para poder sobrevivir a tanta orfandad. Ni siquiera Anne con quien compartía los quehaceres de la casa me mostraba afecto, era distante pero por lo menos no había maltrato de su parte, era más que suficiente para mí. Ella misma era temerosa de Dios y de los Señores Saltonstall y se cuidaba mucho de cruzarse con los hijos mayores, con los pequeños era indiferente, no buscaba agradarles, sabía que a medida que crecieran al igual que sus hermanos se impondrían poniéndola en el lugar que ocupaba en esa casa. Tal vez era algo que debía aprender yo misma de su ejemplo, no buscar afecto allí, ser una sombra útil para no ser blanco de la familia.

La tarde estaba cayendo y la mesa estaba dispuesta con austera precisión. Los platos de porcelana inglesa llenos, pero el aire era denso, cargado de una autoridad invisible que emanaba de los dueños de casa. Yo me movía en silencio, sirviendo la comida con manos cuidadosas, pero antes de poder terminar, la Señora frunció el ceño, sin mirarme con su voz aguda y fría dijo:

-Esa falda.

Confundida porque no sabía a quién le hablaba, la miré y nuestras miradas se cruzaron, la flecha era para mí.

- ¿Señora?

Sus ojos recorrieron los pliegues desordenados de mi falda con desagrado, con tono seco, apenas conteniendo su desprecio.

-¿Acaso no tienes respeto por tu labor? La ropa que llevas es el reflejo de tu interior. ¿Es esta la imagen de una joven virtuosa?

James sin dejar de llevarse un bocado a la boca mirando solo su plato intervino.

-Madre, una mujer que no se cuida a sí misma tampoco puede cuidar lo que se le asigna.

Tragué saliva, tratando de no mostrarme afectada.

-La falda se arrugó al servir en la cocina. No fue intencional.

Ella entrecerrando los ojos no tenía pensado librarme tan fácil.

-Todo tiene una causa. Un alma descuidada refleja su desorden en lo material. ¿O es que crees que la pulcritud es una elección y no un mandato?

El Señor Saltonstall sin apartar la vista de su plato, pero interviniendo con voz indiferente y desgana opinó como un pilar de prejuicio sin necesidad de levantar la voz, fortaleciendo la opresión.

-La disciplina se refleja en todos los aspectos de la vida. Una mujer que no mantiene su presentación tampoco mantiene su lugar.

Los niños pequeños se pusieron tensos, en silencio se concentraban en los alimentos sin intervenir siquiera con la mirada en la escena humillante, las niñas se encogieron en sus asientos, una evitando moverse demasiado por temor a llamar la atención y la otra no comprendía lo que sucedía, sujetaba sus manos en su regazo como si quisiera protegerse de un castigo que podía llegar a compartir sin saber por qué. Siempre había un motivo, su madre siempre encontraba mérito para el pecado por más mínimo que fuera. Ya habían superado la incontinencia de sus esfínteres, Alice había madurado en su carácter en cambio Eleanor se había vuelto más asustadiza e introvertida. John se centraba en su comida manteniéndose ajeno a lo que sucedía.

James, siempre mostrando severidad y masculinidad, con un leve gesto como un juez cruel como quien detecta algo podrido, se hizo eco de su padre.

-Tal vez la falda no es lo único arrugado en ella. El carácter es lo que realmente se tuerce.

Respiré hondo, mis manos temblaron levemente, estaba harta de ellos. Pero simulando todo lo que pude una humildad que no sentía, debí responder lo mejor pude sorteando mi odio.

-Mi intención nunca ha sido faltarle el respeto a la casa.

La Señora con esa autoridad religiosa implacable, sentenció:

-La intención no excusa el pecado. Retírate. Me incomoda tu presencia en la mesa familiar.

Bajé la mirada, acostumbrada a la derrota, conteniendo mi furia, sobreviviendo el momento me fui a la cocina. Mi silencio empezaba a ser mi arma de resistencia. La cena concluida y los rezos lejanos de la familia cada cual en su cuarto daba por fin terminado el día.

La mañana había amanecido en todo su esplendor y el mediodía cálido me hizo pensar lo bella que era la vida en su simpleza, fue un sentimiento de recogimiento que duró poco.

Estaba en la cocina ayudando a Anne con un pollo, ella ya lo había desplumado, atado y lavado; mientras yo le rellenaba el vientre con perejil y lo untaba con manteca de cerdo. Reíamos comentado una travesura de los niños del día anterior. En esa ocasión la señora entró, su rostro era serio y mirándome fijamente con un brillo extraño de victoria, adelantándose así con la idea que nada bueno me diría. Se detuvo en el centro de la habitación haciendo un recorrido visual a la cocina y como midiendo el aire, teatralmente me dijo:

-Nelly, nuestro amado Creador ha llamado a tu padre.

La sorpresa no me dejó oír el lamento ahogado de Anne ni las palabras que la Señora seguía pronunciando. Yo estaba tratando de asimilar el significado de las primeras palabras.

Las siguientes horas fueron de un destiempo entre mi mente y la realidad, cambié de forma automática mi atuendo, por una camisa y falda de color negro, esperé a que me llamaran para empezar el cortejo fúnebre. Mi tutor se ocuparía de preparar lo necesario para el funeral. Caminaba como un fantasma tras el cajón de pino con una sencilla cruz en la tapa que contenía el cuerpo que había pertenecido a mi padre. El día ventoso y gris era cómplice de mi dolor. El camino al punto de entierro central por la calle Charter se me hizo eterno, el sendero tenía unas pocas casas de algunos pobladores; como el marinero Pickman, un hombre rudo y callado, parado al frente de su humilde casa se quitó su gorro como gesto de respeto y dentro mío le agradecí por ello, sentí que ese hombre lejano y desconocido en mi vida era el más honesto de sentimientos de toda la procesión. Otros como Daniels y Davenport también lugareños tuvieron el mismo gesto frente a sus casas, de pie en el umbral de sus hogares, junto a sus familias; habían sido compañeros de mi padre en la maderera que pertenecía al Isaac Saltonstall, mi benefactor. Esa calle en particular camino al cementerio estaba poblada por unos pocos marineros que estaban construyendo sus casas con remanentes de maderas de los barcos que reparaban. Todo era pobre y sombrío.

Hasta ese momento sentía la soledad de no tener a mi madre, pero ahora se sumaba la ausencia de mi padre, la sensación de orfandad era inmensa, calaba hasta mis huesos la frialdad y abandono al saber que nadie en ese mundo se

preocuparía por mí como ellos. En mis quince años los golpes de la vida se habían ensañado conmigo.

Mientras el ministro daba las últimas palabras y bendiciones a quien fuera mi padre, la mirada del Señor Saltonstall estaba fija en mi persona, como escudriñando lo que pasaba por mi mente, la incomodidad que me generaba hizo que volviera a tomar conciencia de la realidad a mi alrededor. Al terminar la ceremonia, los hombres encargados de volcar la tierra en la fosa se ocuparon de su tarea, en tanto que el cortejo se disolvió. Quedé mirando como la tierra devoraba el féretro, sentí un tirón en mi brazo que me hizo girar torpemente, era la Señora Saltonstall que sin ninguna empatía me dijo que debíamos seguir con nuestras vidas y rutinas instándome a volver a la casa. Así era ella, fría, distante, ejercía el poder de la casa con esa crueldad que solo quién la ejerce cree que es justicia divina. No había compasión ni gestos amorosos; para ella yo solo era una potencial vasija sin alma llenas de demonios y deseos pecaminosos, pura suciedad.

Fueron días entre los que no distinguía la mañana de la noche, los sonidos y las palabras a mi alrededor sonaban lejanos, no me conmovía absolutamente nada ni siquiera percibía el maltrato o las humillaciones diarias. Nada me importaba. Mi mente solo vagaba por un sin tiempo como en un vacío eterno mi cuerpo se deslizaba por el mundo, respondiendo automáticamente a todo, desde levantarme, vestirme o realizar las tareas. Cuando les daba clase a las niñas, repetía las lecciones sin prestarles atención a sus respuestas y si preguntaban algo mi apatía les respondía apenas con lo justo y necesario.

Por las noches el sueño me invadía con pesadillas constantes, retazos de imágenes de recuerdos junto a mis padres entremezclándose con el terror que vivía junto a los Saltonstall. Comencé a dormirme rezando a Dios que tuviera piedad, si me había abandonado a mi suerte, que fuera misericordioso y diera fin a mi vida. Deseé con tanta fuerza el morirme que creí que Dios me castigaba manteniéndome viva.

¿Qué sentido tenía vivir? no había futuro para mí, si solo hubiera nacido hombre, hubiera tenido alguna posibilidad de ser libre, podría trabajar, aprender un oficio, huir de esta casa, de esta gente falsa e hipócrita. Tal vez hasta viajar, irme a otro pueblo o tal vez volver a Inglaterra, no me importaba la religión, me daba lo mismo ser puritana o anglicana o hasta católica. Mi fe había decaído, descreído de este puritanismo asfixiante que solo determinaba que por ser mujer no valía nada. Dios no me veía ni me escuchaba, solo me culpaba por mi pecado original. ¿Por qué tenía que pagar por el pecado de Adán y Eva? ¿Por qué debía expiar el pecado de haber nacido, si yo no pedí nacer? Me impusieron existir sin desearlo, vivir para sufrir ¿con qué propósito? Ni los sermones del Ministro me daban paz o respuestas. Solo escuchaba obligaciones, exhortaciones a ser santos, hijos de Dios que mostraran una pureza con la que no habíamos nacido. Me prometían un cielo que tampoco pedí y me amenazaban con un infierno peor que esta vida. El desconsuelo era tan inmenso como mi ignorancia.

No tenía apetito, solo un cansancio y sueño constante, a veces me dormía por unos instantes, mientras les enseñaba a las niñas, ellas hacían sus tareas y al abrir los ojos no sabía por cuanto tiempo me había dormido pero al ver que ellas seguían en lo suyo me daba cuenta porque habían sido solo unos instantes. Me veía pálida, pasaba los días apenas probando bocados y dejando sin terminar mi plato en el almuerzo o la cena. Me sentía débil y en mi interior me preguntaba cuándo por fin moriría.

Una mañana, luego de servir el desayuno a la familia, me encontraba con Anne tomando nuestro té con panecillos, un abrir intempestivo de la puerta rompió el silencio entre nosotras.

-¿Quién te crees para disponer de tu vida? Eres puro hueso, pareces un fantasma rondando la casa. Anne trae un plato de avena, esta endemoniada mujercilla va a alimentarse aunque tenga que molerla a palos como a una bestia.

Anne se levantó rápidamente en busca del alimento, yo solo sostenía la mirada de la Señora preguntándome a mí misma si era sincera preocupación o solo le importaba por algún interés mantenerme viva.

Se acercó a mí en dos zancadas, sin yo poder evitarlo, me tomó con sus manos de la mandíbula haciéndome abrir la boca. En tanto Anne todavía sorprendida por lo que sucedía, le acercó el cuenco de avena; la Señora tomó la cuchara con una de sus manos y empezó a introducir el alimento en mi boca.

Movía mi mandíbula empujando el alimento dentro de mi boca haciéndome tragar. Con mis manos tomé la de ella que retenía mi rostro y la aparte bruscamente.

Una cachetada cruzó mi cara y sentí el ardor en mi mejilla. Al voltear la vista por el golpe, vi el cuchillo de cocina en la mesada, me quedé mirándolo deseando tomarlo. El odio en mí me hizo ver que podía hacerlo y clavárselo a esta maldita mujer. Pero el solo pensarlo, tener la imagen vívida de estar clavando el cuchillo en su cuerpo, hizo que todo mi ser temblara, como si un relámpago me atravesara el cuerpo y me hiciera temblar con una electricidad en cada parte minúscula de mi cuerpo.

Me rendí, me espantada de mi propio sentimiento, de lo que le sucedía a mi cuerpo en ese momento. Todo el odio de esa mujer era como si me invadiera y se hiciera carne en mí. De alguna forma tomé distancia de mi cuerpo con mi mente y la dejé hacer.

Tragué cada cucharada mientras el alimento se iba desbordando por las comisuras de mis labios y parte de la comida caía sobre mi ropa. Satisfecha la Señora dejó caer la cuchara sobre la mesa y sin dejar de mirarme me dijo

-Vas a comer te guste o no. No me importa si es mierda de vaca o comida, no vas a morir hasta que yo te lo diga.

La miró a Anne y le ordenó:

-Ocúpate, será tu responsabilidad que se alimente.

Se fue y así como entró, la puerta se cerró de un golpe seco y brusco. Mi pecho se agitaba subía y bajaba, pensé que mi corazón iba a explotar. Anne fue en busca de un trapo me lo dio sin decir palabra, con otro trapo limpió la mesa y volvió a llenar el cuenco con avena.

Me dijo con voz baja pero firme: - Ahora come de una vez o solo buscarás que esta mujer termine matándote a palos.

Pero al decirlo, su mirada expresaba que me estaba culpando por la situación como si todo fuera mi culpa y yo no sabía cuál era. No entendía por qué; qué había hecho para merecer todo esto.

Mi angustia se fue convirtiendo en rencor, la venganza no me atraía porque no evitaría que mi realidad se modificara, estaba enojada con el mundo que me rodeaba, con la gente a mi alrededor, los que me despreciaban por un lado y por otro, la gente del pueblo que era feliz o por lo menos lo parecía, las familias, me daban envidia, tenían lo que yo había perdido y seguramente jamás tendría. Las sombras que generaban mi dolor me envolvían en aquellos días.

Fueron meses sombríos, llenos de dudas, dejando pasar cada día como si estuviera padeciendo una condena en una prisión de barrotes invisibles.

El Señor Santonstall me había llevado a mi casa a buscar algunas pertenencias que deseara quedarme, como administrador de los bienes y siendo tutor mío no pude objetar nada. Me llevé algunos recuerdos que incluían ropa de mi madre y mía, un retrato pequeño en óleo de mi madre y yo, que mi padre por nuestro paso por Holanda camino a América había hecho hacer y un grabado en aguafuerte que representaba nuestra familia en un paisaje campestre. Eran hilos invisibles que me mantenían unida a ellos, verdaderos tesoros para mi alma. Tuve que dejar los pocos muebles y herramientas de mi padre, serían vendidos para aumentar mi dote, la casa humilde que había construido mi padre se alquilaría hasta que el Señor Saltonstall lo considerase. El dinero bastaría para solventar los gastos que mi manutención acarrearía a su familia. Como mujer joven no podía decidir ni administrar el dinero mucho menos habiendo firmado mi padre la tutela sobre mi persona a mi benefactor.

Nadie me brindó consuelo, ni Anne ni nadie del pueblo se acercó para darme un poco de calidez o siquiera un dejo de lástima. Era un fantasma que nadie veía. El desprecio que recibía diariamente fue formándose en mi carácter, yo misma comencé a despreciar a todos, a cada persona que me cruzaba le dirigía una mirada de desvalor. Empezaron a verme como soberbia y la gente comenzó a murmurar lo mal aspectada que me veía, pero tenía la tolerancia que da el duelo y el ministro al escuchar algún chismerío, salvaba mi imagen aduciendo que era una joven que estaba superando el dolor por la pérdida de mis padres. Algo de razón y humanidad sin yo saberlo me amparaba por ese entonces. El hombre de

fe sugirió a algunas niñas de mi edad que se acercaran a mí, instándoles a que me trajeran y acompañaran al buen camino cristiano.

Así, al terminar el sermón me permitían quedarme un rato en compañía de un pequeño grupo de chicas con la observancia de algunas mujeres a distancia mientras charlaban de recetas y costuras. Al principio me fastidiaba terriblemente estar junto a ellas, hablaban sin parar de cosas que no me interesaban en absoluto, me resultaban sosas sin gracia, banales y hasta un poco estúpidas. Que errada estaba, si alguna era estúpida esa era yo.

Creía que solo existía mi mundo miserable, que todos los demás vivían vidas apacibles y felices, que la alegría era para los demás, los que aceptaban las normas y reglas con gratitud porque ellas hacían sus vidas ordenadas y seguras. Estaba tan inmersa en mis sombras que no veía el dolor o las tristezas ajenas.

Cada domingo se observaba el Sabbat, que comenzaba el sábado por la tarde y concluía al atardecer del domingo; estaban prohibidas las actividades mundanas, era un día para la oración y reflexión en comunidad, así que nos reuníamos, mientras las familias almorzaban y socializaban, más que observar el día con solemnidad y rigor, muchos lo tomaban como excusa para hacer relaciones públicas, negocios o simplemente chismerío.

En tanto yo luchaba con mi propio encierro emocional. Las jóvenes no daban importancia a mi pobre conversación y mis silencios. El desprecio por tener que hallarme en esa situación poco a poco sin darme cuenta iba desapareciendo, las escuchaba pero la atención en sus relatos se fue presentando a medida que ellas relataban sus vidas, sus sentimientos, no eran tan diferentes a mí, sufríamos lo mismo de distintas formas.

Todas teníamos entre trece y quince años, dos ellas eran huérfanas de padres, recuerdo sus nombres, sus rostros están presente en mi memoria. Mary y Sarah, una de estas dos tenía la tristeza grabada en su mirada, nunca supimos bien por qué, la pérdida de su padre o la madre que la envolvía en extrañas mentiras diarias por cosas insignificantes, confundiéndola a cada momento. La otra tenía un espíritu rebelde y desafiante aún más notorio que el mío.

Tenían trece y catorce años respectivamente, yo ya tenía quince años y la vida me había dado las tormentas más fuertes, mis dieciséis se acercaban y no veía en el horizonte que mejorara algo.

Otra de las jóvenes Elizabeth tenía quince años igual que yo; era una niña feliz, alegre e inocente, sus padres no tenían intención de casarla pues era la más pequeña de cuatro mujeres. Se la reservaban para el cuidado en su vejez.

Luego estaba la niña Clarice, hija de uno de los hombres encumbrados de la sociedad, era delgada un tanto desgarrada. Todo el tiempo estaba comiendo pasteles o dulces, al ser hija de una familia adinerada influyente en la comunidad se sentía en un estrato superior al resto de nosotras. Devota hasta el extremo, No dejaba de criticar a cualquiera si creía haber algo fuera de las reglas

cristianas. Era evidente que se sentía la más creyente hija de Dios y estaba convencida que su lugar en el cielo estaba asegurado, era exasperante, ciertamente, pero por alguna razón la veía tan sincera y tan exigente con ella misma en su devoción, que no podía guardarle antipatía. No creo que fuera admiración. Me llenaba de sorpresa y hasta un poco envidiaba la seguridad y tranquilidad que le daban sus ideas rígidas. En el fondo ella creía ingenuamente todo sin cuestionar nada en su fe y a pesar de su soberbia yo sentía que guardaba un buen corazón.

Era un día más como todos, una de ellas, la exasperante Clarice estaba excitada por contarnos una novedad.

-¿Han sabido lo terrible que ha sucedido?- lo dijo como si le agradara el hecho que nos anunciaba o quizás el entusiasmo por tener algo de qué hablar y ser la protagonista de decirlo, algo que solía sucederle muchas veces.

-No, dinos- la instamos a comenzar el relato

-Un tal Alexander y un Thomas Robert de Plymouth fueron desterrados dicen que por un comportamiento grosero inmundito entre ellos

-¿A qué te refieres? Con inmundito grosero- preguntó desconfiada Sarah la joven desafiante, siempre atenta a darle una palabra irónica o una actitud audaz a la más "devota" de nosotras.

-Lo que hacen los hombres y las mujeres entre ellos.

-¿Darse besos?-quiso saber Mary

-Eso y mucho más.

-Pusieron su semilla el uno en el otro y hubo testigos dicen que el tal John Alexander ya lo había intentado con otros chicos

-Es asqueroso.

Otra comentó en voz baja- como lo de la hija de Mendame un comerciante de la calle principal, que fue condenada por inmundicia con un indio llamado Tinsin. Fue condenada a ser azotada por la cola de un carro por las calles de la ciudad y a llevar una placa AD que, si la encontraban sin ella, se la marcarían en la frente. No sé cómo no los han condenado a muerte a todos.

-Sí y este Alexander fue sentenciado a recibir fuertes azotes luego le quemaron el hombro con un hierro candente y después fue desterrado; el otro Tomás Robert fue condenado a fuertes azotes pero no lo exiliaron, creo que es por su familia, pero se le prohibió poseer tierras dentro de la colonia.

-Y lo peor de todo es que viene a vivir aquí.

-¿Estás segura?

-Sí, se lo escuché decir a mi padre, se lo estaba contando a mi madre en la cocina.

-¿Qué hay de malo en eso en realidad?-dije dejando libre mi pensamiento.

Todas se quedaron mirándome, con los ojos abiertos, como si Satanás estuviera hablando en mi boca. Una de ellas se puso pálida, otra me silenció con la mirada. Evidentemente no había sido una frase oportuna.

Mis sueños amorosos alcanzaban un pobre conocimiento del encuentro con un varón, miradas huidizas, un calor interno que me abrazaba el cuerpo, sudor frío y sobretodo mirar a la distancia con el deseo de no saber qué, pero aliviaba la inquietud la presencia de otro, aunque fuera en la lejanía. No sabía cuándo lo había sentido, ni por quién. No lo recordaba. Pero en mí estaba la certeza que conocía la sensación.

-Perdón solo preguntaba-lo dije para evitar que la conversación girase hacia mí.

-Es que Dios creó al hombre y la mujer y toda cosa que no siga el mandato de Dios es un terrible pecado.-se sumó la buena Mary a la que daba la escandalosa noticia.

-Pero si el amor existe como Dios nos enseña ¿qué tiene que ver si eres hombre o mujer?

-Es que la relación entre hombre y mujer es solamente para hacer una familia, tener hijos y ser buenos cristianos.

-¿Y qué hará cuando llegue aquí?

-No lo sé, no creo que le permita construir ni le den tierra, sus padres lo niegan como hijo.

-Supongo que tendrá una vida miserable- Elizabeth se apenaba por él.

-¿Alguien le hablará?-ojos tristes, como yo le llamaba, se apenaba por el desconocido joven.

-El ministro se hará cargo de él, para encaminarlo en las enseñanzas de Dios.

-Creo que vendrá un nuevo ministro.

-¿Cómo?-pregunté sorprendida.

-Sí, los hombres del pueblo no están de acuerdo con muchas de las ideas de este ministro, sobre todo en lo que respecta a los indios.-me respondió la desgarrada Clarice.

Siguieron discutiendo sobre el tema regodeándose en la crítica hacia los pecadores y los inmundos hombres que habitaban esta tierra salvaje.

Yo me quedé pensando en el ministro, sentí una pena honda de que el único hombre después de mi padre del que había recibido un poco de compasión y respeto ya no estuviera más en la iglesia.

Sentí nuevamente el peso de la soledad. Haciéndose real.

También comentaron sobre el hermano de uno de ellas que había tenido que pagar una multa de doce peniques por fumar en el granero a escondidas. Estaba prohibido fumar en cualquier lugar la letrina en la carretera en el granero en la calle y por fumar en cualquier lugar a más de una milla de su casa y si volvían a encontrar a alguien por segunda vez, aumentaba a dos chelines más

Yo veía el señor Stanford en los momentos que fumaba su pipa, lo hacía a solas en su escritorio, y siempre tuve ganas de probar Cómo era eso de fumar, tenía un olor especial, como a madera de nogal era extraño pero me gustaba olerlo pasaba cerca o me quedaba fuera cerca de la ventana de su escritorio para sentir el aroma.

Me guardé el secreto, aunque las chicas me caían bien era mejor desconfiar siempre había algún soplón con gusto por incriminar a alguien.

-Y si... ¿lo hace con una oveja?

Todas dirigimos nuestra mirada a la niña de ojos tristes.

-¿Qué quieres decir? ¿Acaso viste a alguien haciendo eso?

- No... No. Solo pregunté por curiosidad -Dudó al contestar, yo estaba segura que ella había visto a alguien en particular.

-Ten cuidado por dónde anda tu curiosidad- como siempre la niña desgarrada tan devota llamando al orden.

La charla terminó abruptamente en el instante en que los mayores nos llamaron porque los carros empezaban a partir y la gente volvía a sus casas.

Tiempo después llegó el Alexander que había sido motivo de nuestros chismeríos. Me sorprendió lo bello que era, joven de unos diecisiete años un poco mayor que yo, de modales suaves, una mirada inteligente y aguda. Silencioso, no conversaba con nadie ni buscaba hacerlo, se instaló en la casa del ministro. Pocos días después el ministro se fue a su nuevo destino, la política interna lo expulsó sutilmente con palabras de agradecimiento pero con falsa amistad, llegando así el nuevo ministro que tanto habían deseado. Un hombre rígido con abundantes canas y extremadamente radical.

Sin embargo me llamó mucho la atención, lo bien predispuesto a hacerse tutor del joven. Todos pensamos que le daría latigazos a diario pero contra todo pronóstico era extremadamente amable con él. Solía decir que con buenas y santas palabras todos vuelven al camino del Señor. Con los meses, nadie recordaba ya el motivo por el cual había llegado el joven. Siguió siendo discreto sin relacionarse mucho con la comunidad. La relación entre el ministro y él a mi entender tenía ciertas luces y sombras. Pero nadie dijo nada, nadie insinuó nada. A la comunidad le bastaba que el ministro fuera exagerado en sus sermones, duro en sus juicios e incansable defensor del dogma. El joven Alexander era algo más que un pecador, ahora era un devoto de los beneficios de ser cercano del ministro.

Tiempo después llegaron rumores, que el ministro se ocupó de acallarlos de un tajo. Se decía que tomas Robert, el amante de Alexander, el que no había sido desterrado se había ahorcado en un árbol. La comunidad de Plymouth espantada había taladrado el árbol.

Decían que su alma seguía allí, mirando el horizonte. Seguramente aún hoy él sigue allí de pie mirando un horizonte que cambia, calles, edificios, construcciones, otros edificios, demoliciones, un camino, un parque, una casa. Él ve pasar el tiempo sin tiempo, culpándose, imposibilitado de dejar este mundo en busca de paz.

La comunidad siguió el orden de cada día, ocultando bajo la alfombra lo que no gustaba, para en algún momento sacarse la basura de encima. Mientras la vida seguía. En el puerto en esos días hubo gran algarabía porque llegaban más caballos y osadamente los primeros bueyes en varios barcos que habían amarrado a la bahía. Los hombres estaban agitados y ansiosos, olvidándose por un tiempo de los pormenores sucesos que ocurrían habitualmente.

Mi vida también tenía un respiro. Había dejado de ser el centro de la frustración de la Señora, estaba preocupada o mejor dicho ocupada, examinando a las jóvenes como posibles futuras esposas para sus hijos varones mayores. Calculando beneficios y costos de esos vínculos. Su esposo le informaba de las mejores familias para unirse siempre pensando en lo conveniente para sus negocios.

A John solo le importaba que fuera linda y sumisa, un adorno que no lo molestara y le hiciera cumplir sus obligaciones con sus padres como Dios manda.

A James en cambio no le interesaba en absoluto el tema, aceptaría lo que su madre decidiera sin cuestionarla.

“A menos que haya una unión de corazones y un tejido de afectos juntos, no es matrimonio en hechos, sino en apariencia y nombre, y vivirán en una casa como dos venenos en un estómago, y uno siempre estará enfermo del otro”. Repetía el ministro en cada sermón por esos días en que estaba al tanto y era partícipe conciliador entre las familias que buscaban casar a sus hijos. Cuestión de política y transacciones eran esas negociaciones, donde el ministro en nombre de Dios buscaba la gracia divina de las donaciones de las familias que mejor lograra acomodar. La Señora ocupada en un tema tan importante para el futuro de su familia nos daba un respiro a muchos en la casa.

Más que importarle las esposas que eligiera para los matrimonios, o los valores como la sumisión, el amor, el respeto, la ayuda, la edificación del hogar y la crianza de los hijos, una vida guiada por principios religiosos y morales, lo que en verdad buscaba. Era un contrato civil que se sometiera voluntariamente a su autoridad con responsabilidad social y buenas relaciones públicas que acrecentara el patrimonio familiar y el estatus de su marido.

Fue el domingo al mediodía mientras nos juntábamos nuevamente con las jóvenes después de la iglesia cuando se acercó con complicidad la joven devota desgarbada.

-Dime Nelly ¿Qué sabes de James?

-¿A qué te refieres?

-Cómo es, que le gusta. Es tan serio y es muy apuesto por lo que veo.

-¿Por qué te interesas de repente por él?

-Ya tengo dieciséis años y la señora Saltonstall ha estado conversando con mi madre. Pronto su esposo hablará con mi padre por un posible matrimonio con James.

-¿Y te agrada la idea?

-Claro, me encanta la idea. ¿Tú qué opinas?

-No mucho.- me quedé pensativa no sabía si decirle la verdad de mi de mis apreciaciones para con él. Lo detestaba pero la joven estaba tan entusiasmada con la idea que temí que mis palabras cayeran como un balde de agua fría. -No puedo decirte mucho, no tengo mucho trato con él. Me relaciono más con las niñas porque les enseño lengua e historia.

-¿Y cómo son mis, tal vez futuras cuñadas?

-Son niñas, insoportablemente infantiles.

-¡Ay! ¿Por qué dices eso? A mí me encantan los niños, de hecho quiero tener muchísimos.

-¿No piensas en casarte algún día?

-La verdad nunca lo pensé. Me gusta enseñar. Tal vez podría irme a la ciudad y ser maestra.

- Allí podrías casarte con un profesor, sería maravilloso. Una pareja ideal.

Mientras conversábamos yo pensaba que realmente a los ojos de la señora podría resultar un excelente matrimonio. La joven era extremadamente devota y anhelaba formar una familia. Pensé que tal vez tendría una amiga si así fuera; pero lo descarté al instante, podía imaginármela como la futura Señora Saltonstall tan rígida e implacable como la señora.

-No le digas al resto lo que hablamos, todavía nada es seguro. Reza por mí, para que se haga realidad. -con una sonrisa en sus labios yo solo atiné a devolverle la sonrisa. Nos sumamos al resto de las jóvenes que hablaban de los moldes para hacer vestimentas nuevas.

Al regresar de la casa mi conversación con la joven no había pasado inadvertida para la Señora. Me llamó al escritorio de su esposo y sin dar vueltas comenzó un interrogatorio.

-Te he visto hoy hablando con Clarice- la joven devota desgarrada era blanco de sus anhelos evidentemente.

-Sí, el antiguo ministro no sugirió reunirnos después de cada sermón para hablar de las escrituras y de los quehaceres femeninos a los que nos debemos.

-Me imagino. ¿De qué hablaban hoy?

-Hablabamos sobre unos nuevos moldes para una falda.

-Preferiría que ya no te reunieras con las jóvenes, en particular con Clarice. Es probable que sea parte de nuestra familia en un futuro y te darás cuenta que no estás al nivel de gracia que ella

Sus palabras me dolieron, frente a la prohibición de juntarme con las jóvenes de mi edad sentí lo importante que eran en mi vida. Pero cierto era que si Jane se casaba con Clarice no iba a tener una amiga en la casa sino una nueva enemiga. Con la personalidad de esa joven puramente iba a hacer todo lo posible por ser parte de la familia y mi lugar en ella estaba en el fondo de la olla más usada de la cocina.

-Entiendo señora.

-No hace falta que hables de esto al ministro, no fue decisión suya sino del anterior ministro. Estás en una edad donde es necesario que te recluyas en el hogar para que no te descarrié, ya bastantes problemas da tu carácter desafiante. Mucho me cuesta hacerte grata a los ojos de Dios. Ahora vete, tengo mucho hacer.

Me retiré y al darme vuelta no pude evitar dejar caer unas pocas lágrimas por mi mejilla. No había forma de encontrar paz frente a esta mujer, el poco aire que tenía, ella se encargaba de que desapareciera, asfixiándome en sus garras.

La Señora solo tenía piedad para sus cuatro hijos varones, sus hijas una molestia que debía moldear cristianamente para casar provechosamente algún día. Sus esperanzas de salvación divina eran sus cuatro vástagos, solo en ellos se vería reflejada su vida devota. Ahora su prioridad eran los mayores John y James. Tomaba decisiones sobre sus futuros, eso incluía sus acciones y sus pensamientos, donde vivirían, cuándo se casarían y con las mujeres que ella elegiría. Su puritanismo escondía la codicia y la manipulación perversa.

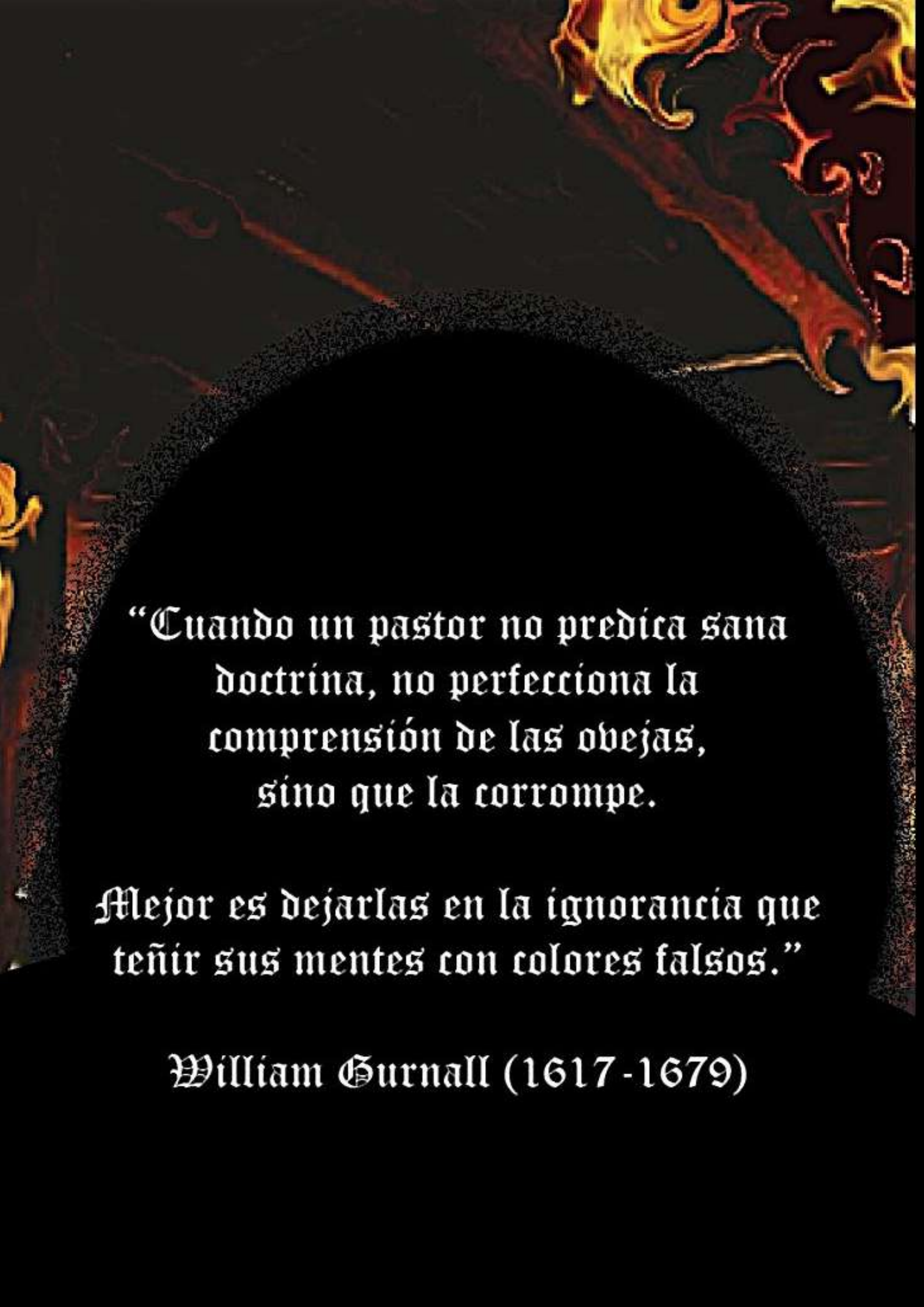
Atenta a cada mirada, cada palabra, cada actitud, movía a cada integrante de la familia como peones en un tablero de ajedrez.

Su hogar era su mundo, quedando ajeno su marido que tenía su propio mundo de alianzas, traiciones e hipocresía entre los líderes de la comunidad.



Capítulo 3





“Cuando un pastor no predica sana
doctrina, no perfecciona la
comprensión de las ovejas,
sino que la corrompe.

Mejor es dejarlas en la ignorancia que
teñir sus mentes con colores falsos.”

William Gurnall (1617-1679)

Comienzo a experimentar cierta nostalgia al tacto, no soy ausencia pero mi presencia no pesa. Hay versiones distintas de mí a mi alrededor, como si se reescribieran eternamente sin destruir. Sigo anclada en mis experiencias emocionales, estoy en una profunda contemplación de mi duelo, vibrando en una atmósfera de sanación. Mi memoria es presente recodificándose.

Los días se convirtieron en meses y así como el duelo de mi madre lo atravesé con labores en el barco, la vida en tierra me dio mayores ocupaciones, entre las clases a las niñas y las tareas de servidumbre en la casa, el tiempo cosía torpemente las heridas de mi alma.

Las noches eran las peores. Mientras los demás dormían, yo miraba el techo de madera, sintiendo el eco de cada palabra que había recibido en el día. La presión me ahogaba y lloraba acallando mis propios gemidos. Mi voluntad se tambaleaba, pero mi esencia seguía intacta. No tenía a dónde huir, no tenía un refugio real, salvo mis pensamientos, que se negaban a rendirse por completo.

Fue un día soleado. Estaba yendo a buscar huevos al gallinero cuando vi a James, tenía el pelo desprolijo y su cara estaba roja y sudorosa, venía arremangándose la camisa de lino y ajustándose los tiradores con ademán fastidioso, como si se hubiera ensuciado con alguna tarea y trataba de recomponerse mientras caminaba a paso ligero. Me miró amenazadoramente, creí que sería objeto de su furia por alguna extraña razón, pasó a mi lado tan cerca que casi me caigo pensando que me avasallaría. Como un ladrido me espetó:

-¡Córrete mujer inútil!

No dije nada, seguí camino al granero en busca de las gallinas. Un tanto enojada por la agresión gratuita pero sin demostrarlo tragué saliva.

Desde que había muerto mi padre, mi orfandad dio lugar a estos gestos y actitudes en mayor o menor grado en los integrantes de la familia para dirigirse hacia mí, cada vez en forma más despectiva y hostil. Hasta las niñas, copiando el clima que se generaba a mi alrededor, estaban más insolentes en sus respuestas o frente a alguna corrección que les hacía en las clases; sus miradas se tornaban desafiantes. Lo soportaba casi inconscientemente, estaba encerrada en mi mente, tan alejada de lo que sucedía que no me importaba. Tal vez estaba empezando a creer que mi existencia era una molestia para el mundo.

Entré al granero dirigiéndome donde estaban las gallinas con mi canasta en mano, vi una sombra detrás de mi hombro izquierdo, al darme vuelta vi a Eleanor acurrucada entre los fardos de paja, estaba llorando y temblando. Con sus manos entrelazadas frente a su rostro rezando una plegaria en un susurro casi ni se le entendían las palabras.

La vi tan despeinada con su cofia desalineada, así como su vestido.

-Qué te sucede Eleanor. ¿Por qué estás aquí?

Levantó la vista y me miró con ojos muy abiertos asombrada de verme ahí tal vez. Bajó la vista y me contestó temerosamente.

-Vine a rezar, quería estar sola.

-Cuando venía hacia aquí me crucé a James. ¿Lo viste?

Tardó unos minutos en contestarme

-Sí, estaba limpiando el granero cuando llegué.

-Lo vi enojado. ¿Pasó algo?

Mientras se levantaba de entre los fardos de paja, no me miraba.

-Nada, solo quiero estar sola.

Sin darme tiempo a decirle más, se dio vuelta y salió corriendo en dirección a la casa.

Todo me resultó extraño, su actitud y la de James. Estaba segura que algo había sucedido; un dolor de estómago me hizo sentir que la situación me incomodaba y no sabía por qué.

Fui en busca de las gallinas y recogí los huevos en la canasta, en mi mente todavía estaba el rostro de James acalorado y sudoroso. La situación con Eleanor, sus lágrimas y ese cambio repentino de ánimo, de tristeza y vacío, con la ansiedad de irse frente a mi presencia.

Al volver a la casa me fui a la cocina para ayudarle a Anne con el almuerzo. Fue por la tarde cuando volví a reunirme con la niña y su hermana para la lección del día.

Le dediqué mi atención a Eleanor, Alice estaba entusiasta y recitaba uno de los salmos que le había dado de tarea a ambas. Mientras tanto yo observaba a su hermana. Hacía días que estaba retraída, durante las clases siempre estaba con una somnolencia excesiva. Recordé que en la cena y en el desayuno comía apresuradamente, lo que llevaba a su madre a retarla continuamente, advirtiéndole que la gula era un serio pecado frente a los ojos de Dios.

Cuando Alice terminó de recitar los salmos, les indiqué que hicieran algunos dibujos donde figuraran sus padres, sus hermanos o quienes ellas quisieran.

Pensé en darles un poco de distracción para sus mentes después de memorizar tantos salmos como tarea del día.

Alice como siempre entusiasta se concentró en la tarea, Eleanor frente a la pizarra estaba en blanco, comenzó a morderse las uñas y le dije que no lo hiciera. De mala gana dejó de hacerlo poniéndose a dibujar. Fue cuando observé la mano con la que estaba dibujando, tenía la muñeca roja, como un moretón. Le tomé de ambas muñecas y observé que la otra mano no estaba tan roja, a lo que la

interrogué. Quería saber el motivo, no tanto por miedo a que me culparan de haberla lastimado, sino realmente preocupada por ella.

-¿Cómo te hiciste esto?

Su hermana detuvo lo que estaba haciendo para observar las manos de la niña. Eleanor quito sus manos de entre las mías bruscamente y me miró con verdadero odio.

-Jugando

-¿Jugando a qué? –mirando a ambas niñas. Alice miró al suelo, rígido su cuerpo se mantuvo en silencio.

-A las cuerdas, tuve que sujetar ambos lados muy fuerte porque la soga era pesada.

-¿Es cierto eso Alice?

Su hermana asintió con la cabeza.

-Entonces confío en que sus hermanos Henry o George no las han estado molestando.

-No-dijeron al unísono.

Para cambiar de tema, observé los dibujos que habían hecho. Eleanor había hecho un rostro sin ojos con el cuerpo un tanto desdibujado. Me llamó la atención y le pregunté:

-¿Por qué no le hiciste ojos?

-No lo sé

-¿Quién es?

-Soy yo

-Si no le pones ojos no podrás ver.

-No quiero ver.

Yo era muy joven, pero todo ese tiempo viendo crecer a las niñas y enseñándoles, esto era algo inusual, Eleanor no quería ver algo. Entendía que hubiera cosas que no quisiera ver, yo tampoco quería ver muchas cosas y menos padecerlas.

-¿Qué es lo que no quieres ver?

-No te importa, no eres mi madre, eres una huérfana que vive de nuestra caridad. No eres nadie para pedirme explicaciones.

El diálogo era imposible de continuar, ella no tenía confianza en mí. De alguna manera sentía que yo podría juzgarla o castigarla. Preferí dejar el tema ahí. Cuando terminó la clase, las niñas se marcharon a tomar la merienda, yo me

quedé pensativa, pensando que estas niñas habían crecido y pronto comenzarían a ser otras enemigas más en esta casa. Pero lo que más tristeza me daba era que habiendo sido tan inocentes se volverían unas jóvenes crueles, soberbias, dignas de esta familia.

Fue en la cena cuando volví a ver a James, frío y soberbio como siempre, escuchaba a su padre relatando los acontecimientos últimos en la ciudad. Les estaba sirviendo la sopa cuando luego de haber servido a los más pequeños me quedaban John y James, al servirle a este último, chocó su hombro con mi brazo e hizo que se derramara un poco de sopa del cucharón.

Como si algo en él hubiera estado contenido, me miró con desprecio acusándome abiertamente de lo inútil que era.

-¿Madre hasta cuándo soportaremos a esta pecadora? Cuanto más tardes, más fuerzas gana el pecado y más echa raíces.

-Pido disculpas señor James- le dije tratando de refrenar mi instinto de gritarle que había sido su culpa o tal vez su intención hacer que yo derramara la sopa.

La señora no dejó pasar el momento para moldear mi carácter:

-Nelly, la torpeza habla de tu falta de responsabilidad en tus tareas. Es mejor que te centres en la lectura. santa. El mejor alimento es la palabra de Dios, así que hoy no cenes más que agua para limpiar tu alma y aliméntate con las santas escrituras.

James no necesitaba manipulación, imponía el castigo directamente por él mismo o a través de su madre. Me dirigió una mirada de satisfacción, él había sido el artífice de la corrección, su madre solamente la ejecutora.

De alguna manera me advertía que tenía poder suficiente para humillarme y castigarme a su antojo aún por una tontería o un error involuntario.

El pecado no se toleraba, donde aparecía, amenazaba un castigo del cual no había retorno y su mirada me lo dejó bien en claro.

No tuve más remedio que irme a mi cuarto sin cenar, me permití un acto de rebeldía y aun temiendo, muy lejanamente dentro de mí, que Dios me juzgara mal. No leí la Biblia como era mi castigo. Era una prueba de resistencia. Necesitaba seguir encontrando formas de aferrarme a mi identidad, resistiendo en silencio, en los pequeños espacios de libertad que solo yo podía reconocer.

Por la mañana el ruido de mi estómago me despertó, aún no había salido el sol cuando yo ya me encontraba en la cocina con la excusa de ayudar con el desayuno. Solo quería saciar el hambre que arrastraba del día anterior.

Como era domingo, había mucho para preparar para el mediodía, Anne apareció un rato después, todavía somnolienta. Fue una mañana intensa, idas y venidas yendo a buscar la harina a la despensa, los huevos al gallinero. La mañana era

fría pero habiendo desayunado con doble ración para saciar el hambre de la noche anterior estaba de mucho mejor ánimo.

Todo transcurrió como cada domingo, el sermón vehemente y efusivo del ministro amenazando con sus eternos castigos hacía, que cada vez que iba a la iglesia, el tiempo pasara lento y eterno. Extrañaba al anterior ministro, donde nos exhortaba a la compasión, la solidaridad, a pensar en el otro como un semejante. Aquellos sermones habían dejado huellas en mi alma porque se sumaban a las huellas que habían dejado mis padres. En cambio ahora, era un suplicio escuchar los gritos acompañados de ademanes y gesticulaciones de este hombre que en nada me parecía un pastor de Dios.

Al terminar me junté con las chicas. Recordaba lo que me había dicho la señora: que evitara reunirme con ellas porque no era de su clase. Hice oídos sordos, no iba a renunciar tan fácilmente a esas horas en que mi soledad se atenuaba, habiendo aprendido a reír de las cosas simples y alegres que compartía con estas otras jóvenes. Detrás de la iglesia nos sentábamos en unos escalones y las mujeres mayores se quedaban en las mesas compartiendo la sobremesa. La Señora Saltonstall estaba enfrascada en hacer sus relaciones públicas y su esposo discutiendo de negocios con los otros hombres. No tomaban en cuenta mi existencia lo que me daba un respiro.

Henry y George correteaban junto a otros niños compitiendo en sus juegos, los muchachos más grandes, en cambio, se quedaban observando tímidamente a otras jóvenes.

El grupo de chicas con las que yo me encontraba no éramos de las populares ni de las más bonitas por lo tanto alguna de nosotras estábamos a gusto y otras se sentían apenadas. Por ese entonces Clarice empezaba a distanciarse, su futuro compromiso hacía que su mente estuviera con otras inquietudes, se quedaba un rato con nosotras y luego con cualquier excusa se iba a juntar con las señoras porque ya se sentía diferente, estaba preparándose para ser una joven casada, ocupada de su hogar, su marido y trayendo niños al mundo.

Estábamos riéndonos cuatro de nosotras, de la ausente Clarice y sus sueños de casarse. Una la imaginaba obesa con cuatro chicos retándolos constantemente y persiguiéndolos con una Biblia, otra hacía la mímica, ridiculizando la escena que nos habíamos imaginado entre todas.

Cuando de repente escuchamos gritos. Un alboroto total. Los hombres corrían, unos pocos tomaron sus armas, las mujeres corrían buscando a sus hijos, Mientras que el ministro y un grupo de diez o quince hombres se adentraban en el campo en dirección al arroyo que desembocaba en el pequeño lago del pueblo.

Las cuatro en silencio nos quedamos expectantes, vimos que se acercaba Clarice, un tanto desenchajada. Su voz estaba quebrada y agitada y nos puso al corriente de lo que estaba sucediendo.

-Dicen que encontraron a un niño en la desembocadura del arroyo.

-¿Y qué con eso?- preguntamos.

-Dicen que está muerto.

Estábamos asombradas, no sabíamos qué decir. Anne se acercaba hacia nosotras; no la había visto en toda la ceremonia religiosa, solía ubicarse al fondo, de pie junto con otros trabajadores.

-Nelly hay que ir a casa, es urgente. Hubo una desgracia.

-¿De qué estás hablando Anne?

-La Señora. me mandó a buscar a las niñas Alicia y Eleanor, pero a esta última no la encontraba, estuvimos un rato llamándola por todos lados, pensamos que se había ido a casa. John y James fueron a buscarla pero no la encontraron allí.

Las cinco jóvenes la mirábamos sin entender qué tenía que ver la muerte del niño con que Eleanor hubiera desaparecido, intuíamos que había una conexión y yo sentí mucho miedo.

-¿Qué tiene que ver con el niño que acaban de encontrar?

-No es un niño- dijo Anne sollozando- ...Es Eleanor.

Todas ahogamos un grito, dos de ellas me tomaron de las manos mirándome, esperando mi reacción.

Yo estaba en blanco, no lograba entender lo que nos había dicho. ¿Cómo era posible? ¿Por qué fue al arroyo Eleanor? ¿Por qué estaba sola? ¿Qué sucedió? ¿En qué momento se alejó sin que nadie se percatara?

Anne quería llevarme a la casa, pero me negué, salí corriendo dejándolas atrás a todas, pero Anne corrió detrás de mí, no para detenerme sino para acompañarme, ella también quería ir al arroyo más que hacerle caso a la orden de la señora de que fuéramos a la casa.

No sé cuánto tarde y en cuánto tiempo llegué, solo corría y empecé a aminorar la marcha cuando vi el grupo de hombres que estaban sacando un bulto de las aguas. Me acerqué a unos metros y vi el cuerpo de la pequeña Eleanor, sus ropas húmedas chorreando el agua, su rostro pálido y con los ojos abiertos. El dolor en mi pecho fue como si me estrujaran el corazón, como si un cuchillo le estuviera atravesando.

El Señor Saltonstall la estaba sosteniendo en sus brazos, John y James estaban detrás suyo asombrados como el resto de los hombres. No había nada que hacer, nadie atinó a decir una explicación. Las únicas mujeres éramos Anne y yo. Nadie nos llamó la atención ni nos reprendió porque estuviéramos allí, estaban realmente todos muy acongojados.

Los que estábamos como en una procesión nos dirigimos lentamente hacia la casa de Saltonstall. Cuando el Señor y sus hijos entraron con la niña a la casa, todos nos quedamos afuera. El ministro como autoridad organizó a los hombres,

debían buscar por los alrededores, algún sospechoso; otros tenían que ir a por el médico para que verificara la muerte de la niña. Mientras, desde el interior de la casa se escuchaban los gritos de la Señora. y su llanto desconsolado.

Anne me empujó a la cocina, pero entramos por la puerta trasera para no incomodar a la familia ni ser partícipes del dolor que estaban viviendo. Nos servimos un poco de agua y nos quedamos sentadas en silencio a la mesa, esperando en la incertidumbre los próximos sucesos.

No sé cuántas horas estuve sentada recordando los últimos momentos de Eleanor, en algún momento Anne se puso a hacer una sopa para la familia y para nosotras, en tanto que yo estaba perdida en los recuerdos. Pensando en lo extraña que estaba la niña esos días, sus silencios, ausente en sus pensamientos. Y la culpa comenzó a echar raíces en mí. ¿Por qué no le insistí más preguntándole qué le sucedía? ¿Qué estaba pensando en esos momentos? Porque no me cerraba que fuera un accidente como se estaba diciendo. El ministro y el encargado de justicia no lograron encontrar a nadie alrededor y las hipótesis surgían más de los chismes que de verdaderas pruebas.

Eleanor no solía jugar en el arroyo, no le interesaba en absoluto jugar en la naturaleza o buscar momentos o lugares solitarios como aparentemente era este en el que la habían encontrado y mucho menos que se arriesgara a ahogarse. Era extremadamente obediente más por miedo que por convicción, estaba segura que había algo más. Aunque recordé el día que la encontré sola en el granero. ¿Sería posible ese cambio en su carácter?

Cuando serví la cena, una austera sopa, dadas las circunstancias, solo se encontraban el resto de los niños y los hermanos mayores. Todos en silencio apesadumbrados, pero me llamó la atención el rostro pensativo aunque severo de James. Nunca lo había visto nervioso, Pero esta vez sutilmente pude observar sus nervios, en los movimientos de sus manos y cómo se arreglaba insistentemente el mechón de su rostro. Seguramente yo sola podía advertir esa levedad de sentimientos en él, porque todos estaban absortos en sí mismos.

Me atravesó en ese momento como un rayo, la imagen de aquel día atropellándome, la camisa mal abotonada, uno de los tiradores colgando de sus pantalones, el aspecto acalorado y su rostro enrojecido. Después, haber encontrado a Eleanor asustada e igualmente desarreglada, su falda con restos de heno, el cabello despeinado. Había una extraña conexión entre un hecho y otro. Sentí un sabor amargo y el estómago revuelto, una extraña sensación física en mi cuerpo, pero no lograba entender el por qué me venían estas imágenes, Por qué mi mente y mi cuerpo se desencajaban en emociones distintas.

Cuando volví a la cocina, dejé los utensilios en la mesa y me senté a continuar recordando detalles que no había tenido en cuenta hasta ese momento.

Otra imagen vino a mí, cuando salíamos de la iglesia y vi alejarse a James y a unos metros seguirlo Eleanor por un camino diferente al que todos tomábamos hacia la casa.

Cuando llamaron a la campanilla desde el comedor porque habían terminado de cenar y debía ir a levantar y limpiar la mesa, volví a la realidad, me dirigí hasta allí, los niños más pequeños no estaban, John se dirigió a la biblioteca, James parado junto a la mesa tamborileaba los dedos de su mano derecha mirando el mantel. Al sentirme entrar, levantó la vista y me miró de una forma extrañamente amenazadora y el miedo me recorrió el cuerpo, pero hice como si nada, me había acostumbrado a ocultar el miedo y el terror, porque donde veían mi debilidad las palabras y los castigos podían duplicarse, así que me mantuve firme, levantando los hombros y ocupándome de la tarea que tenía por delante.

Dejé de mirarlo pero sentía su mirada clavada en mi nuca, de alguna manera silenciosamente, sin palabras había una amenaza tangible en la atmósfera. Después de unos minutos dio vuelta sobre sus talones y se encaminó hacia la escalera rumbo a las habitaciones.

Todos estaban en sus cuartos. La noche había caído con un silencio pesado como un manto, recostada en mi cama entré en un mar de pesadillas, imágenes de mis padres, Eleanor se me aparecía recitando su tarea, paisajes oscuros, murmullos que no entendía, imágenes entrecortadas, situaciones incoherentes. Fue una noche de terror y a la mañana al despertarme estaba tan cansada y agotada como si no hubiera dormido y en realidad no había descansado en absoluto.

El luto por el duelo de Eleanor había comenzado, yo no sabía por ese entonces que nunca más vería otro color que no fuera el negro de las vestiduras.

Al mediodía el Señor Saltonstal estaba reunido con el ministro, el oficial de justicia y el médico que determinó la causa de muerte; había un golpe en su cráneo que se asemejaba a uno que pudiera hacerse con una piedra al caer, el ahogamiento, seguramente al quedar inconsciente, fue el desencadenante de haberse desvivido en el agua. Así quedó resuelta la muerte de su hija sin más se determinó que Eleanor había muerto por accidente, seguramente como una travesura se había alejado de la familia a jugar junto al arroyo y muy probablemente se habría resbalado y en el golpe quedó inconsciente desmayándose en el agua donde desgraciadamente se había ahogado.

Fui la única que no quedó conforme con esa explicación pero yo no era nadie como para discutir el final al que habían llegado. Me quedé con dudas y preguntas, con la mirada triste y perdida de Eleanor en sus últimos momentos. Se me ocurrió preguntarme ¿Dónde estaba James esa mañana en la iglesia? Lo recordé, tan claro como si lo volviera a vivir, había estado hablando con Clarice bajo la supervisión de la mirada de las mujeres y los hombres alrededor de ellos.

Evidentemente James no había estado con Eleanor esa mañana, la niña no lo había seguido a ningún lado ni había estado cerca de él. Se corroboró que ningún niño o adulto había abandonado el predio de la iglesia en el almuerzo. Unas niñas aseguraban que Eleanor se había alejado del grupo que estaba jugando a las cuerdas, dirigiéndose a unos árboles a unos diez metros de donde estaban. La habían visto quedarse sentada bajo uno de los árboles, después, ya no la recordaban, se habían compenetrado en sus juegos y risas por lo que le habían dejado de prestar atención.

Cuando el Señor Saltonstall nos comunicaba a los empleados y criadas lo sucedido, no porque debiera darnos explicaciones, sino para evitar el chisme entre la gente, me dio una sensación después de haberlo escuchado, que la niña si bien pudo sufrir un accidente algo en ella quería desaparecer, olvidar y dejar atrás.

La Señora y algunas mujeres entre ellas Anne, se ocuparon de lavar el cuerpo y vestirlo para ponerlo en el ataúd.

La procesión hacia el cementerio se realizaría horas después antes de que cayera el atardecer.

No era un día para un entierro. Las nubes se movían lentas, el sol despuntaba sus últimos rayos sobre el pequeño ataúd. La tarde debería haber sido gris, lluviosa, triste, copiando la atmósfera que había entre los presentes. Pero compasivamente se hizo un claro de luz. Los niños Henry, George y Alice parecían pequeñas estatuas rígidas, en silencio, con la mirada baja, al lado de su madre.

Nunca había visto a la señora en ese estado, desencajada, con los ojos hundidos por las lágrimas, sin embargo su mirada era lacerante y con unos rictus de odio y enojo reprimidos. A su lado el esposo se hallaba serio, con una frialdad inamovible frente al espectáculo.

John y James detrás de ellos, con las manos entrelazadas en silencio escuchaban al ministro.

Yo no podía dejar de mirar a James. Buscaba algún gesto que respondiera a mis suspicaces preguntas. ¿Qué tenía que ver él con todo lo sucedido? La realidad decía que nada, mi corazón decía que mucho.

Su rostro estaba pálido, se notaba que no había dormido y si lo había hecho lo había pasado mal. ¿Por qué lo sentía culpable? No lo sabía, pero mi intuición golpeaba en mi mente generando dudas, sentimientos extraños que solo dejaban a flor de piel un desprecio y un enojo por él y toda su familia.

Habían asfixiado a la niña con las exigentes reglas de la casa, con la indiferencia del padre, el sálvese quien pueda de cada hermano y una madre intransigente. ¿Pero dónde quedaba yo? Una víctima que sobrevivía día a día la atmósfera oprimente, si no podía salvarme yo ¿cómo podría haberla salvado a ella?

Mientras el ministro oraba las plegarias, yo recordaba el entierro de mi padre, que a diferencia de aquel, en éste había concurrido toda la gente que conocía la familia, que era casi todo el pueblo.

La muerte de mi madre y cómo su cuerpo fue abrazado por el mar. Sus muertes vinieron a mí y las tres muertes me pesaron en el alma. No podía detener mis lágrimas, rodaron por mi rostro silenciosamente.

No sé cuánto tiempo habré estado perdida en mis pensamientos, cuando Alice tironeó de mi brazo. Volví mi mirada hacia ella, tenía una carita tan triste y dulce. Le puse la mano sobre el hombro; el entierro había terminado, no me había dado cuenta. La tomé de la mano caminando detrás del resto de la familia y allegados, camino de vuelta a la casa.

Fue allí cuando vi a Daniels y Davenport, los compañeros de trabajo de mi padre en el astillero de Saltonstall, los saludé inclinando mi cabeza y ellos respondieron igual, pero se dirigían hacia mí con paso apresurado. Yo no tenía ganas de hablar con nadie y mucho menos con estos dos hombres a los que apenas conocía, pero no podía ser descortés cuando habían sido tan amables cuando falleció mi padre.

Eran hombres humildes y devotos. Trabajadores que por su labor eran hombres silenciosos y rudos. Padres de familia que darían generaciones al futuro de Salem.

Reduje la marcha y le dije a Alice que se apresurara a alcanzar a Anne que se encontraba a unos metros de distancia de nosotras. No le quité la vista de encima hasta estar segura que había tomado la mano a la mujer, el miedo de perder otra niña me espantaba.

Saludé a los hombres amablemente y aproveché la oportunidad para agradecerles haber estado presentes en el entierro de mi padre, un momento tan duro para mí.

Se miraron entre ellos y Daniels empujó levemente el codo de Davenport como instándolo a hablar, el hombre un tanto nervioso carraspeó y con mirada ansiosa me dijo:

-Señorita Nelly, Disculpe nuestra intromisión, no queremos incomodarla pero nos sentimos en la obligación, por el recuerdo de su padre que fue un muy buen hombre, en hacerle este comentario.

-¿Qué es lo que quiere decirme?

-Queríamos advertirle que la casa y las tierras que fueron adquiridas por su padre están puestas en venta. Creemos que usted no está al tanto, pero si es así por favor disculpe nuestro atrevimiento.

No entendía lo que me estaban diciendo ¿En venta? Mi padre había dejado que el Señor Saltonstall lo arrendara para solventar los gastos de la tutela, para más adelante devolverme la propiedad.

-La verdad es que no estaba al tanto, mi padre dejó en claro por escrito lo que debía hacerse con ella, jamás ponerla en venta, el señor Santolstall nunca me habló de ello.

-Nos imaginábamos, por eso queríamos advertirle. Pero por favor no nos mencione al Señor Saltonstall, no queremos perder nuestros trabajos, nuestras familias dependen de nosotros.

-No se preocupen, no los mencionaré, se los prometo por la memoria de mis padres. Pero les agradezco inmensamente que me hayan dicho esto. Que Dios los bendiga.

-Igualmente Señorita Nelly, lamentamos la pérdida de Eleanor, era su maestra y nos imaginamos el cariño que le tenía. Que Dios la tenga en la gloria. Nos despedimos y que nuestro señor Jesucristo la proteja.

-Gracias igualmente.

La congoja y la tristeza que sentía, cedieron frente a la ráfaga de ira y frustración que sentí frente a los dichos de estos hombres. No tenía un mínimo de afecto para el señor Saltonstall. Como miembro prominente de nuestra comunidad puritana su fachada era impecable, un hombre respetado, severo en su devoción, un ejemplo en el pueblo.

Pero tras su imagen de rectitud tenía otras motivaciones. Mientras en el día recitaba discursos sobre humildad y virtud, en la noche en su escritorio contaba las ganancias gozosamente en secreto. Su avaricia lo llevaba a forjar acuerdos con comerciantes que bordeaban la ilegalidad, justificando todo con frases como "el Señor bendice a los hombres astutos". Su fe no era espiritual, era funcional usando la religión como herramienta de control. Él era la autoridad pero su mujer era la mano de hierro. A los niños pequeños no les dedicaba demasiada atención. Más allá de asegurarse de que absorbieran el miedo necesario para ser obedientes, en tanto ponía toda su atención en James, porque sentía que había formado un reflejo de sí mismo. Un hijo que entendía el poder y la necesidad de la disciplina; lo consideraba un instrumento útil dentro de la familia. En cambio con John, veía a alguien con potencial, pero le irritaba la falta de rigor que tenía su hijo. Sentía que no estaba completamente moldeado, aún percibía cierta autonomía y libertad de pensamiento por lo que solía ser sarcástico, una forma de desafiarlo.

Su mujer era para él indispensable, el pilar de la familia quien llevaba adelante los hilos de la estructura que él había diseñado y su mujer ejecutaba a la perfección.

Luego despedirme de Daniels y Davenport, volví sobre mis pasos camino a la casa, hubiera querido enfrentar en ese mismo momento al Señor Saltonstall, pero no era el día ni el momento. Veníamos de enterrar a su hija, no podía pedir explicaciones en ese día tan doloroso. Aunque no fuera un amante padre, llevaba

el dolor de la pérdida, humanamente por el afecto que le tenía a Eleanor debía honrar su muerte y guardar silencio por el momento.

Era mejor esperar a calmarme y dejar pasar unos días, aprovecharía para estar alerta y cerciorarme qué tan cierto era lo que me habían dicho. En el fondo esperaba que no fuera así, no porque temiera pensar mal del Señor. porque no le tenía respeto ya de por sí a su imagen; sino por el hecho de perder lo que me había dejado mi padre. Para algunos podría parecer poco, para mí era muchísimo. Era lo único que tenía, que mi padre había hecho con esfuerzo a costa de dejar toda nuestra vida pasada en Inglaterra.

¡Cómo desee que mis padres no hubieran tomado esa decisión: la de subirse a ese barco buscando un futuro! ¡Cómo lamentaba que mis padres no se hubieran conformado con la vida que teníamos! Pero lo que más lamentaba era mi presente.

Días después con la excusa de tener que ir a comprar un hilado al bazar del pueblo, me encaminé rumbo a mi antigua casa. Los Saltonstall aun sumidos en el duelo, la señora y los demás integrantes de la familia no prestaban mucha atención a lo que hacíamos la servidumbre. A pesar del dolor que compartíamos por la pequeña, para todos los que servíamos en la casa, fue un respiro frente a la opresión y hostigamiento que siempre recibíamos, especialmente de la señora.

Llegando a mi casa observé que el pasto estaba crecido, una de las ventanas estaba desvencijada y no parecía vivir nadie allí. El Señor Saltonstall me había dicho que iba a arrendarla, pero era evidente que nadie había vivido allí desde que mi padre murió.

Abrí la puerta y entré al pequeño comedor, todo estaba intacto pero lleno de polvo. La chimenea no tenía rastros de haber sido usada y los muebles estaban en el exacto lugar que yo recordaba.

Me resultó extraño ¿Por qué no la había arrendado? No era difícil hacerlo, ya que continuamente llegaban nuevos pobladores a Salem. Pero esta situación me permitía preguntarle a mi tutor qué planes tenía, sin necesidad de exponer a los hombres que me habían advertido que algo no andaba bien.

La pena inevitablemente me invadió y lloré amargamente, pero también creció en mí la desconfianza. Mi futuro estaba en manos de los Saltonstall, y mi mente hacía tiempo pergeñaba escapes de la jaula en la que me habían sometido. No era fácil siendo mujer, mucho menos siendo joven. Los hombres eran artífices de nuestro destino, no teníamos muchas opciones, nuestros padres, hermanos o tutores tenían el poder de decidir qué lugar ocuparíamos en la sociedad

Me quedé un buen rato revolviendo entre los baúles y pequeños objetos que no me había llevado. Aproveché la ocasión para guardarme una pequeña estatuilla, un crucifijo de mi madre, unos pañuelos bordados por ella y los lentes de mi padre que aún estaban al lado de su lecho.

Cerré la puerta de la casa, me compadecí del huerto que ya había muerto y las flores que ya no crecían.

Fui rápidamente al bazar y compré unos hilos sin prestar atención a la calidad o al precio porque solo eran una excusa y debía volver con ellos en mi canasta.

Debía usar ese día provechosamente y me dirigí al astillero, sabía que el Señor Saltonstall estaba en la casa así que no sabía que estaría por ahí, salvo que alguien le dijera, pero haría lo posible para pasar inadvertida. Esperaba encontrar a Daniels o Davenport para saber un poco más, ojalá- me dije- tengan algo más para decirme.

Vi a Davenport acomodando unos barriles, no había nadie a su alrededor, estaba solo, y agradecí por ello. Me acerque rápidamente para ser lo más breve que pudiera evitando que alguien me viese. El astillero estaba casi vacío, el duelo de la familia les había dado el día libre a los trabajadores y solo habían quedado un par de hombres como guardia por si había algún imprevisto.

Me acerqué a él y se sorprendió al verme. Nos saludamos amablemente y sin rodeos comencé a preguntarle en voz baja.

-Es que mi padre dejó bienes en custodia, se suponía que serían para mí ¿Cuáles cree que son las intenciones del señor Saltonstall?

El hombre se cruzó de brazos, su expresión era tensa.

-Sí. La última voluntad de su padre no fue que quedaras en manos de ese hombre, pero no tuvo más opción, ahora Saltonstall pretende que esos bienes no existan y la intención siempre fue quedarse con ellos, es por eso que va a intentar desposarla.

-Así que no era mi bienestar. Solo quería una forma de deshacerse de mí mientras se quedaba con lo que me pertenecía.

El hombre asintió con gravedad.

-Ese hombre no es un buen tutor, es un oportunista, ha manejado todo según su conveniencia y tenga cuidado, si no puede casarla buscará otra forma de eliminarla de su camino, no es solo un hombre ambicioso es un hombre con poder.

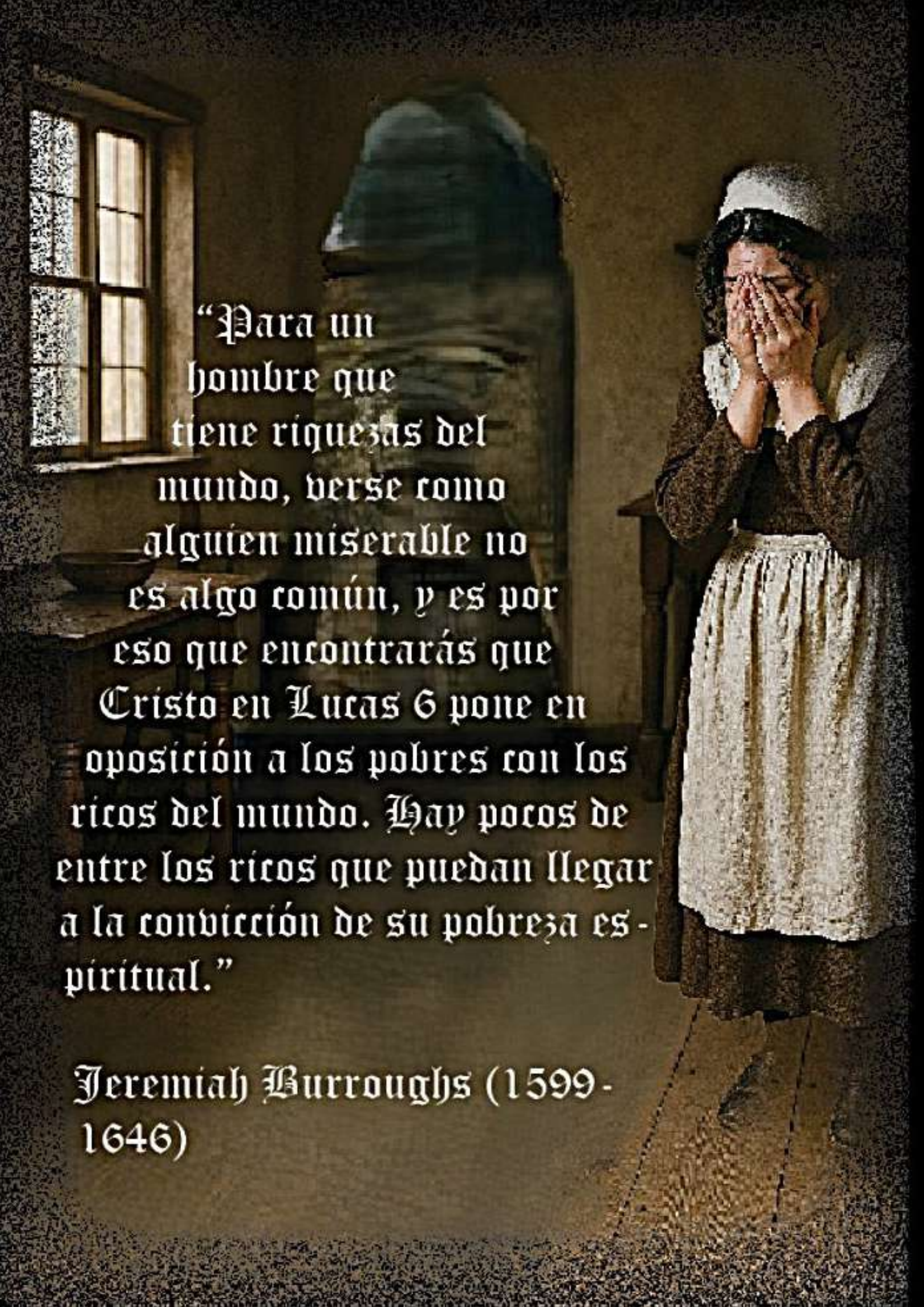
El hombre me miró con cierta preocupación, mi pulso estaba acelerado, respiré hondo y con una leve sonrisa le agradecí sus buenas intenciones. Me pidió que esta conversación quedara en secreto, yo le aseguré que no los expondría ni a él ni a su compañero, le aseguré que mis padres en el cielo también les agradecían. Nos despedimos rápidamente y a toda carrera volví a la casa para recuperar el tiempo que había perdido buscando respuestas.

Al llegar a la casa de los Saltonstall me dirigí a mi pequeño cuarto y dejé los recuerdos que me había traído. Volví a los quehaceres para no llamar la atención mientras pensaba cuál sería el momento ideal para encarar al señor Saltonstall.





Capítulo 4



“Para un
hombre que
tiene riquezas del
mundo, verse como
alguien miserable no
es algo común, y es por
eso que encontrarás que
Cristo en Lucas 6 pone en
oposición a los pobres con los
ricos del mundo. Hay pocos de
entre los ricos que puedan llegar
a la convicción de su pobreza es-
piritual.”

Jeremiah Burroughs (1599 -
1646)

Habito dimensiones internas mientras actúo en la historia visible, no sé si son recuerdos o presencias. Transito un estado atmosférico bifurcándose en atmósferas compartidas, observo lo que no vi, escucho lo que no oí. Camino entre ellos sin que me vean. Comprendo lo que no entendí.

Unos días después, un mediodía luego del almuerzo, el Señor estaba en su escritorio con unos papeles de su comercio. Golpeé la puerta y pedí permiso para entrar. Él levantó la vista de sus documentos, indiferente, hasta que vio una suerte de determinación en mis ojos. Arqueando una ceja le dije:

-Quería preguntarle si está arrendada la propiedad de mi padre. La propiedad debía permanecer bajo su custodia hasta mi mayoría de edad o matrimonio.

-Tu padre confiaba en mi juicio, Nelly. Y en estos tiempos, una joven sola no puede sostener una casa sin guía.

-Es mi intención en un futuro mantenerme trabajando como maestra, han creado una nueva escuela en la gran ciudad y tal vez yo pudiera vender la casa de mi padre y trasladarme allí.-Era una idea que había estado formándose en mi imaginación, una esperanza que había surgido en las noches en que buscaba la forma de huir de mi presente.

-Por lo que sé el ahora gobernador Winthrop no acepta mujeres en la nueva escuela.

-Pero sí hay posibilidades como maestra externa para niños y niñas pequeños. No pienso quedarme aquí pudiendo ser libre.

-Cuidado con tus palabras. Lo dices como si fueras una esclava en esta casa. Te recuerdo que estás bajo mi custodia. La Escritura enseña obediencia, especialmente a quienes velan por tu alma.

-¿Y también por mis tierras?

Me observó, como si me viera por primera vez. Había algo en mí que lo inquietó. No era temor, pero sí una incomodidad inesperada. La sombra de su control, por primera vez, comenzaba a quebrarse.

-No es apropiado que una joven cuestione a su tutor. Tu padre me dio autoridad. Y tú, aún sin esposo, no puedes ejercerla. Tu tono es peligroso. Podría hacer pensar que no estás en tu pleno juicio. Y eso, Nelly, tiene consecuencias.

-¿Consecuencias legales o espirituales? Porque si es lo primero, tengo testigos. Y si es lo segundo, temo más por su alma que por la mía.

El coraje que da la ira me era desconocido hasta ese día. Estaba fuera de mí. No medí mis palabras ni mis gestos. Mi cuerpo no era mío, era todo el enojo, el dolor y la frustración adueñándose de mi ser y mi mente.

-No sabes lo que dices. Eres joven. Impulsiva. Necesitas dirección voy a hablar con mi esposa. Con esto de la pérdida de Eleanor no ha podido seguir llevando las riendas de la casa. Y así estamos...una desagradecida enfrentándome y cuestionando las decisiones de sus mayores.

-Lo que necesito es justicia. Y lo que usted necesita es recordar que la custodia no es propiedad. Ni el tutelaje, dominio.

- ¡¿Quién te crees que eres?! Tu padre me confió todo. No me obligues a tomar decisiones que te perjudiquen.

-No me obligue usted a recordarle que la fe no es excusa para el robo. Ni la tutela, para el abuso.

-Estás jugando con fuego, niña.

-No. Estoy encendiendo la lámpara que usted apagó.

¿De qué servía hablar si las palabras se estrellan contra muros que no estaban hechos para escucharnos? Había dicho mi verdad. La había pronunciado con la voz que mi padre me había enseñado a pensar por mí misma, cuestionando, analizando los hechos y las intenciones de los hombres. Y sin embargo, El Señor Saltonstall —ese hombre que se cubría con versículos como quien se cubre con piel ajena— me había devuelto amenazas envueltas en doctrina. No había justicia para mí. No allí. No en ese entonces. Las leyes que me rodeaban no veían a una mujer. Veían una propiedad en tránsito. Un cuerpo que debía ser entregado. Una casa que debía ser vaciada. Mi nombre no bastaba. Mi razón no bastaba. Era hija, pero no heredera. Era voz, pero sin autoridad. Y él lo sabía. Lo sabían todos cuando firmaron los papeles. Custodia. Qué palabra tan falsa. No custodiaba mi bienestar. Custodiaba su ambición. Y yo, ¿qué custodiaba? La memoria de mis padres. La dignidad que aún no me habían arrebatado. Pero cada día que pasaba, sentían que me cercaban. Como si el aire mismo obedeciera sus leyes. Como si la fe que me enseñaron fuera una cadena más. ¿Dónde estaba Dios en todo esto? ¿En la amenaza? ¿En el silencio? O quizás en esa rabia que no me dejaba dormir. No quería ser mártir. Quería ser libre. Y si no podía serlo en esa casa, sería una tormenta sobre sus cabezas.

El Señor Saltonstall dio un puñetazo al escritorio, se levantó de su silla y en dos zancadas se abalanzó y sin poder esquivarlo me profirió una cachetada que hizo retumbar en mi cabeza un silbido que llenó todos mis sentidos. Caí al suelo y atontada aún logré escucharlo gritándome salmos.

Me tomó de un brazo y me arrastró fuera de su escritorio amenazándome que pronto caería sobre mí el castigo que merecía.

Me quedé mirando la puerta mientras me recuperaba del golpe que había recibido. John estaba a unos metros, no sabía desde cuando estaba allí pero seguramente lo suficiente.

John me observaba con desprecio. Notó que yo era más fuerte de lo que parecía, en lugar de acusarme abiertamente, trató de confundirme.

-Creo que has abusado de la caridad de mi padre- lo dijo con una sonrisa maliciosa como si estuviera gozando de la escena que había presenciado.

Pensé que me daría un discurso para hacerme creer que había cosas dentro de mí que realmente eran impuras. Tratando de sembrar dudas en mi mente, persuadirme de que mi resistencia era un pecado disfrazado de orgullo. Incluso intentar ganarse mi confianza en un acto de falso acercamiento, con la intención de traicionarme en la primera oportunidad, para disfrutar el momento de mi caída frente a su madre. Pero solo me dijo:

-Lamentaras tu orgullo y tu ira te llevará al infierno.

-Ya estoy en el infierno.

-El sentimiento de pecado por sí mismo no es suficiente. Pero tú ya has pasado a los hechos.- Se dio la vuelta y se fue riendo por lo bajo.

Yo me dirigí a mi cuarto para asearme y recomponerme, mi cuerpo aún temblaba y me sentía mareada. Al cerrar la puerta de mi cuarto me tendí en el lecho y me quedé dormida, agotada hasta de mi misma. En el piso de mi cuarto sombrío descansaban dos libros que debía leer como castigo dado por la Señora. *Actas y monumentos de los mártires de John Foxe y Exposición sobre los Diez Mandamientos de John Dod.*

Debería haber reescrito yo misma esos libros, con las verdades que la vida me estaba mostrando.

La Señora Saltonstall se retorció las manos nerviosamente en el cómodo sillón del escritorio, mientras su marido le explicaba el altercado que había tenido conmigo, su ira hacia mí iba creciendo, aumentaba su frustración mientras pensaba cómo someterme para que dejara de ser un problema.

La mujer ya no lloraba el dolor por la pérdida de su hija. Solo le quedaba rencor y la vergüenza frente al pueblo por el suceso. Gustaba que la admirasen como una madre devota y ejemplar y en su mente se imaginaba a la gente acusándola de ser una madre desaprensiva e irresponsable. Su orgullo era el más lastimado enterrando su instinto materno en lo profundo de su pena.

Su marido la estaba acusando de no haber sido tan exigente conmigo de no moldear mi carácter lo suficiente y a las vistas estaban las consecuencias.

-Tú no te imaginas de la forma en que me miraba y cómo me exigió explicaciones la maldita ingrata.- irritado se movía de un lado a otro del cuarto

-Es soberbia e indomable, debería darle unos cuantos buenos azotes para doblegar esos hombros altaneros con los que se pavonea.

-Ahora lo importante es decidir qué vamos a hacer- la miró preocupado

-Calmémonos, que se vaya de esta casa es lo primordial- dijo en su típico tono tajante.

-No voy a darle la propiedad de su padre, mucho hemos hecho por ella.

-Está claro, eso es obvio.

-Por ley soy su tutor y puedo disponer de ella y de los bienes que le ha dejado el padre.

-Pero te ha amenazado con que quiere irse a la ciudad, es todo un escándalo.

-Pretende que le devuelva la propiedad. Ya la tenía casi vendida- le exclamó subiendo la voz.

-Es una jovencita no podemos atemorizarnos por sus amenazas. Pero tampoco necesitamos más escándalos bastante con la muerte de eleanor.

-Podríamos casarla con John- le preguntó con la ansiedad de encontrar una salida rápida al conflicto.

-Estás loco. Jamás lo permitiría, unir a esa huérfana indolente con nuestro hijo. Arruinar Su futuro así por una casucha y unas pobres tierras. Jamás.- la voz tensa de la mujer al decir las palabras, era un límite que él sabía no debía pasar. Él era la autoridad en la casa, pero la que manejaba hábilmente los hilos invisibles del hogar, era su mujer.

-Algo de razón tienes, es más provechoso que John tenga un buen matrimonio como el que le hemos conseguido a James.

-Casémosla. Por ley podemos vender la propiedad junto con su matrimonio. Déjame buscar un buen partido, algo debe haber, no será un hombre prominente el que encontremos pero con que nos pague la propiedad y se lleve esta molestia estamos hechos.

-Me parece bien. Lo dejo en tus manos.- se sintió aliviado al ver que su esposa asumía la responsabilidad y la decisión final, detestaba tener que ocuparse de las cuestiones domésticas. Él solo veía los costos y beneficios, evaluaba las ganancias y la prosperidad de su familia. El mundo sutil de las relaciones y afectos eran temas que consideraba del ámbito femenino y eso les permitía a ambos tener sus propios mundos y gobernar sobre ellos sin inmiscuirse en el mundo del otro.

No recibí castigo, ni siquiera una palabra sobre lo sucedido, por parte de la Señora. Como si el encuentro hubiera sido mi imaginación. Solo la indiferencia como respuesta a lo que había vivido.

Pasaron semanas en las que me perdía en las tareas de servidumbre. Las clases con Alice seguían suspendidas desde lo de su hermana. John se preparaba para partir a Plymouth para continuar sus estudios y James era una sombra que apenas veía. Su compromiso estaba pendiente para mucho más adelante. Me imaginé la decepción de Clarice, ansiosa por comenzar sus sueños de cuento de hadas.

Estaba lavando una pila de ropa cuando Anne me avisó que debía ir al escritorio del Señor Saltonstall. Las piernas me temblaron un poco de miedo, me incorporé alistándome un poco la ropa y me encaminé a la próxima batalla.

Para mi sorpresa estaba solo la Señora. Sentada junto a la ventana en una pequeña mesita de té. Sin mirarme se sirvió una taza, mientras yo de pie esperaba.

-He estado al tanto de tus reclamos. Vergüenza debería darte el escándalo que le hiciste a mi abnegado esposo.-Me miró como quien está dispuesto a hacer rodar la cabeza de su enemigo. Pero con total compostura siguió con lo que supuse sería un largo discurso sobre Dios y nuestras obligaciones como hijos del Supremo.

-La desgracia ha caído sobre este hogar y tú no has sido más que una molestia, ni un poco de compasión frente a nuestro dolor. Y no me interesa escuchar nada de lo que de tu boca insidiosa pueda escupir. Porque tú no hablas, escupes hiel, eres una joven desprovista de educación y moral. Es evidente en tus rasgos sin belleza, tu cuerpo endeble y la mirada altanera con la que Dios muestra que poco digna de las virtudes santas eres.

Sostuve mi actitud rígida sin intención de contestarle dijera lo que dijera. Tenía más miedo de mí que de ella. Estaba atenta a sus movimientos, a la defensiva por si hiciera lo mismo que su esposo, arrastrarme del cabello y golpearme, si lo hiciera, en mi mente me imaginaba devolverle todo el dolor que había tenido en mi cuerpo. Escenas se sucedían en mi imaginación, donde la golpeaba, pateaba su cuerpo en el suelo o la arrastraba arrancándole los cabellos. Traté de calmarme en el silencio de mi misma. Volví a prestarle atención cuando dijo:

-Me rindo. No puedo enderezar el árbol torcido que eres. He hecho una negociación para que tomes matrimonio con un buen y devoto hombre, es viudo y necesita una mujer para que lleve adelante lo que con su santa mujer construyeron. Tiene un fuerte carácter, algo que necesita una joven descarriada como tú, para que te aleje del borde del abismo del infierno. El podrá salvar tu alma y asegurarte en el buen camino.

Hice un ademán de hablar pero me detuvo en seco.

-No voy a aceptar hablar contigo de dinero. Eso es tema de hombres, ellos saben más que tú o yo lo que es correcto. La casucha y esas pobres tierras por las que tanto pecas de codiciosa serán tu dote. Tu marido sabrá darle buen uso. Y agradece que un hombre quiera casarse contigo. No tengo ni quiero decir más nada con una escoria como tú.

Estaba confundida, no podía moverme. La Señora Saltonstall dejó la taza en la pequeña mesa y sin mirarme se encaminó a la puerta perdiéndose por el pasillo.

No sé cuánto tiempo pasó. Escaparme era una opción desesperada, pero así me encontraba. ¿Pero adonde? ¿Cómo sobreviviría, sin dinero, ni familia? No tenía a quien recurrir. Volví en silencio a la lavandería, me arremangué y seguí lavando en lo que quedó del día.

Días después antes de la cena me ordenaron que desatendiera ayudar en la cocina. Debía asearme y vestirme pulcramente. Dirigirme a las ocho en punto al escritorio porque me presentarían a mi futuro esposo.

Lloré silenciosamente. No sabía cómo huir de esa pesadilla.

Como pude logré componerme y enfrentar la situación. Me llegué al escritorio. Como si fueran un jurado a punto de condenarme, el Señor Saltonstall de pie con todo el porte de quien se sabe en un lugar de poder me observó de arriba abajo evaluando mi aspecto, su mujer servía el té sin prestarme atención, un hombre de alrededor de cincuenta años, corpulento con la piel apergaminada por el sol y una incipiente calvicie; me observó con detenimiento sin decir palabra hasta que el Señor Saltonstall, con voz intentando ser natural y conciliador, se dirigió a él:

- Samuel, como hemos discutido, la joven necesita dirección. Una casa. Un esposo que la guíe como corresponde.- volviéndose a mí- Nelly te presento a Samuel Whitmore, un hombre más que respetable de nuestra comunidad, lamentablemente sufrió la pérdida de su esposa a principios de este año y necesita una esposa fiel y abnegada que lo ayude a criar a sus cuatro hijos. Espero que hagas tu mayor esfuerzo.

El hombre asintió lentamente, pero sus ojos estaban clavados en mí.- Es el deber de una mujer. Hallar propósito en el matrimonio. En la obediencia..

La Señora reforzó sus palabras- Ha sido criada con orden, aunque todavía necesita refinamiento. La juventud trae consigo ciertos desafíos, pero bajo la guía correcta, una mujer puede hallar su lugar.

Whitmore exhaló, casi como si midiera cada palabra- ¿Qué edad tienes Nelly?

-dieciseis Señor.

La Señora me cruzó en la respuesta-Casi diecisiete Samuel.

El hombre ladeo la cabeza apenas con una mirada incisiva a ambos esposos- Creo que en nuestra charla anterior uno de los dos me informó que tenía veinte años, y ya esa edad me parecía muy joven.

El Señor Saltonstall queriendo salvar la incomodidad del reclamo negó rotundamente que pudieran haberse equivocado, que en realidad no hablaron detenidamente de la edad, sino de las situaciones lamentables en que se encontraban una mujer huérfana y sola en el mundo y un hombre apenado por la muerte de su esposa quedando con cuatro hijos pequeños.

Whitmore era un hombre de carácter tranquilo pero rígido en sus ideas y pragmático. Acostumbrado al manejo de su granja era de pocas palabras pero severo tanto en ellas como en su actitud frente a la vida. El comentario de Saltonstall más que bajarle el precio a su persona para conseguir su propósito, alejó aún más al pretendiente. Por mi parte lo último que deseaba era agradecerle a ese hombre y hundir mi vida en un matrimonio con alguien tan viejo y desagradable.

Whitmore me preguntó directamente-¿Y cuál consideras que es tu deber, jovencita?

Sabía que cualquier respuesta sincera iba a ser usada contra mí, pero ya estaba en la palestra. La vergüenza de ser expuesta como un carnero frente a su carnicero y la orfandad en esa situación que me exponía como una víctima del abuso de poder, me dolió en mi orgullo. Me sentí como una basura que amontonada en un rincón se quiere limpiar. No había más que una sensación de miseria y ganas de morir para terminar con todo lo que me lastimaba.

- No busco cuestionar lo que es correcto, señor, solo cumplir con mi deber como cristiana.

-¿Y cuál consideras que es tu deber?

- Servir a la casa. Aprender. Ser útil. Buscar un futuro en la ciudad y ser maestra.

- Aprender...Enseñar. Es un concepto peligroso si no está bien guiado. Una mujer debe conocer lo suficiente para cumplir con lo que se espera de ella, pero no más. Has sido educada en esta casa, bajo reglas claras. ¿Te consideras obediente?

- Hago lo que se espera de mí, señor.

- Lo dices con demasiada firmeza. Como quien no necesita ser guiada.-Lo dijo entrecerrando los ojos

Alarmada por mis respuestas la Señora decidió tomar las riendas de la conversación

- La humildad es virtud en una mujer. No hay necesidad de preocupaciones que excedan su rol. Nelly aún está en proceso de aprendizaje. Es joven, necesita la mano de un esposo que le muestre el camino.

El hombre meditó un instante antes de responder, como si algo en la conversación le causara una inquietud que no supiera nombrar

-Y sin embargo... Hay algo que no descansa en ella. No es falta de obediencia. No es insubordinación abierta... Pero hay un filo en ella. Una mirada que no vacila cuando debería. Por otra parte, es una niña aún. El mayor de mis hijos tiene casi su edad, es notorio que tiene edad para ser mi hija. ¿No les parece un despropósito un matrimonio así?

El Señor Saltonstall se puso tenso temiendo perder la oportunidad de resolver su problema

-¿Está retirando su propuesta, Señor Whitmore?

- A decir verdad y siendo justo, fue su propuesta señor, yo simplemente la tuve en consideración. La joven puede cumplir con sus deberes, pero no bajo mi techo. No deseo una esposa que debe ser domada como una bestia inquieta y mucho menos una joven de tan corta edad. No necesito una hija más, sino una mujer que pueda cargar con el peso de una familia. ¿Recuerdan las palabras del ministro hace unos domingos? A mí se me quedó grabado en la mente: "A menos que haya una unión de corazones y un tejido de afectos juntos, no es matrimonio en hechos, sino en apariencia y nombre, y vivirán en una casa como dos venenos en un estómago, y uno siempre estará enfermo del otro". Qué clase de unión puedo esperar con una joven que tiene sueños propios, sueña con ser maestra y vivir en la ciudad. ¿Qué tiene eso que ver con un hombre viejo como yo, granjero y con cuatro hijos por criar? No soy quién para aconsejar, pero creo que deben tener expectativas sobre esta joven que incluya los deseos que guarda en su corazón. Dios tiende caminos para cada uno acorde a nuestras habilidades.

El alivio inundó mi alma, Whitmore me había visto realmente y entendido que esta situación era propiciado por los esposos con intereses muy personales. No necesitaba más propiedades ni tierras, solo una esposa que lo acompañara en su viudez. Había aceptado comprar la propiedad que me pertenecía pero solo porque era parte del paquete. Le habían engañado con mi edad y no estaba dispuesto a verse enredado en las trampas de Saltonstall.

Enderezó la espalda, como quien toma una decisión definitiva y se levantó de su asiento. Dio por terminado el encuentro y se despidió fríamente de la pareja que estaba atónita ante el desplante. Yo seguía de pie, tensa, observando cómo se deshivaba mi pesadilla. Al pasar junto a mí, saliendo del cuarto, Samuel Whitmore con cierta calidez me dijo en voz amable:

-Lamento la pérdida de tus padres, confía en Dios.

El cuarto se llenó en un tenso silencio tras la salida de Whitmore. La mujer apretó los labios, con sus manos rígidas sobre la mesa. Su esposo, sentado con la mirada fija en el fuego que ardía en la estufa de leño, dejó que su indignación

se filtrara en cada palabra. La reacción de ambos ante la retirada de Samuel Whitmore no era solo enojo, sino una frustración profundamente arraigada en su ambición y necesidad de control. Me miró con claro desprecio.

-¿Qué has hecho? -con voz seca y raposa.

-No he hecho nada, señor.

La Señora con una frialdad contenida se puso de pie dispuesta a enfrentarme.

-Nada. Nada... y sin embargo, Samuel ha visto suficiente para rechazarte. ¿Por qué, Nelly? ¿Qué hay en ti que hace que los hombres prudentes den un paso atrás?

-No lo sé, señora. Por lo que entendí fue mi edad lo que molestó.

-¡No lo sabes! Claro que lo sabes. La manera en que te comportas, la forma en que te sostienes cuando deberías inclinarte... Esa maldita presencia tuya que nunca termina de encajar.

-Él lo sintió. Lo vio. Vio lo que hay en ti, eso que nunca se moldea del todo. Algo impuro.-asevero el esposo.

Apreté los dedos en mi regazo, pero mi rostro trataba de seguir sereno. No aceptaban que fuera mi edad la verdadera razón de que se truncaran sus planes. El error caería sobre mí sin piedad.

-No he hecho nada fuera de lo que se esperaba de mí.

El Señor Saltonstall golpeó la mesa con un puño cerrado.

-¡Exactamente! ¡Y sin embargo, fuiste suficiente para que él decidiera apartarse!

La Señora con un susurro venenoso dio su aporte.

- Si un hombre honorable no te quiere, ¿quién lo hará? ¿Qué destino te queda, si no hay lugar para ti ni como esposa ni como hija de esta casa?

Saltonstall recobrando la frialdad, pero con su voz cortante, no dejaba de acusarme.

-Samuel era la única opción digna. Ahora, los problemas que él debía cargar siguen aquí. Sigues aquí. Y cada día que pases bajo este techo sin propósito será una carga.

Guardé silencio. No respondí. Sabía que cada palabra mía solo alimentaría más la furia de aquellos que nunca me habían querido realmente. El aire de la habitación era denso, lleno de juicio y expectativas rotas. Pero yo, dentro de mi propio silencio, sentía una chispa de victoria. Porque, sin haber hecho nada, sin haber desafiado abiertamente, mi sola existencia había sido suficiente para trastocar los planes de aquellos que creían tener su destino asegurado.

La mujer estaba fuera de sí-¡No me mires así, niña! ¡Tus ojos no son de Dios! Desde que llegaste, la leche se corta, los corderos nacen muertos, y James ha

tenido sueños impuros. ¡Sueños impuros! Y mi pobre Eleanor. ¿Dónde estabas cuando ella cayó al agua?

Todas mentiras, divagaciones que inventaba sobre la marcha cebando su propio ánimo, envalentonándose con supersticiones que me adjudicaba maliciosamente.

El Señor. Santolstall golpeando la mesa se sumó aún más a las falsas acusaciones:

-¡Brujería! ¡Eso es lo que es! No hay otra explicación. Vienes con tus silencios, tus dibujos extraños, tus paseos nocturnos. ¡El alma sucia se revela en los gestos más pequeños!

Los gritos de ambos hizo que la casa se alertara, John y James despidieron a la poca servidumbre que había a esas horas. Alarmados entraron al escritorio cerrando la puerta tras ellos.

-¿Qué sucedió? ¿No vino Whitmore? -preguntaron tratando de entender algo de lo que estuviera pasando allí.

-¡Esta maldita bruja lo espantó!- sentenció la madre. Con tono de desprecio los hijos no dudaron en apoyar a sus padres.

-Mañana hablaremos con el pastor. Que se haga lo justo. Que la examine. Que se queme si es necesario.-James amante de los castigos se sumó a su hermano.

-Debe ser expuesta. El ministro sabrá qué hacer. Que se la purgue. En la tarde la encontré leyendo un libro sin versículos. ¡Sin versículos! ¿Qué clase de cristiana no lleva la Palabra en su pecho? ¡No es como nosotros!

Atiné a defenderme-No he hecho daño. No he conjurado nada. Solo... solo pienso. ¿Es pecado pensar? ¿Es pecado desear que el alma sea libre?

-Ella habló de libertad. Dijo que el alma debía volar. ¡Volar! ¿Qué significa eso? ¡Eso no es cristiano, eso es perverso!-John estaba gozando de su propio enojo, descargando el resentimiento que siempre vivía dentro de él. La Señora comenzó a los gritos, desencajada.

-¡Libre! ¡Libre! Esa palabra es del demonio. El alma se somete, Nelly. Se somete o se pudre.

El Señor. Santolstall acercándose con mirada severa- Has traído oscuridad a esta casa. No eres hija de Dios. Eres una prueba. Una tentación. Y como tal, debes ser purgada.

Con mi voz quebrada, escupí una chispa de fuego- Si justicia es quemar lo que no entienden... entonces que arda todo. Pero sepan esto: mi alma no les pertenece. Ni a ustedes, ni a nadie. Mi alma es mía. Y aunque me callen, aunque me condenen... va a seguir siendo solo mía. ¿Y quién los examina a ustedes? ¿Quién mide la crueldad disfrazada de fe?

La Señora. Santolstall con los ojos encendidos, como si algo endemoniado se hubiera despertado-¡Silencio, bruja! ¡No profanes esta casa con tus palabras impías!- se abalanzó sobre mí con una furia desbordada. No era solo ira, era miedo, era el eco de generaciones que habían aprendido a golpear antes de escuchar.

Me empujó con fuerza hacia el rincón donde había un baúl de madera maciza, grabado con símbolos religiosos. Tropecé, cayendo de espaldas, y mi cabeza golpeó el borde tallado del baúl, justo donde había una cruz invertida por el desgaste del tiempo. El golpe fue seco. El silencio que siguió fue más ruidoso que los gritos.

Señor. Santolstall con voz grave, pero sin acercarse-Que el Señor juzgue lo que ha sido hecho.

En el suelo mi cabello desparramado como un halo oscuro. Un hilo de sangre corría por mi sien, pero mi rostro estaba sereno. Como si, en ese instante, hubiera cruzado un umbral invisible. Dejé de oírlos y mi visión se oscureció.

-¿Está muerta?- preguntó John en susurros, temblando. James le respondió con voz quebrada, pero aún rígido.

-No... respira. Pero no despierta.

La madre lo miró con expresión desesperada.

-Fue el demonio en ella. Me obligó. Yo... yo no quería... Fue el demonio. Yo lo sentí. Cuando me miró... no era ella. Era otra cosa-se excusaba la mujer y su esposo como si hablara a Dios más que a los presentes- Que se haga la voluntad divina. Si ha de despertar, que despierte purificada.

La habitación estaba casi a oscuras. Inmóvil, mi cuerpo aún tibio. El fuego se había apagado. El aire olía a cera, a madera húmeda, a culpa.

El Señor. Santolstall de pie, mirando el cuerpo que tenía a sus pies con solemnidad ya había tomado una decisión drástica.

-No podemos esperar al amanecer. No podemos dejar que despierte .Si el ministro la ve así... si se corre la voz... esta casa será señalada. El juicio caerá sobre nosotros. Ya bastantes desgracias hemos padecido.

James estaba dudando.

-¿Y si no está muerta? ¿Y si solo duerme?

-Entonces que duerma en tierra consagrada. Si el Señor desea que despierte, que lo haga bajo su juicio. No bajo el nuestro.

James se encontraba en un rincón, susurrando: -Esto no está bien. Esto no es justicia. Esto es miedo...

Su padre interrumpiéndolo, con voz firme: -¡Es deber, James! ¡Es protección! ¡Es obediencia! -Se volvió hacia John- Tú y yo cavaremos. Detrás del granero. Donde la tierra aún no ha sido profanada.

La tierra no profanada era aquella que no había sido tocada por pecado, muerte o actos impuros. Enterrar a alguien allí era un intento de esconder la transgresión en un lugar "limpio". Era un gesto hipócrita: se cometía la mayor injusticia ante Dios, pero se buscaba hacerlo en un lugar "santo" para evitar el castigo divino. Pero la tierra no profanada se convertiría en el útero de un despertar que pronto los envolvería.

La Señora. Santolstall arrodillada junto a mi cuerpo, tocando mi cabello con una mezcla de ternura y repulsión-Que el Señor la reciba. O que la condene. Pero que no regrese.

La habitación estaba en penumbra. Mi cuerpo yacía inmóvil, aún tibio. El fuego se iba apagando. El aire olía a cera, a madera húmeda, a culpa.

James y John esperaban detrás del granero a que la noche cerrada cayera y nadie en la casa estuviera despierto. Anne se había quedado en el cuarto de Alice durmiendo y los trabajadores ya se habían ido a sus casas. El cielo sin luna les era propicio para ocultar mi cuerpo aún con vida. El aire era espeso, como si la tierra misma contuviera la respiración.

Cuando se sintieron seguros arrastraron desde el interior de la casa el baúl pesado, con mi cuerpo dentro y las pertenencias que habían encontrado a las apuradas y con nerviosismo en mi cuarto. Aún viva, inconsciente, envuelta en una manta áspera, la mortaja en la que esperaba mi destino. No había delicadeza, había apremio. No habría duelo, habría olvido.

El pozo era profundo. La tierra removida despedía una humedad antigua. El baúl fue depositado con esfuerzo. El golpe contra el fondo resonó como un eco final. La tierra comenzaba a cubrir el baúl. No había oraciones. Ni una cruz. Solo tierra, piedra y olvido. Cada palada silenciada era una negación. Cada gesto, una afirmación del orden que no admitía grietas. Cuando el pozo estuvo lleno, colocaron una gran piedra. No hubo una marca. Ni una señal. Solo el peso de lo enterrado.

A lo lejos escuchaba ruidos secos como golpes, un zumbido, ese que hace la tierra cuando se mueve pero es como lluvia. Se entremezclaba con el silencio como si el mundo estuviera hecho de barro y latidos, mis latidos. En las sombras de mi mente unas manos me tocaban, me sujetaban, querían atraparme. Supe que abría los ojos pero era como si no lo hiciera, No veía nada. Mis codos chocaban contra algo duro igual que las plantas de mis pies. De a poco sentí el peso de mi cuerpo y el peso del aire húmedo y frío. Era el peso de la madera

que me apretaba. No lograba estirar las piernas. Mi cuerpo estaba doblado, estaba atrapada. Me di cuenta que me aprisionaban paredes de madera, las yemas de mis dedos recorrían las grietas y astillas. Una manta me abrazaba, era áspera como una sogá muda que ataba todo mi ser.

Respiraba pero el aire era pesado, mis pulmones sentían el encierro, como si la tierra ya hubiera comenzado a reclamarme. Mis manos buscaban una grieta, una apertura, algo que liberase el aire que se me escapaba. Cada inhalación era una batalla.

Descubrí con asombro que un baúl me contenía como una maraña de angustia y ansiedad en la que me había convertido. Traté de levantar la tapa. La golpeé, arañándola mientras mis uñas se rompían. La madera no cedía como mi desesperación. Mi garganta se humedeció y comencé a gritar:

-no...no...no... Sáquenme de aquí.- Mi voz rebotó en el interior. No había eco. Solo encierro.

El peso del olvido. La ansiedad se convirtió en un animal. Me mordía el pecho. Me apretaba la garganta. Mi corazón latía como si quisiera romper las costillas.

Arañé más fuerte. La sangre de mis dedos se mezclaba con las tablas de madera. Grité sin esperanza: -¡Estoy viva! ¡Estoy viva!- Pero nadie escuchaba. Solo la tierra. Solo el baúl. Solo el silencio. El aire se volvía más denso. Cada segundo era una pérdida. Cada pensamiento, una fractura. Golpeé. Lloré. Me retorció. Pero el baúl no lograba abrirse. La tierra callaba. La fe no me salvaría.

La oscuridad ya no era ausencia era un ahogo que me tomaba entera. Era materia. Era tacto. No veía, ni escuchaba, respiraba entrecortado. El aire se había vuelto delgado, como un hilo que se rompía con cada intento de inhalación. Tuve sueño, cerré los ojos.

Mi cuerpo tembló. No por frío, sino por la cercanía de algo que no tenía nombre.

Las uñas rotas ya no arañaron. Las manos dejaron de golpear. Solo reposaron, como si esperaran una señal.

Y entonces, lo sentí, en ese instante, lo comprendí todo. Nada tenía sentido. No habría juicio. No tendría castigo. No habría salvación. Solo tránsito.

La muerte no llegó como sombra. Llegó como disolución. Como entrega. Como el momento en el que dejé de ser forma y me coinvertí en eco.

Mi último pensamiento no fue un pensamiento. Fue una imagen. Una pluma suspendida en el aire. Un cuervo negro que no volaba, esperaba.

Y luego, nada.

En absoluta oscuridad nadie vino por mí, ni mis padres ni un ángel, nadie. Me sentí incorpórea como en el agua, una luz brillante, sentí que estaba en un túnel. Manos enormes que me tocaban, había pequeñas luces que me cegaban, bellas

sombras grises, quería hablar pero no sabía cómo hacerlo, había olvidado algo, no tenía control sobre mí. Estaba en un sueño, perdida mi conciencia no sabía dónde estaba, acaso ni quién era. Algo o alguien sin forma me abrazó y sentí Paz, calma. Y en la seguridad de ese tal vez amor, sentí la infinitud del ser sin cuerpo, solo mi alma. Ya no recordé el dolor y la injusticia, no tenía nada que perdonar porque no sentía rencor. Solo me dejé ser en el aquí y ahora, no tenía más que un sentimiento de alivio, sin el peso a mis músculos, sin cuerpo, solo veía la luz a mi alrededor.

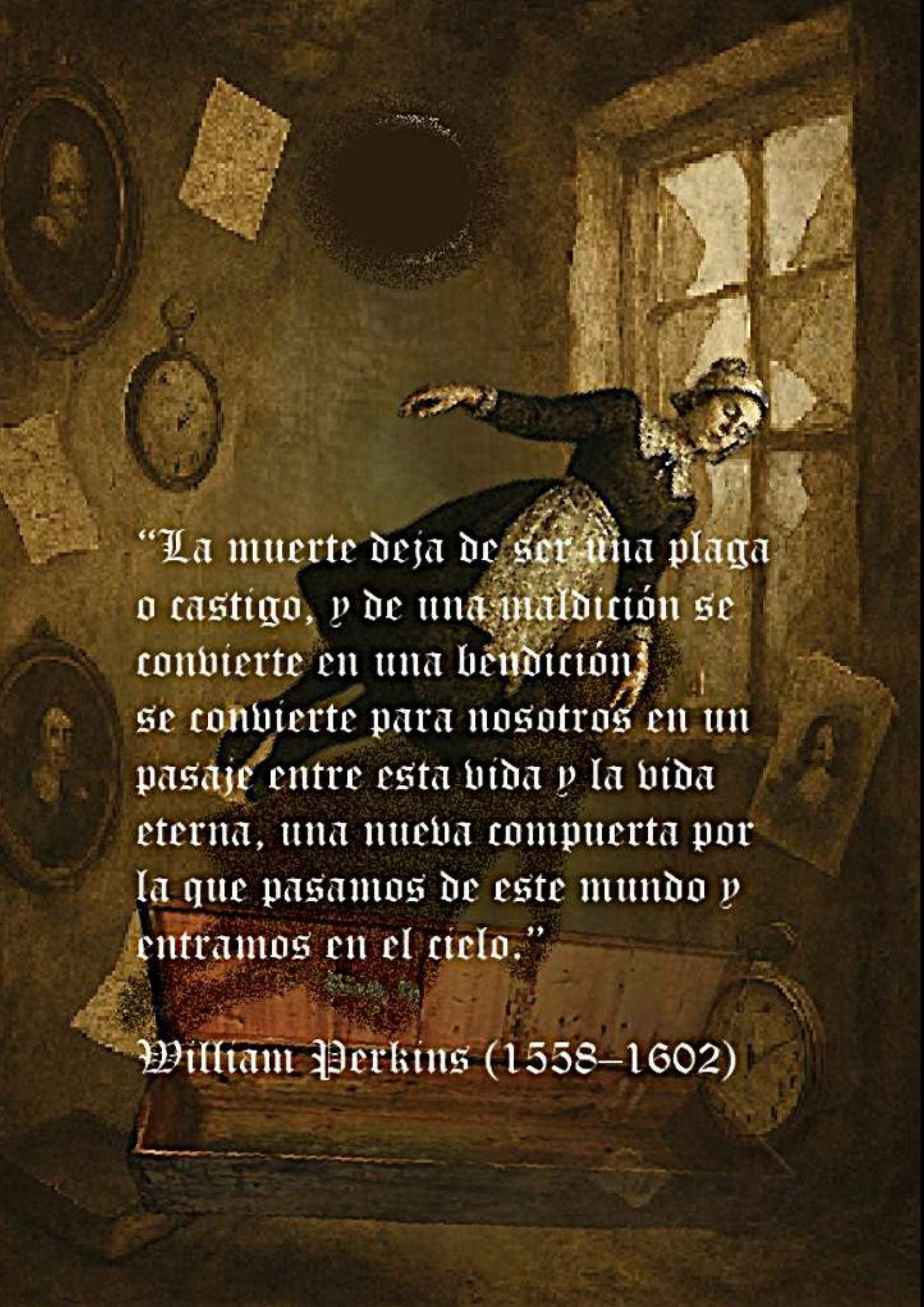
Ningún registro quedó de mi muerte como tampoco de mi paso por estas tierras lejanas. Nadie preguntó por mí, no hubo lágrimas para una sierva, una bruja o una joven sin vida.

Nadie me lloró, como a tantas otras que vinieron después de mí.





Capítulo 5



“La muerte deja de ser una plaga
o castigo, y de una maldición se
convierte en una bendición
se convierte para nosotros en un
pasaje entre esta vida y la vida
eterna, una nueva compuerta por
la que pasamos de este mundo y
entramos en el cielo.”

William Perkins (1558–1602)

Soy un núcleo resonante flotando sin deseo de encarnación. La bruma comienza a espesarse y de mi centro emergen filamentos sutiles de luz densa. Vapor táctil, fragmento de biología emocional, vibro y soy luz. El pasado es un eco tejiendo lazos como arterias invisibles. No fui, me transformé.

El Sol del mediodía entraba por la ventana en el cuarto de la señora Saltonstall. Alice saltó a la cama de su madre tratando de despertarla. La mujer abrió los ojos como despertando de una pesadilla con un dolor de cabeza que nublaba su vista. Vio la cara de su hija con los rayos de sol iluminando su rostro. La confusión invadía su mente. Imágenes de la noche anterior se le aparecían como una pesadilla.

-¿Qué haces aquí qué hora es?

-Es tarde madre no encuentro a Anne, padre y James están buscándola.

Le resultó extraño a la mujer y no se animó a preguntar por Nelly. Se levantó y se vistió rápidamente, mientras Alice sentada en el borde de la cama la observaba en silencio. Sus hermanos menores George y Henry estaban desayunando en el comedor.

Al terminar de asearse tomó de la mano a la niña y se dirigió al comedor buscando a su marido o alguno de sus hijos mayores que le confirmaran qué era realidad y qué no.

Le salió el encuentro su esposo y le confirmó que efectivamente no encontraba a la criada, habían entrado a su cuarto y no había ninguna de sus pertenencias. Era evidente que había huido. No sabían qué tanto estaba enterada de los sucesos de la noche anterior. No mencionaron ni un solo detalle de lo ocurrido, era mejor olvidar no hacer presente con palabras, aquello que era mejor dejar enterrado.

Sus hijos con el temor de que fuera un testigo de lo que habían cometido habían partido en distintas direcciones en busca de la mujer.

Anne había huido porque efectivamente mientras la tragedia ocurría, ella había dejado el cuarto de los niños y oculta en las escaleras había escuchado lo que no debía ni hubiera querido escuchar. Cuando volvió al cuarto, Alice George y Henry aún dormían profundamente. Desde la ventana observaba como los jóvenes arrastraban un baúl. Supo que algo grave había sucedido y la víctima había sido Nelly. No pudiendo dormir en toda la noche, antes que saliera el sol, buscó a la joven en su cuarto y al no encontrarla fue hasta el escritorio y vio que el baúl que siempre estaba allí, ya no estaba. En medio de la noche fue atrás del granero desde donde se veía desde el cuarto de los niños, allí vio una gran piedra

que nunca había estado ahí. Le tembló el alma porque sabía que bajo esa piedra el joven cuerpo de Nelly estaba allí.

Toda la familia estaba involucrada, no iban a permitir testigos si ya habían cometido semejante pecado mortal. Un cuerpo más junto al de Nelly no les haría diferencia. Temía por su vida y el temor fue tan grande que solo pensó en huir, volvió a su cuarto tomó sus pocas pertenencias y aun sabiendo que no había cumplido los siete años de servicio como criada y que por ley debía irse concluido el contrato con algo de dinero, prefirió perderlo y valorar más su vida. Una de sus hermanas se había asentado en Nueva Francia, los pueblos indígenas de allí le llamaban a esas tierras Kanata. Tenía algo de dinero ahorrado por lo que sin pensarlo dos veces decidió su destino. Aunque el viaje era peligroso y extremadamente largo, a nadie se le ocurriría encontrarla allí. Nunca había hablado de su hermana, los Saltonstall solo tenían referencias de su trabajo en Inglaterra, nunca se habían molestado por saber algo más de su vida por lo que no estaban enterados de su hermana en aquellas tierras. Iría al puerto y tomaría el primer barco que saliera de Salem y de allí rezaría a Dios por llegar sana y salva.

John y James volvieron al día siguiente luego de haber recorrido pueblo tras pueblo buscando la criada. El temor los embargó a todos. Solo meses después al no tener noticias del paradero de la criada, se tranquilizaron. Si Anne hubiera querido denunciarlos lo hubiera hecho al poco tiempo de la desaparición de Nelly, por lo que supusieron que tendría miedo y nunca más sabrían de ella.

Decidieron todos retomar sus vidas donde las habían dejado, olvidando La gran piedra sobre el montículo de tierra detrás del granero. Las pertenencias de Nelly fueron quemadas pero la señora siempre encontraba algo que le pertenecía a la joven. A veces era un lazo, otra vez un camafeo materno de la madre de Nelly o algún pequeño objeto en un pasillo, en la escalera o en algún cuarto. Calmaba su imaginación pensando que en un descuido lo habían dejado caer u olvidado en el cajón de su tocador o donde hubieran encontrado el objeto.

Alice preguntó por Nelly y por Anne los días subsiguientes pero su madre mostrando fastidio ante cada pregunta le respondía que se habían ido a trabajar a la ciudad, que no debía preguntar más por ellas, no eran parte de su familia. La prohibición fue un candado que selló las inquietudes de la niña.

La señora retomó los preparativos para el compromiso de James y su posterior matrimonio, se obsesionó con cada detalle, todo debía ser majestuoso. Darle qué hablar a la comunidad sobre el gran festejo que se preparaba, de esa manera pocos preguntarían por el paradero de Nelly. Solo Samuel Whitmore tenía algunas dudas al respecto, cada vez que los veía en el servicio religioso observaba al matrimonio buscando una respuesta a su incomodidad e inquietud sin motivo que le habían quedado de aquella noche, cuando desistió de un matrimonio con apenas una niña. Desde aquel día nunca más se había visto a Nelly, solo le comentaron que había partido con la criada de la casa a la gran

ciudad. No se lograba terminar de creer que los Saltonstall hubieran permitido que esa joven cumpliera sus sueños. Según los pocos comentarios que había escuchado, las tierras de la joven le habían sido vendidas a su tutor a cambio de un dinero que pudiera sostenerle el viaje y los estudios. Habían sido tan terminantes en cuanto a casarla, que le llamaba la atención el giro que habían dado los hechos.

Pero ya tenía bastantes preocupaciones como para meterse en la vida ajena. Así quedó como un hecho aislado que pronto se borraría de su memoria. Daniels y Davenport, los hombres que bien intencionados habían advertido a la joven sobre la estafa de su tutor, se alegraron al saber que la joven había logrado marcharse en busca de un futuro mejor.

Clarice estaba feliz de casarse con su príncipe azul, se sentía bendecida por Dios. En su nuevo status se alejó de las jóvenes con las que había compartido cosas de niña según ella. No se imaginaba siquiera el futuro que le esperaba. Los destinos de esas jóvenes no serían mejores, una quedaría soltera hasta su vejez, sin saber lo que era amar y ser amada, otra atravesaría un matrimonio lleno de abusos y alcohol, hijos indeseados y traídos al mundo con la violencia marital. Otra huiría con un joven que la arrastraría de burdel en burdel. No era fácil ser una débil mujer donde Dios era una figura patriarcal y absoluta.

Años después la Sra Saltonstall sufría de continuas pesadillas: una mesa cubierta de platos vacíos que cada vez que intentaba servir comida los platos se llenaban de tierra, escuchaba risas de niña detrás de las paredes. Por instantes oníricos el baúl se le aparecía en sueños en distintas habitaciones aunque estaba enterrado. Soñaba con su propio rostro reflejado en el agua pero con los ojos de Nelly.

El insomnio se apoderó de sus noches y los días se llenaban de sombras que pasaban a su alrededor. Se quejaba con su esposo de hechos fuera de lo común como cuando el fuego de la chimenea se apagaba sin razón y al volver a encenderlo veía en las llamas figuras humanas. Los relojes se detenían a la misma hora cada noche, tres y dieciséis, ni un minuto más ni uno menos. En su mente tan devota era un número que no correspondía a ningún versículo que conociera. Las Biblias se abrían solas en páginas en blanco y al cerrarlas las yemas de sus dedos quedaban manchadas de tierra. El marido dejó de hacer caso a la imaginación de su esposa porque no aceptaba que pudiera ser verdad cada cosa que decía. Veía que su mujer se deterioraba en lo físico y en lo mental. Descuidaba su aseo o tenía días de exacerbada alegría y otros en que parecía ministra de una iglesia, sermoneando y castigando a todos en los que veía pecados por doquier. Poco a poco su mente fue desvariando, siempre nerviosa se la pasaba limpiando porque veía tierra en cada mueble, en cada rincón. Hostigaba a la servidumbre a que limpiara continuamente cada cuarto, cada espacio visible o recóndito. La locura como un demonio la poseyó, día a día silenciosamente.

Su esposo cada vez hacía peores negocios, había sido estafado y perdido más de la mitad de su dinero, ya no era el hombre importante en el pueblo sino un comerciante que estaba camino a la bancarrota. Los comerciantes con los que siempre había tratado coincidían que Dios lo estaba castigando por algún motivo. Lo que hacía que evitaran tener negocios con él. Absorto en los papeles y los libros de su comercio de barriles, de repente sentía una presencia detrás de su espalda. Otras tantas veces levantaba la mirada al frente porque estaba seguro que alguien estaba en el umbral de la puerta. Pero nunca había nadie allí.

La parte trasera del granero, donde la roca que sellaba una muerte injusta y vil, era evitada por los miembros de la familia. Como si no existiera ese pequeño predio. Fue el secreto silenciado en las oscuras aguas de la culpa.

James su hijo primogénito, la esperanza de continuidad, se había vuelto taciturno y hostil, despreciaba a su esposa, subestimando cualquier habilidad que ella mostrara. Ni un gesto de amor ni siquiera de atracción hacia su esposa. Clarice soportaba todo esperando que su devoción hiciera crecer algo de amor en su marido. Apenas si la tocaba, deseaba tener hijos pero la impotencia sexual de su esposo alejaba esa ilusión. Era esposa solo como un título vacío. Día a día aprendía de su suegra las maneras y formas de una señora de su casa. Su carácter alegre y extrovertido se perdía en la amargura y la frustración de la madurez. A James no le interesaban los negocios ni su mujer, ambas no habían sido su elección, sino una imposición que había aceptado sin discutir. James soñaba continuamente con Eleanor, en sus sueños lo seguía atravesando el campo, pálida y mojados sus cabellos, sin emoción en su rostro. La pesadilla se le repetía entre imágenes violentas, luchando con los manotazos que la niña intentaba inútilmente para zafarse de su cuerpo sobre ella. Se levantaba sudoroso y con el corazón latiendo como si fuera una caja de resonancia de golpes secos en su pecho. Se pasaba horas en el granero solo, gozando de su propio cuerpo sin desear una mujer a su lado. Los deseos ocultos reprimidos después de la muerte de Eleanor lo habían alejado de la vida. Una madrugada se llevó consigo una soga, eligió un árbol con una rama suficientemente fuerte para sostener su cuerpo pesado. Rodeó su cuello con la soga, no intentó rezar ni pedir perdón a Dios, solo recordó el rostro de Eleanor y dejó ir su angustia y su deseo infame. Unos trabajadores lo encontraron sin vida, sin lágrimas ni arrepentimiento en su alma.

Fue un golpe duro para Saltonstall, su hijo, su copia, su legado había sucumbido a sus demonios. Ni él ni la señora se imaginaban el infierno que había creado su propio hijo. Sin hablarlo, ambos suponían que aquella endiablada Nelly había sido la culpable con su muerte. Nunca habían asumido que hubiera sido un homicidio lo de la joven, se justificaban en nombre de la fe el haber expulsado un demonio de su hogar. Creían que James no había soportado la culpa del silencio ni había tenido la valentía de saberse expiado de toda responsabilidad por haber sido la mano de Dios en la tierra. El joven se llevó consigo sus secretos y demonios.

Les quedaba el resto de los niños y una viuda por sostener.

En tanto el ahora hijo mayor a causa de la muerte de James era la futura promesa.

John con su ego tan grande, se creía superior a todos y habiendo sido la sombra de James siempre gozó de cierta laxitud porque su hermano siempre era el blanco de las exigencias y demandas paternas. Su madre lo consentía y esperaba de él, que fuera un profesional y un hombre exitoso. Sus padres se habían repartido la responsabilidad sobre sus hijos mayores. James era la copia de su padre y él debía ser una copia mejorada de su madre. Pero John tenía sus propias ambiciones, no le gustaba trabajar ni estudiar, él deseaba una vida fácil, de rentas del comercio de su padre, vivir distante de su familia para así evitar la rigidez devota y poder disfrutar de las mujeres y el dinero. Fue así como convenciendo a su madre había partido a la ciudad para lograr ese éxito que su madre anhelaba más que nadie para su hijo. En cambio se dedicó a la bebida y al juego, apenas había empezado sus estudios cuando los abandonó sin decirle a su madre, cada centavo que le enviaba su familia lo perdía entre el alcohol y el póker. La vida licenciosa le hizo tener amigos poco confiables que no dudaron en arrinconarle en un callejón para exigirle el pago de las deudas de juego, sus palabras manipuladoras e ingeniosas no convencieron a ese estilo de hombres. Cinco puñaladas fatales le quitaron la malicia de sus ojos y el gesto despreciativo con que miraba a los demás.

La muerte de sus hijos desarmó la endeble estabilidad de los Saltonstall. El hombre de familia vio derrumbarse el mundo y la mano de hierro que antaño había sido su esposa no era más que un par de falanges que se arrastraban por la vida. Decidió salvar al resto de los niños, con una madre inmersa en la locura, y él invadido de resentimiento pero sin un dejo de culpa, envió a sus hijos a Inglaterra con una de sus hermanas, les envió con una gran paga para su mantenimiento y su educación. Estaba seguro que no volvería a verlos, mejor así se dijo para sus adentros. George y Henry le recordaban lastimosamente a James y John, en cuanto a Alice, una hija mujer no era más que un problema por resolver y ya no tenía tiempo ni ganas de hacerse cargo de una molestia más.

De alguna manera Alice le recordaba aquella joven que fue una pesadilla, arruinando a su familia, desgastando sus cimientos, aniquilando sus expectativas de éxito.

Clarice volvió a la casa de sus padres, como viuda debía guardar un par de años de luto. Despechada con la memoria de su esposo y con la vida misma al ver sus sueños rotos. Vería pasar la vida de otras jóvenes más afortunadas que ella. El cinismo ganó la batalla y se embanderó en una fe ciega e inflexible. Acusó y juzgó cuanto pudo. Años más tarde se casaría con un ministro tan severo e irreductible como ella. A su modo tuvo la vida que antaño le fuera negado.

Solo quedaron en la gran casa, dos seres sin alma que vivían como seres humanos ficticios. Rondando sus propios demonios en sus almas. La vejez no se apiadó de ellos, los fue carcomiendo hasta que la muerte cansada de verlos decidió llevárselos no sin antes torturarlos con sueños anticipatorios.

Las sombras de los muertos acompañan o simplemente asfixian el aire de los vivos. Buscan la redención y acusan exigiendo el perdón de sus victimarios. Anclados en el umbral entre la vida y la muerte se apegan al último instante en que respiraron y abrazan los recuerdos dolorosos tratando de zurcir las heridas del alma.

Persiguen la luz de las almas que los sienten aunque no los vean. No hay paz en la partida abrupta sin deseo de la víctima.

En las noches Nelly y Eleanor se reúnen en el descanso de las escaleras, no necesitan hablar, ya saben lo que el miedo les ocultó, solo esperan ver la vida desgranándose de los vivos que habitan en la casa. Son etéreas, sin dolor pero con una pena profunda de haber partido sin conocer el amor, la caricia, el consuelo de un abrazo.

Tantos posibles destinos hubieran podido vivir si el Dios de esa familia no hubiera sido tan cruel. Ellas esperan, en algún momento que no es pasado ni futuro, al Dios que aman, el que todo lo perdona, el que es cálido y comprensivo y les devuelva la fe iluminando sus almas otra vez.

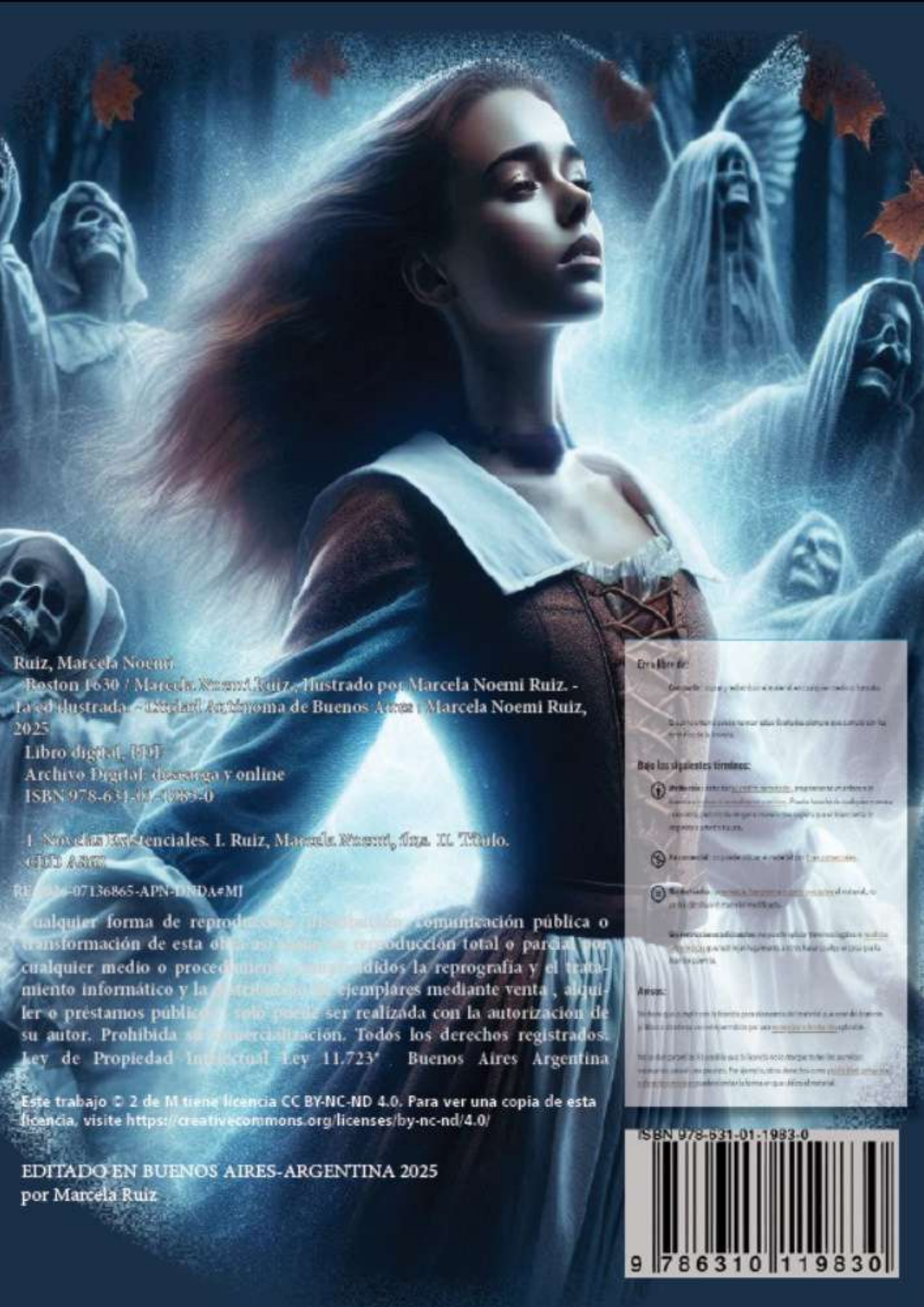
Verán los tiempos en que las almas de inocentes, de cuerpos quemados en la ceguera del fanatismo, se sumarán en la espera del juicio justo de una fe verdadera.

Fin.



Índice

Capítulo	Página
1 Debemos llorar juntos, trabajar y sufrir juntos	7
2 Hemos de cuidarnos cuando estemos en una situación triste	30
3 Cuando un pastor no predica sana doctrina	51
4 Para un hombre que tiene riquezas del mundo	67
5 La muerte deja de ser una plaga o castigo	84
Dedicatoria	4
Prólogo	5



Ruiz, Marcela Noemi

Boston 1630 / Marcela Noemi Ruiz, Ilustrado por Marcela Noemi Ruiz. -
Tercera ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marcela Noemi Ruiz,
2025.

Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-01-1983-0

I. Novelas Existenciales. I. Ruiz, Marcela Noemi, Ilus. II. Título.
CDD 847

REPOSICION-07136865-APN-DNDA#MI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra es total o parcial por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante venta, alquiler o préstamos públicos, solo puede ser realizada con la autorización de su autor. Prohibida su comercialización. Todos los derechos registrados. Ley de Propiedad Intelectual Ley 11.723* Buenos Aires Argentina

Este trabajo © 2 de M tiene licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

EDITADO EN BUENOS AIRES-ARGENTINA 2025
por Marcela Ruiz

Esta libre de:

- Generar lucro y obtener un beneficio económico basado
- Quitar o alterar el contenido de la obra de manera que cause un daño a la obra o a la persona.

Bajo las siguientes condiciones:

- Reconocimiento:** Se debe atribuir el crédito a la obra original y al autor de la obra.
- No Comercial:** No se puede utilizar la obra para fines comerciales.
- No Derivadas:** No se puede crear una obra derivada de la obra original.

Las condiciones adicionales no pueden ser tecnológicas o legales.
El uso de esta obra está sujeto a los términos de uso de la obra.

Atención:

Reservados todos los derechos que no estén expresamente cedidos por el autor.
El uso de esta obra está sujeto a los términos de uso de la obra.
No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra.
Se permite la explotación económica y la transformación de esta obra.

ISBN 978-631-01-1983-0

9 786310 119830